P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, MISIONERO POPULAR

LIMA – PERÚ

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, MISIONERO POPULAR

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleto

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

A san Alfonso María de Ligorio, cuya vida estamos presentando, se le ha llamado el más santo de los napolitanos y el más napolitano de los santos. Nació y vivió en el reino de Nápoles, en Italia, en el siglo XVIII, el siglo llamado por algunos el siglo de las luces. Lo que sí podemos decir es que él fue una luz intensa en el mundo en que vivió, pues con su santidad, sus milagros y su apostolado, iluminó las vidas de miles de compatriotas a lo largo de sus 90 años de vida.

Alguien lo ha llamado también el *doctor de la oración* por la importancia tan grande que daba en sus prédicas a la oración, *insistiendo mucho en que el que ora se salva y el que no ora se condena*. De hecho, ha sido nombrado doctor de la Iglesia por sus muchos escritos con los que fomentó la fe católica y la defendió de los que la atacaban. Luchó especialmente contra el jansenismo de su tiempo y contra las ideas rigoristas o laxistas de los moralistas. Por eso su libro de *Moral* fue una obra apreciada en el mundo entero y hasta ahora se le considera a él como uno los mejores moralistas de todos los tiempos.

Otro aspecto importantísimo de su vida fue la de ser Fundador de la Congregación del Santísimo Redentor o padres redentoristas, extendidos por muchas naciones del mundo, al igual que las religiosas redentoristas. Fue también obispo de Santa Águeda durante 13 años y en todas partes dejó una estela de santidad que todos admiraban por su caridad con todos, por su vida austera, por su oración y, especialmente, por su gran amor a Jesús y a María. Dos de sus libros más famosos son precisamente, *Las Glorias de María* y *Visitas al Santísimo Sacramento.*

Que su vida nos estimule en el camino de la fe y podamos amar cada día más, siguiendo su ejemplo, a Jesús Eucaristía y a María, nuestra Madre.

ANOTACIONES

Al citar *Tannoia*, nos referimos al libro escrito por el padre Antonio María Tannoia, que conoció a san Alfonso durante 40 años y es su primer y mejor biógrafo. Su libro se titula *Della vita ed Istituto del Ven. Servo di Dio Alfonso M. de Liguori*, Napoli, 1798. Tiene cuatro libros y lo citaremos como *Tannoia*, seguido del número del libro y la página.

También citaremos El *Proceso* "*beatificationis et canonizationis servi Dei Alphonsi Mariae de Ligorio* (1788-1789)", bien sea del Proceso ordinario o apostólico de Nocera o de Santa Águeda. *Sum* significa *Summarium* o Sumario.

Mermet hace referencia al libro de Theodule Rey-Mermet, *El santo del siglo de las luces*, BAC, 1985.

Cuando citamos *Tellería*, hacemos alusión al libro del padre Raimundo Tellería, *San Alfonso María de Ligorio*, en dos volúmenes, Madrid, 1950; que es de las mejores biografías que se han escrito hasta la fecha sobre san Alfonso.

AMBIENTE SOCIAL

En el siglo XVIII, en que vivió san Alfonso, surgió una corriente de pensamiento basada en la razón, considerando a los siglos anteriores como siglos de tinieblas por su barbarie y superstición. Estos pensadores, guiados por la sola razón, sin aceptar nada de Dios ni de sobrenatural, consideraron que ese siglo XVIII en que vivían, era el siglo de la Razón, el siglo de las Luces, el siglo de la Ciencia. Estos filósofos racionalistas prepararon la Revolución francesa con todas sus violencias y masacres.

Proclamaban a los cuatro vientos los principios de libertad, igualdad y fraternidad, pero en la Revolución francesa, lo que se vio fue lo contrario: la violación sistemática de todos los derechos humanos y de todos los que no pensaban como ellos.

A estos filósofos, se les llamó *ilustrados* y a este movimiento de nuevas ideas *Ilustración*. Publicaron en este siglo XVIII la gran Obra de la *Enciclopedia*. Por ello, también se les llama *enciclopedistas*. La *Enciclopedia* fue una Obra de 33 volúmenes y en ellos propagaron por toda Europa sus ideas anticatólicas, ya que enfilaron sus baterías, especialmente contra la Iglesia católica y contra el Papa. Voltaire llamaba a la Iglesia, la Infame.

También trataron de destruir a la Compañía de Jesús por ser la primera fuerza de ataque de la Iglesia contra sus ideas racionalistas. Y con la ayuda de algunos gobiernos como los de Portugal, España, Francia y Nápoles, consiguieron que desterraran a todos los jesuitas de sus reinos.

Cuando nació Alfonso, el reino de Nápoles o de las *Dos Sicilias* era el reino más grande de Italia, con unos cinco millones de habitantes. Nápoles con 500.000 habitantes era la tercera ciudad del mundo más poblada, después de Londres y París. El reino de Nápoles (Nápoles y Sicilia), al nacer Alfonso, pertenecía a España. En 1707 pasó a Austria y en 1734 volvió de nuevo a España, que lo declaró reino independiente, ciñendo la corona el rey Carlos, hijo del rey de España, Felipe V. Después de 25 años de reinado, el rey Carlos, en 1759, ocupó el trono de España con el nombre de Carlos III. Entonces le pasó el reino de Nápoles a su tercer hijo, el príncipe Fernando, de ocho años y medio, que debía estar asistido por un Consejo de Regencia.

Por otra parte, anotemos que en la ciudad de Nápoles había 35 parroquias y un total de 900 sacerdotes. Otros 500 ejercían la cura de almas en el resto de la diócesis. También había en total 100 conventos de religiosos y 42 de religiosas más 33 conservatorios o reclusorios de mujeres donde solían ser educadas niñas por las religiosas. En general, la gente era buena y piadosa, pero no faltaban

algunas lacras sociales. Entre ellas estaba la blasfemia contra Dios y contra la Virgen; las supersticiones y artes mágicas; las infidelidades conyugales; la prostitución, el odio entre personas o familias, el duelo y otros vicios. Pero también había grandes santos.

Entre sus santos podemos citar a varios que san Alfonso conoció personalmente como Gerardo Mayela (redentorista), Francisco de San Jerónimo, Juan José de la Cruz y Francisco Javier Bianchi. De otros conoció muy de cerca su vida y acciones como de san Leonardo de Puerto Mauricio, Pablo de la Cruz, beato de Baldinucci…

Podemos decir que era una sociedad en que vivían santos y pecadores, pero en la que casi no se conocían los pecados del aborto y del suicidio; y donde había un ambiente creyente y cristiano generalizado. Este fue el mundo en que le tocó vivir a nuestro santo, con sus lacras y vicios, pero también con sus santos y virtudes.

PRIMERA PARTE
SU VIDA

SU FAMILIA

Nació san Alfonso en el pueblo de Marianella, a ocho kilómetros de Nápoles, el 27 de septiembre de 1696. Fue bautizado el 29 de septiembre en la parroquia Santa María dei Vergini de Nápoles con los nombres de Alfonso María Antonio Juan Francisco Cosme Damián Miguel Ángel Gaspar de Liguori.

Su padre se llamaba José Ligouri (Ligorio). Su madre, Catalina Ana Calavieri, era de origen español. Lo nombraron Alfonso por la devoción que su madre tenía a san Ildefonso de Toledo. Le pusieron María para colocarlo bajo la protección de la Virgen María. Los otros nombres fueron debidos a que la víspera de su nacimiento había sido la fiesta de san Cosme y Damián y el día de su bautismo era la fiesta de san Miguel arcángel. Además de otros protectores de otros familiares.

Uno de aquellos días, cercanos a su bautismo, se acercó a la casa el jesuita Francisco de San Jerónimo, gran apóstol de todo el reino de Nápoles desde hacía veinte años; y que sería canonizado el mismo día de nuestro santo el 26 de mayo de 1839. Este santo jesuita, dedicado al cuidado de los apestados y presidiarios, era capellán de la Marina real y atendía con toda caridad a los galeotes de los barcos. Era muy conocido por todos en el reino de Nápoles. El día en que fue a

complimentar a la familia por el nacimiento de Alfonso, hizo una profecía después de bendecir al niño: *Este niño llegará a viejo, muy viejo: no morirá antes de los noventa años. Será obispo y realizará grandes obras por Jesucristo*[1].

Sus padres tuvieron ocho hijos: cuatro hombres y cuatro mujeres. Además de Alfonso, el primogénito, Antonio (1698), que le seguía en edad; entró a los 14 años en la Orden benedictina y llegó a ser maestro de novicios. Murió santamente a los 40 años de edad el 3 de agosto de 1739.

Su hermano Cayetano María (1701), el tercer varón, llegó también a ser sacerdote secular y murió en 1784. El cuarto varón, Hércules María (1706), fue el que siguió el título de nobleza de su padre y recibió la herencia paterna. Se casó con su prima Raquel y no tuvo hijos. Al morir ella en 1762, se casó de nuevo con Doña Mariana Capano, que le dio cuatro hijos, uno de los cuales murió.

Hércules murió de improviso el 8 de septiembre de 1780. Su hija mayor, Teresa, entró de religiosa en el convento de San Marcelino y profesó el 2 de julio de 1783.

Las dos hermanas mayores de Alfonso, Bárbara (María Luisa) y María Ana, se consagraron a Dios como clarisas en el convento napolitano de San Jerónimo. Sólo la hermana *Teresita* se casó a los dieciséis años en 1720, con Domingo de Balzo, que había quedado viudo a los 27 años. Su otra hermana, Ana María Magdalena, murió en un convento, enferma mental.

SUS PADRES

Don José de Liguori (Ligorio) era cadete de las galeras reales y orgulloso de su hijo varón en quien iban a recaer todos los títulos de nobleza, herencia y distinción de la familia. Era un hombre ejemplar y buen cristiano, que frecuentaba la iglesia y los sacramentos. Desde 1708 fue comandante a bordo. Su cabina parecía la celda de un monje. Tenía cuatro estatuas de Cristo en su pasión, de unos cincuenta centímetros, en madera pintada: Jesús agonizante, Jesús flagelado, el *Ecce homo* coronado de espinas y Jesús llevando la cruz [2]. Dirá en su ancianidad: *Esta devoción a Cristo paciente me ha valido muchas y grandes gracias. Ella me libró de las manos de los turcos* [3].

[1] Proceso ordinario de Noceda III, fol 1022.
[2] Actualmente las conservan los redentoristas de Ciorani.
[3] Summarium super virtutibus, Roma, 1806, p. 54.

Llegó a ocupar el cargo de comandante de la nave insignia de la Armada napolitana, la Capitana. En 1716, los corsarios moros asaltaban las costas cristianas de Italia. Los barcos de Nápoles, con don José de Ligorio a la cabeza estaban al acecho, unidos a los barcos del Papa, de Génova, de Malta y de España. Y consiguieron la gran victoria naval de Imbro sobre la media luna. El Papa Clemente XI quiso recordar esta victoria, extendiendo la fiesta del Santísimo Rosario a toda la Iglesia. Don José de Ligorio demostró su valentía de marino y de cristiano en esta gran batalla del 1 de julio de 1717.

Cuidó a Alfonso desde niño con singular esmero por ser el heredero de sus títulos de nobleza y herencia. Para que no se contaminara con otros colegiales de malas costumbres, consiguió para él un preceptor dentro de casa. Era el docto y buen sacerdote calabrés don Domingo Bonaccia, quien, además de enseñarle las buenas costumbres, le enseñó matemáticas e historia, ciencias físicas y astronómicas; y otros cursos de lengua francesa y española, sin descontar latín, griego e italiano. Aparte recibió lecciones de dibujo, pintura, música y canto; y más tarde de esgrima y arte militar, imprescindibles en los jóvenes de alta alcurnia.

Su padre era bueno, pero severo hasta llegar en algunas ocasiones a cerrar con llave al alumno y al profesor para que no acortaran el tiempo de clase. Alfonso, entre otras cosas, aprendió a tocar muy bien el clavicordio. En los años de su ancianidad exclamará: *¡Qué loco he sido, perdiendo tanto tiempo ante el teclado! Pero había que obedecer a la voluntad perentoria de mi padre. No crean que sea enemigo de la música: me agrada y, cuando era seglar, me di a ella por entero. ¡Más me valiera que me hubiese aplicado a amar a Dios!* [4].

En lo que sí destacó toda su vida desde niño fue en su amor a la Virgen María. A algunos que le criticaron ciertas prácticas marianas, les responderá que este amor a María le venía de su madre y que hasta muy anciano conservó el cuaderno con las oraciones que su madre le había hecho aprender de memoria [5].

El padre Tannoia dirá de su madre: *Eran demasiado bien conocidas en Nápoles las raras cualidades de esta gran dama. Mujer de oración, amable con los pobres, austera con ella misma. Se afligía de continuó con frecuentes ayunos, cilicios, flagelaciones y con otros medios de heroica penitencia. Nunca iba a los teatros ni fue amante de tertulias, sino que se quedaba en casa, atenta a Dios y a sí misma. Se la veía sobre todo solícita del cuidado de sus hijos y de sus deberes de esposa* [6].

---

[4] *La vera sposa di Gesù Cristo II*, c. 23, n. 8.
[5] Proceso ordinario de Nocera IV, fol 1725.
[6] Tannoia I, p. 3.

La educación religiosa de Alfonso no fue confiada a otros. Fue su propia madre quien exclusivamente se hizo cargo de todo ese cuidado. *Muy al tanto de sus obligaciones, doña Ana tomó con toda solicitud su tarea… Cada mañana la santa dama bendecía a sus hijos y hacía que ofrecieran a Dios los debidos obsequios. Cada tarde los juntaba en torno suyo para enseñarles los rudimentos cristianos; recitaba con ellos el rosario y otras preces en honor de los santos. Velaba para que no frecuentaran a los de su misma edad y para que la gracia los previniera contra la malicia y para que sus hijos se acostumbraran a odiar el pecado. Cada ocho días los llevaba a la iglesia de los padres Girolamini a confesarse con el padre Tomás Pagano, confesor y pariente suyo* [7].

Alfonso dirá de anciano: *Todo el bien que reconozco haber hecho en mi infancia y el mal que he evitado, se lo debo a mi madre* [8]. Y su madre a su vez dirá de él: *Alfonso fue un santito desde pequeño y jamás me ocasionó pesadumbre alguna* [9].

Cayetano María, ya sacerdote, manifestó: *Mi madre, todas las mañanas, después de habernos despertado y bendecido, nos hacía levantar el corazón a Dios con la plegaria, nos juntaba por la tarde para enseñarnos por sí misma los rudimentos del catecismo y rezaba con nosotros el santo rosario y otras oraciones a los santos* [10].

Su madre le asignó a su propio director espiritual, el padre Tomás Pagano, para que lo dirigiera. Con él se confesó por primera vez e hizo la primera comunión el 26 de septiembre de 1705, en la iglesia de su parroquia donde se había bautizado, *Santa María dei Vergini*, dirigida por los padres del Oratorio o filipenses, fundados por san Felipe Neri. En esta parroquia entró a formar parte de un grupo de muchachos nobles el 7 de marzo de 1706. Tenían ejercicios de piedad y, a veces, entretenimientos y juegos, incluso al aire libre con paseos al campo. Un día estaban de paseo unos 100 muchachos compañeros de Alfonso. Correteaban entre los naranjos y limoneros, jugando con libertad. Un grupo comenzó el juego de las *bochas*. A falta de bolas de madera, echaron mano de naranjas verdes, esparcidas por el suelo. Al principio Alfonso se excusó por su poca práctica, pero después cedió. Después de unas treinta partidas, Alfonso ganó y se embolsó algunas monedas por la victoria. Pero el mayorcito de los contrarios se resintió y le dijo: *¿Conque tú no sabías jugar?* Y le ofendió con una mala palabra. Entonces Alfonso se le enfrentó y le respondió con dignidad: *"¿Y*

---

[7] Ib. pp. 4-5.
[8] Ib. p. 7.
[9] Proceso ordinario de Santa Águeda III, fol 1200.
[10] Tannoia I, p. 5.

tú ultrajas a Dios por unos céntimos?". Ahí los tienes. Y se los arrojó a sus pies[11].

Cuando todavía no tenía doce años, ya tocaba el clavecín, como un maestro. Los padres Girolamini hicieron que varios jóvenes caballeros representaran la opera de San Alejo, un drama musical de Bernardo Pasquini, en el que participaba Alfonso. Éste debía representar el papel del diablo, tocando el clavecín. Lo hizo con tal maestría que todos los espectadores quedaron asombrados [12].

DOCTOR EN DERECHO

A los doce años comenzó Alfonso los estudios oficiales, lo que ahora llamamos universidad. El 25 de octubre de 1708, al mes de cumplir los doce años, se incorporó al año primero de Leyes, dedicado a las Instituciones de Justiniano. Así comenzaba sus estudios de abogado del reino, que duraban cinco años. Como era de esperar en un alumno aplicado e inteligente, superó los cinco años de estudios con nota de sobresaliente. Sin embargo, para presentarse al título de doctor en Leyes tuvo que pedir dispensa de edad. La dispensa se la otorgó el virrey el 10 de enero de 1713; y la otorgaba a nombre del archiduque Carlos, *rey de las Españas y emperador de los Romanos.*

Con la dispensa concedida, se presentó al grado de doctor, pagando los derechos reglamentarios. El 18 de enero fue la fecha establecida en que compareció ante el tribunal. Salió airoso del examen oral y le dieron pase para la lección pública sobre los puntos sacados en sorteo. La lección pública tuvo lugar el 21 de enero. A este acto asistieron sus familiares y amigos más íntimos y fue aprobado, recibiendo el título de doctor con dieciséis años y medio. Él dirá años después: *Me enfundaron en un ropón tan largo que me llegaba hasta los pies*. Así, con su toga de doctor, pudo lucirse ante sus colegas, pero primero debió ratificar su catolicismo en público con una proclamación de fe, según una fórmula que debía leer. Y además debía aceptar pública y corporativamente como los demás el misterio de la Inmaculada Concepción de María. Estas son las palabras del juramento que lo transformaba en caballero de María:

Yo Alfonso, humildísimo siervo de la siempre Virgen María, Madre de Dios, postrado a los pies de la Majestad divina y en el acatamiento de la inefable Trinidad de un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, e invocando reiteradamente el testimonio de todos los moradores de la Jerusalén celestial,

---

[11] Proceso ordinario de Santa Águeda III, p. 1039.
[12] Tannoia I, p. 8.

creo fielmente con la mente y abrazo de verdad con el corazón y proclamo firmemente con los labios que Vos, Madre de Dios, siempre Virgen, por singular privilegio del mismo Dios omnipotente fuisteis preservada enteramente inmune de toda mancha del pecado original en el primer instante de vuestra concepción, o sea, de la unión de vuestro cuerpo y alma. Pública y privadamente hasta el último aliento de mi vida, esto enseñaré y con la ayuda de Dios y en cuanto yo pueda procuraré que los demás enseñen y defiendan. Así lo testifico, así lo prometo, así lo juro y que así Dios me ayude y sus santos Evangelios [13].

Alfonso, al cumplir los 18 años, pudo asumir ya sus funciones como doctor en el Salón de Juntas. El 21 de diciembre de 1714 fue nombrado *maestro delle crocelle*, encargándole la responsabilidad de las cruces y procesiones de Semana Santa en la parte que a ellos les correspondía. En este cargo fue ratificado en los años 1716 y 1717. Hay constancia escrita de que sus colegas lo nombraron en una ocasión como su *embajador* ante el nuevo virrey, cardenal Federico Althann. En diciembre de 1717 lo nombraron juez de arriendo del pan, encargado en nombre del Ayuntamiento de la jurisdicción civil y criminal de las causas relacionadas con las panaderías públicas. También en 1722 y 1723 tuvo algunas tareas de gobierno.

Pero nunca asistía a defender una causa como abogado sin asistir antes a misa; y tenía como norma suprema no aceptar causas que considerara injustas.

PERSONALIDAD DE ALFONSO

En 1721 Alfonso, con sus 25 años, era simpático, inteligente, orgullo de su familia y esperanza de ser una gran abogado. Por instigación de su padre comenzó a asistir a espectáculos de teatro y de ópera, y a visitar familias de su alta condición. Él dirá en su ancianidad que se había resfriado no poco en la devoción y *que se había visto en peligro de perder el alma y a Dios* [14]. Sin embargo, pudo guardar su mente y su corazón limpios, porque se concentraba en la música y se quitaba las gafas (era miope) y así evitaba mirar a la mujeres del escenario [15].

El padre Tannoia, que lo trató durante 40 años, nos dejó de él este retrato: Alfonso era de talla mediana, de cabeza un tanto grande, la tez rojiza, frente espaciosa, mirada atractiva y ojos azul claro. La nariz aguileña, la boca pequeña, graciosa y sonriente. Sus cabellos eran negros y su barba espesa. Él se la cortaba

---

[13] Tellería I, p. 40.
[14] Tannoia I, p. 16.
[15] Proceso ordinario de Nocera, fol 1076.

con tijera. Como era miope usaba anteojos, pero se los quitaba para predicar o para hablar con las mujeres. Tenía una voz sonora y clara. Por grande que fuera la iglesia nunca le faltó la voz y así la conservó hasta su extrema vejez. Tenía un aire imponente, unas maneras serias, pero mezcladas de jovialidad [16].

Tenía un temperamento vivaz, sanguíneo y colérico, al mismo tiempo que era propenso a la compasión y bondad de corazón. Una vez que tomaba una determinación, se mantenía firme e inconmovible como una roca en medio de las olas. Pero jamás tomó una resolución sin madurez de examen y sin antes consultar la voluntad del cielo, sujetándose humildemente al parecer de sus sabios directores [17].

Su padre quería que él, como primogénito, perpetuara la nobleza y el linaje de la familia y pensó que debía casarse. Para él buscó a la hija del príncipe de Presicce y duque de Puzzomauro, llamada Teresa. Ya lo habían planeado desde 1710; pero, cuando en 1711 nació un hijo varón al príncipe, las cosas cambiaron. Para su padre, Teresa ya no era una buena opción para Alfonso, ya que los títulos y herencia los llevaría este hijo varón.

El posible matrimonio se deshizo y Teresa entró en un convento, donde murió santamente el 30 de octubre de 1724 a los veinte años de edad. Sin embargo, su padre insistía y celebraba algunas fiestas en su propia casa para sus más íntimos amigos, a las que invitaba a señoritas para que Alfonso fuera pensando en un buen partido. Uno de los días en que se celebró una gran fiesta en su casa, al terminar la tertulia y retirarse las damas y caballeros, el servidor encargado no estuvo atento a la hora de iluminar el pasillo y las escaleras. Una vez que se fueron los invitados, don José saltó en cólera y empezó a insultar al torpe servidor. Alfonso consideró que su padre se estaba extralimitando y respondió: *"Padre, ¿qué culpa ha habido?". Cuando usted comienza, no acaba nunca". Su padre le dio un bofetón y él se retiró a su habitación sin querer bajar a cenar. Su madre tuvo que subir a rogarle, pues lo encontró sollozando ante el crucifijo. Alfonso bajó y se reconcilió con su padre, pues la disciplina y la obediencia al padre eran para él fundamentales* [18].

[16] Tannoia III, pp. 200-201.
[17] Mermet, pp. 176-177.
[18] Proceso ordinario de Santa Águeda; Tannoia, Sum N° 3, p. 13.

VIDA ESPIRITUAL

Su padre lo llevaba todos los años, desde los 18, a hacer ejercicios espirituales, o con los jesuitas en la Cornocchia o en la casa de los padres paúles. En 1714 fue con los jesuitas a la Cornocchia y ahí comenzó a pensar ya en la posibilidad de entregar su vida al servicio de Dios como seglar. Teniendo ya 19 años, pasó del Oratorio para jóvenes de la parroquia al de Nuestra Señora de la Visitación, que estaba reservado para jóvenes doctores. Muchos días estos caballeros doctores iban al hospital de Santa María del Popolo o de los incurables de Nápoles a hacer actos de caridad con los enfermos. Este hospital tenía entonces más de 600 mujeres y 500 hombres. Era una de las instituciones hospitalarias más grandes y mejor organizadas de Europa.

Los jóvenes doctores, con sus cuotas, sostenían 48 camas. Los domingos, que eran los días que hacían las visitas, daban de comer a 310 enfermos comunes y a 60 tiñosos, haciéndoles las camas y mudándoles de ropa, sin rehuir otros servicios por repugnantes que fueran.

También Alfonso perteneció en este tiempo a otra institución de caridad llamada Hermandad de Santa María de la misericordia, llamada vulgarmente *Misericordiella*, que prestaba ayuda a los sacerdotes pobres y peregrinos o detenidos en las cárceles del arzobispado. De esta institución se dio de baja en 1726, cuando estaba a punto ya de ordenarse sacerdote y no podía cumplir con sus obligaciones.

El fuego de su caridad juvenil se alimentaba de la Eucaristía. En distintas iglesias de Nápoles tenían Exposición del Santísimo. La devoción de las Cuarenta Horas había surgido en 1686 y se tenía por turno en las distintas parroquias. Alfonso acudía todos los días a visitar a Jesús sacramentado en esas iglesias. Su vida era tan fervorosa que pudo convertir con su ejemplo a un joven esclavo. Don José, como comandante de las galeras reales, apresó en alguna oportunidad barcos corsarios. Como norma, a los piratas los convertían en esclavos o galeotes. Uno de estos esclavos era un jovencito musulmán, llamado Abdalá, de 18 años de edad. Don José se lo dio a Alfonso como compañero y fue tanto el efecto que sobre él tuvo el ejemplo de piedad de Alfonso que un día le dijo que quería hacerse cristiano. Era el año 1715. Alfonso se propuso prepararlo bien, pero Abdalá se enfermó y quiso urgentemente recibir el bautismo. Una noche se agravó y dijo que se le había aparecido la Virgen, san José y san Joaquín, y le habían dicho que se bautizara de inmediato. Fue llamado con urgencia el coadjutor de la parroquia de Santo Tomás a Capuana y le administró el bautismo. A la hora y media murió. Su bautismo quedó inscrito en el libro de bautismos de la parroquia Santo Tomás a Capuana N° XIII, fol 123.

En la primavera de 1722 fue a los ejercicios espirituales con los padres paúles. Comenzaron el 28 de marzo, víspera del domingo de Ramos. Con él iba también su padre y otros 38 caballeros de la ciudad de Nápoles. Los predicó el padre Vicente Cuttica y salieron el 4 de abril, domingo de Pascua. Una de las cosas que más le conmovió fue la predicación del infierno. El padre Cuttica habló de que en 1711, en Florencia, un joven mantenía relaciones pecaminosas con una dama casada. Murió la dama casi de repente y el joven fue a hacer ejercicios en la casa de los paúles. El primer día, a la hora de la cena, estaba ausente. Fueron a llamarlo y lo encontraron desvanecido en su habitación, llena de humo. Vieron que la imagen de Jesús crucificado que allí había, tenía la impronta de dos manos. Vuelto en sí declaró que se le había aparecido la dama difunta, diciéndole que estaba en el infierno y que ella había dejado la huella de sus manos en aquel cuadro de Jesús crucificado. El padre Cuttica les mostró ese cuadro con las manos impresas en la tela. Este cuadro se conserva, mide poco más de medio metro de alto por unos treinta centímetros de ancho. Los dedos han perforado el papel y el tejido; y han dejado estilizada la huella dactilar con los rebordes todavía ennegrecidos. El Superior de los paúles, padre Scaramelli, autenticó el hecho con el sello de su Instituto el 4 de noviembre de 1712.

Quizás algunos pueden dudar del suceso en sí, pero lo cierto es que este hecho fue tan impactante en la sociedad de entonces, en Nápoles, que hasta el rey enviaba a sus hijos para que vieran el cuadro y meditaran a su vista. De hecho impactó también en el corazón ya preparado de Alfonso y se decidió a vivir una vida en celibato por amor a Jesucristo, aunque viviera en el mundo, cumpliendo sus obligaciones sociales.

El 21 de septiembre de ese año 1722 recibió Alfonso la confirmación de manos del obispo de Acerra, Monseñor José María Positano. El año 1723 fue de nuevo a hacer los ejercicios espirituales, aunque no fue su padre. En este retiro su entrega a Jesús se concretó en dejar los bienes materiales y ceder a su hermano Hércules sus derechos de primogenitura; lo que hizo efectivo uno o dos años después ante notario. En realidad, a partir de estos ejercicios de 1723 comenzó a comulgar varias veces por semana, a ir diariamente a visitar a Jesús sacramentado a las iglesias y a llevar una vida de piedad cada día más intensa.

Era tanta su piedad que públicamente era notorio el cambio. Así lo declaró el padre Mazzini: *Iba yo con dos compañeros sacerdotes, cuando vimos por primera vez a Alfonso mientras se hallaba en la iglesia de los Girolamini. La vista de aquel joven pulcramente vestido, de aspecto bello y serio continente, modesto y afable, en quien se revelaba una persona de no vulgar alcurnia y que oraba con tal devoción y fervor, arrodillado y absorto en Dios, nos causó a los tres edificación extraordinaria, aumentada en lo sucesivo al encontrarle todos los días en las iglesias donde se celebraban las Cuarenta Horas. Hecha por*

nuestra parte la visita, lo dejábamos allí y comentábamos luego la ejemplaridad de su conducta. Yo pensaba en mi interior cómo debía avergonzarme el que un seglar aventajara en devoción a un eclesiástico, y sentíamos la comezón de averiguar quién era dicho joven y de anudar con él lazos de amistad [19].

ENTREGA TOTAL

Su padre, sin darle a su vida de piedad mucha importancia, seguía acariciando para él un buen partido matrimonial. Y ya que su menor hija Teresita se había casado con el barón de Presenzano, pidió para Alfonso la mano de una hermana del barón. Los dos jóvenes fueron informados del trato. Alfonso adujo pretextos de salud y quiso dar largas al asunto, pero por no contradecir a su padre asistía alguna vez a la casa del barón. Uno de los días de visita pidieron a Alfonso que tocara al clavicordio una *toccatina*. Y a la futura *novia* le pidieron que lo acompañara cantando. Cuando Alfonso empezó a tocar, ella se le acercó cantando, poniendo su cara junto a su rostro. Él ladeó el rostro, mientras la joven le buscó por la otra parte con igual movimiento; mientras Alfonso se cambió al lado contrario. Entonces la joven, sin disimular su enojo, se retiró diciendo: *El señor abogado se ha vuelto lunático* (¡Questo paglietta, oh che artética che tiene!) [20]. La novia se desanimó y Alfonso comenzó a luchar contra las insistencias de su padre.

Por fin, Dios le preparó la ocasión propicia. Tenía que defender Alfonso un juicio en el que se ventilaban 600.000 ducados. Estaba seguro de ganar el juicio y con ello mucho dinero. Se trataba del feudo de Amatrice, perteneciente al finalizar el siglo XVIII a la familia Orsini y que, al morir el príncipe Alejandro Orsini en 1692, sin herederos, había pasado a la Corona; y por ello fue vendido a los duques de Toscana. Felipe Orsini reclamó en 1719 a la Corona y le entabló un juicio, porque le había desposeído injustamente a su padre de los derechos del feudo. Alfonso fue escogido para defender estos derechos. Creía tener los argumentos suficientes para la victoria y el día de la defensa todos parecían aprobar su exposición. Pero se alzó el abogado contrario y se limitó a decir: *Señor don Alfonso, hay una laguna en su exposición. Relea los autos y hallará una pieza que desmiente cuanto su señoría ha dicho*. Lo volvió a leer y encontró su error.

Había leído muchas veces el documento y no había reparado en una particular negativa *In novam*, que echaba por tierra toda su argumentación. Alfonso se sintió corrido y reaccionó con hombría*: Tiene razón su señoría. Estoy*

---

[19] Proceso ordinario de Nocera I, fol 301.
[20] Proceso ordinario de Nocera IV, fol 1728.

equivocado. Y, sin decir más, se retiró de la sala. Dios permitió que no reparara en esas dos palabras para que perdiera y pudiera dejar el mundo de una vez por todas. Mientras se encaminaba a su casa, pensaba en su interior: *"¡Ah, mundo, ya te he conocido. Adiós a los tribunales!". Se encerró en su habitación y estuvo tres días sin salir. Sólo las suaves palabras de su madre pudieron hacer que tomara una raja de melón, que, según recordará, le supo a amarga hiel. Esos tres días fueron de meditación para dejar el mundo de los juicios y de los tribunales.*

Y para mayor seguridad de su decisión de dejarlo todo, un domingo fue al hospital de los incurables a cuidar a los enfermos. En medio de su trabajo, oyó una voz interior que le dijo con claridad: "Alfonso, deja el mundo y entrégate a Mí". Minutos después, al retirarse y bajar la escalinata del hospital, se repitió el fenómeno con voz todavía más sensible: "Huye del mundo y entrégate a Mí" [21].

Era el día 28 de agosto de 1723, fiesta de san Agustín. Él lo consideró siempre el día de su conversión y de su decisión total por Jesucristo.

HACIA EL SACERDOCIO

De inmediato habló con su director espiritual, el padre Pagano. Al referirle a su padre la decisión tomada, su padre le respondió en un arrebato de cólera: *Pido a Dios que me saque a mí o te lleve a ti del mundo. No puedo verte en paz.* Su padre acudió a terceras personas para que le hicieren cambiar de opinión, ya que había puesto todas sus expectativas en él por ser su primogénito. Por fin, viendo que no podía cambiarlo y que quería entrar en los padres filipenses del Oratorio, consiguió que, al menos, se hiciera sacerdote secular para que así pudiera vivir en la misma casa y no alejarse de la familia.

Con el visto bueno de su padre, a mediados de octubre de 1723 fue a visitar al cardenal arzobispo de Nápoles, Francisco Pignatelli, quien le dio el permiso necesario para comenzar sus estudios eclesiásticos. El 23 de octubre ya vestía Alfonso la sotana clerical. Tenía 27 años.

Comenzó sus estudios como alumno externo del Seminario. El 23 de septiembre del año siguiente recibió la tonsura, perteneciendo así al estado clerical. El 23 de diciembre de ese año 1724 recibió las cuatro órdenes menores. Al año siguiente hizo Alfonso renuncia formal ante notario de todos sus derechos como primogénito en favor de su hermano Hércules.

---

[21] Tannoia I, p. 25.

El padre Mazzini cuenta que un día lo vieron vestido de eclesiástico en una iglesia donde se exponía el Santísimo por las Cuarenta Horas. *Pareciéndonos ser el devoto seglar que habíamos visto otras veces y, habiendo comprobado que lo era de verdad, lo llamamos aparte al salir de la iglesia. Me atreví a preguntarle por su nombre y condición, y respondiónos que se llamaba Alfonso de Ligorio* [22].

El 22 de septiembre de 1725 recibió el subdiaconado. El 6 de abril de 1726 recibió el diaconado y recibió del cardenal Pignatelli la autorización para predicar en las iglesias de la capital; y comenzó su tarea de predicador muy solicitado, especialmente en las iglesias donde se celebraban las Cuarenta Horas de adoración al Santísimo Sacramento.

No habían pasado más que unos meses desde que recibió el diaconado, cuando Alfonso cayó enfermo con peligro de la vida. Una noche, entre otras, los médicos ya lo dieron por perdido y, a las tres de la mañana, le llevaron apresuradamente el santo viático. En ese estado, Alfonso, teniendo fe en María Santísima, pidió con gran insistencia la prodigiosa imagen que se veneraba en la iglesia de la Redención de cautivos, ante cuyo altar se había desligado del mundo y ofrecido todo a Dios. No dejaron de darle ese consuelo. La imagen fue llevada inmediatamente a la casa y, habiéndola puesto ante su lecho, fueron tan eficaces las oraciones de Alfonso y tan pronta la Virgen en escucharlo que, en ese momento, se vio mejorado y fuera de peligro. Pero la enfermedad fue tan ruda que necesitó no menos de tres meses para restablecerse [23].

Por fin llegó el momento de recibir el gran don esperado: el sacerdocio. Lo recibió de manos de Monseñor Domingo Invitti el 21 de diciembre de 1726. Él dirá en sus escritos: *Un hombre no puede realizar una acción más sublime y más santa que la de celebrar una misa… Considera, oh sacerdote, que Dios no podía hacerte más grande en el mundo de lo que te ha hecho. ¿Y a qué mayor altura podía elevarte Dios que a hacerte ministro suyo en la tierra para los intereses de su mayor gloria?* También dirá con santo orgullo: *Soy sacerdote, mi dignidad supera la de los ángeles: debo tener una suma pureza y, en cuanto pueda, ser un hombre angelical. Dios obedece a mi voz: yo debo obedecer a las voces de Dios, de su gracia y de los superiores eclesiásticos* [24].

---

[22] Proceso ordinario de Nocera I, fol 302.
[23] Tannoia I, pp. 34-35.
[24] Mermet p. 175.

CELO PASTORAL

Ordenado sacerdote, recibió del eminentísimo cardenal Piganatelli la facultad de confesar... Era prodigioso el número de penitentes de cualquier clase o condición que acudían a él de todas partes. Y a todos acogía Alfonso con mucha caridad. En la mañana era el primero en llegar a la iglesia y en la tarde era el último en levantarse del confesonario [25].

Desde el principio de su apostolado se preocupó de instruir al pueblo y sacarlo de la ignorancia religiosa, fomentando en ellos la recepción de los sacramentos y el rezo diario del rosario. Para conseguirlo con mayor fruto, estableció las *capillas del atardecer* o *capelle serotine* o *capelle serali*. Se abrían las puertas al toque del Avemaría al atardecer y se cerraban dos horas más tarde. Prendieron tanto y fueron de tanto fruto que, al morir Alfonso, había una red de 75 centros en distintos barrios de la capital napolitana. Y cada centro tenía no menos de 150 asistentes, a quienes se daba todos los días catequesis e instrucción religiosa.

Alfonso trabajaba sobre todo en el barrio del Mercato y en el Lavinaio, donde estaba toda la escoria del pueblo napolitano. Era su alegría verse rodeado de la gente más vil, llamados los "lazzari" y de otras pobres gentes del mismo oficio. Más que a los demás, Alfonso llevaba a éstos en el corazón. Los instruía con sus predicaciones y los reconciliaba con Dios por la confesión. Dándose la voz los unos a los otros se veía que de todas partes acudían a él nuevos penitentes, sirviendo todos de pábulo al ardiente celo que tenía de salvar almas y darlas a Cristo. Muchísimos, por criminales y pecadores que fueran, no solo aborrecían el pecado, sino que se convertían en almas de una no ordinaria oración y sumamente empeñados en amar a Jesucristo [26].

Por otra parte, debía adherirse a una de las tres asociaciones sacerdotales existentes en Nápoles: la del padre Pavone, la de San Jorge (de los píos operarios) o la de la catedral. Alfonso escogió la de la catedral, que también se llamaba de Propaganda o de las Misiones apostólicas, creada para dar misiones populares en el reino de Nápoles. También, para dar rienda suelta a su celo por la salvación de las almas, se anotó en la Cofradía de los *Bianchi della giustizia* (llamada de los blancos) por su capucha y ropón blancos, que asistían a los condenados a muerte y trasladaban sus restos al cementerio. Hasta su muerte permanecerá Alfonso en contacto con los dirigentes de esta Hermandad para él tan querida.

---

[25] Tannoia I, p. 38.
[26] Tannoia I, p. 40.

El año 1729, probablemente en el mes de octubre, ocurrió un suceso que emocionó a nuestro santo. Estaba predicando en la iglesia del Espíritu Santo de Nápoles y, al pasar su padre delante de la iglesia, entró y lo escuchó. Cuando Alfonso volvió a casa, encontró a su padre todo emocionado que le dijo: *Hijo mío, esta noche me has hecho conocer a Dios. Te doy mil bendiciones y me complazco infinitamente de que hayas escogido carrera tan santa y de tanto agrado del Señor* [27].

Alfonso se hizo muy conocido en Nápoles y todos comentaban con elogios sus predicaciones, pero él quería vivir en un ambiente más retirado y no en su casa. Por ello, con el visto bueno de su padre, pidió ser admitido como pensionista, no como miembro, en la Congregación fundada por el Padre Mateo Ripa, destinada a la evangelización de los infieles, especialmente de los chinos; ya que él había sido misionero en China. La gente llamaba a su casa el Colegio de los chinos, porque instruía a cinco estudiantes chinos, que había traído consigo. A este Colegio se mudó Alfonso a mediados de junio de 1729. El padre Ripa dirá de él: *Convivía con nosotros el señor don Alfonso de Ligorio, sacerdote de mucho crédito, no sólo por su cuna, pues era caballero de la ciudad, sino además por la ejemplaridad de su vida y por el don que de Dios había recibido para dar misiones… Y, si bien nunca estuvo adscrito a nuestra Congregación, alimentaba el deseo de agregarse un día y conservaba el ánimo muy dispuesto a evangelizar en China según lo expresó reiteradamente a sus directores. Fiándome yo de su celo y talento, le había echado encima casi todo el peso de nuestra iglesia cuanto al confesar y predicar; y, llevándolo él todo con gran provecho de las almas, parecía ser el único soporte de la misma* [28].

En otoño de 1729 se distinguió y fue la admiración de cuantos lo conocían por haber asistido a los enfermos atacados de la peste, que se propagó por aquellos días.

También organizó una Academia eclesiástica donde se reunían algunos sacerdotes para tratar temas de Sagrada Escritura, historia eclesiástica y diferentes temas de teología. El padre Juan Mazzini, hablando de estas Jornadas de estudio, dice: *Parecíamos una comunidad en miniatura. Colocábamos en un cuarto un altar y, ante él, cual si fuéramos religiosos de coro, rezábamos el Oficio divino con recogimiento y fervor. Se añadían las letanías de la Virgen y otras preces, además de hacer oración mental. Nos dábamos en común disciplina y, aun en privado hasta derramar sangre. En tales muestras de austeridad, descollaba don Alfonso, martirizando su cuerpo con ásperos cilicios... Comíamos en común y poníamos en la presidencia como superior, una*

[27] Tellería I, p. 127.
[28] Tellería I, p. 130.

estatuita del Niño Jesús y, ante él, un plato vacío, en el cual depositaba cada uno de su ración y la destinábamos a los pobres [29].

LAS MISIONES

La principal característica de la vida apostólica de Alfonso fue el dar misiones populares, de modo especial en los poblados más alejados, donde estaba la gente más pobre e ignorante en cuestiones religiosas. En una carta que le escribió al Papa Clemente XIII en 1758, le dice: *Anualmente damos de 40 a 50 misiones y pasan de 20 a 30 las tandas de ejercicios que se dan en las casas a los seglares, ordenandos y sacerdotes* [30].

El padre Corsano declaró en el Proceso: *El siervo de Dios gastó en este apostolado el espacio de 36 años continuos sin reparar en achaques de salud, ni en incomodidades, ni peligros. Recorrió casi todos las provincias del reino, en especial la Tierra de Labor, los dos principados de Citra y Ultra, las dos Pullas y parte de las dos Basilicatas; santificó particularmente las diócesis de Nápoles, Aversa, Nola, Nocera, Sarno, Cava, Amalfi, Castellamare, Avelino, Benevento, Bovino, Troia, Bari, Trani, Modugno, Caiazzo, Scala, Gragnano y Lettere* [31].

Para comenzar las misiones exigía que lo recibiera el clero a las puertas de la ciudad con el sonar de todas las campanas. En la plaza se hacía una invitación con sermón breve. Y en unión con el pueblo se dirigía a la iglesia donde adoraba al Santísimo y abría la Misión. Por la mañana daba una prédica para quienes debían salir al campo y, a continuación, unos misioneros iban a confesar a los hombres y otros a las mujeres. Después de la comida del mediodía, dos de sus misioneros daban charlas: uno a los niños y otro a las niñas. Por la tarde, después de vísperas, reunía a las mujeres y cantaba el rosario a la Virgen en italiano, no en latín. El acto más importante de la tarde era la explicación del catecismo, enseñándoles alguna canción religiosa [32].

Los últimos días eran de comunión general. Primero los niños y niñas hasta los 14 años; después las señoritas y las viudas. Otro día las mujeres casadas. El último día era la comunión de los hombres. Era un día de fiesta y debían darse el abrazo de la paz para reconciliarse entre sí. Después de las comuniones generales, un padre predicaba sobre algún vicio particular como la borrachera, el rencor o la deshonestidad; y los animaba a todos a la recepción

---

[29] Proceso ordinario de Nocera I, fol 306.
[30] Tellería II, p. 694.
[31] Proceso apostólico de Nocera V, fol 2942.
[32] Tannoia II, p. 310.

frecuente de los sacramentos. También en esos días se daban charlas especiales a los clérigos y a las religiosas.

En cuanto a comida, rechaza por sistema los *manjares selectos* como pollo, aves, pescados raros, licores, dulces... Para él bastaba con un plato de menestra y, por la noche, un poco de ensalada o un poco de queso o fruta. Daba suma importancia a confesar, porque era el momento de encuentro con los pecadores arrepentidos. Los temas imprescindibles de predicación en las misiones eran: muerte, juicio, infierno y gloria; la oración, el patrocinio de María, la Eucaristía y la necesidad de la oración para salvarse. Al final de la misión, se hacía una devota procesión eucarística por el pueblo e, incluso, por los campos para bendecirlos. Como recuerdo de la misión, instalaba en el atrio de la iglesia, o en otro lugar oportuno, algunas cruces que sirvieran como recordatorio de la misión. También procuraba que volvieran algunos misioneros a los cinco o seis meses para refrescar las verdades enseñadas y para impulsar la perseverancia en las decisiones tomadas.

Andrés Gaudiello recuerda: *En 1737 predicaba Alfonso al pueblo de Fiorino y confesaba hasta después del mediodía, visitaba a los enfermos y consolaba a los atribulados, siendo él de corazón ternísimo, afable con todos y sencillo como un niño. Entre todas las virtudes resplandecía en él una indecible devoción a María Santísima, cuyas alabanzas ni de día ni de noche hubiera acabado de tejer; e inflamaba a las gentes en tal devoción con canciones espirituales y repartiendo bonitas estampas y novenas* [33].

En 1740 dieron misiones en Acquarola. Los habitantes estaban consternados por la persistente sequía. Alfonso se arriesgó por particular inspiración a prometerles que, si se arrepentían, Dios les mandaría lluvia. Y el último día el cielo descargó tal cantidad de lluvia que a toda la campiña le devolvió la vida y todos estaban contentos y agradecidos a los misioneros. En 1743, *durante las misiones más de trescientas jóvenes, dando la espalda al mundo, consagraron a Cristo su virginidad* [34].

En diciembre de 1745 dio misiones en Foggia. Con sus predicaciones, nueve meretrices se arrepintieron públicamente y las nueve perseveraron en una buena vida. Uno de los días un misionero pasó por la plaza delante de una taberna, invitando a los misiones. Uno de los presentes le dijo: *Padre, ¿quiere saber cuál es mi misión? Y alzó el vaso para seguir bebiendo, pero casi*

[33] Tellería I, p. 272.
[34] Tannoia II, p. 143.

inmediatamente cayó muerto ante el asombro de todos. Este hecho hizo más bien a todos que las mismas predicaciones de Alfonso [35].

Este mismo año 1745, el 10 de noviembre en Nápoles, murió su padre confortado con los santos sacramentos; y fue enterrado en la Cofradía de la Misericordiella. La noticia se la comunicaron a Alfonso en el momento en que subía al púlpito a predicar. Cayó de rodillas y se recogió unos momentos en oración y, tras pedir a los asistentes una oración por su padre, predicó el sermón con todo el entusiasmo de siempre.

En marzo de 1746 había una gran sequía en Foggia. Alfonso fue llamado para hacer una novena a la Virgen María. Estaba afiebrado, pero fue. Apenas comenzada la novena le dejó la fiebre y la novena fue de tanto provecho que se obtuvo lo que se pedía, lloviendo en abundancia como todos deseaban [36].

En 1748, en el mes de abril, dio misiones a los soldados y oficiales del Presidio de Pizzofelcone en Nápoles. En la misión fueron muchos los escándalos de los soldados que se superaron. Tomaron horror a las blasfemias y se avisó a las mujerzuelas que frecuentaban el cuartel a no hacerlo. Todos tomaron en serio ir más a las iglesias y frecuentar los sacramentos. Alfonso les regaló muchos libros devotos. No hubo soldado que no se viera en la iglesia con algún folleto en la mano. Mayor fruto se dio entre los oficiales. Según manifestó don Alejandro Fiore, cinco oficiales entre otros se licenciaron del ejército y se retiraron con el permiso del rey a diversos conventos [37].

En 1752, después de Pascua, Alfonso con sus misioneros fue a Gragnano, llamados por el obispo de Lettere. *Hubo en este lugar 22 hombres que por la gracia de Dios se convirtieron y dejaron a los pies de la Virgen montones de pistolas, cuchillos y otras armas prohibidas. Entre otros fue impresionante la conversión de Clemente Servillo, famoso asesino. Al alzar las cruces del Calvario después de la misión, Alfonso quiso que él cargara una de las cruces. La gente lloraba de emoción y Clemente les decía: "Vosotros lloráis, pero dejad de llorar por mí, que llevo todo el Monte Calvario sobre mis espaldas", dando a entender el fardo de tantos pecados cometidos. En esta misión hubo muchas malas mujeres convertidas, que se mantuvieron en su santo propósito; otras jóvenes se consagraron a Dios. Según el sacerdote Juan de Gragnano, allí no había costumbre de visitar al Santísimo Sacramento, pero, cuando se fueron los misioneros, se llenaban las iglesias, especialmente por la tarde, de hombres y mujeres que iban a la adoración de Jesús sacramentado* [38].

---

[35] Tannoia III, p. 172.
[36] Tannoia II, p. 175.
[37] Tannoia II, p. 204.
[38] Tannoia II, p. 239

En 1755 dio misiones en Benevento, territorio de los Estados Pontificios. Allí fue con veinte de sus misioneros. El fruto fue tan copioso que hasta Roma llegó la noticia y el mismo Papa, Benedicto XIV, se mostró muy satisfecho.

En febrero de 1756 tuvo que ir a Nápoles para varios asuntos y el cardenal arzobispo de la ciudad le pidió que diera ejercicios espirituales a los clérigos, lo que hizo con mucho fruto. Este mismo año dio misiones con 14 misioneros de los suyos en Amalfi. *Entre los convertidos, estaban dos callejones de meretrices. Según refirió el párroco, don Francisco de Stefano, todas se convirtieron y perseveraron. Una de ellas Angiola Bonito, fue tan constante que casi todos los días comulgaba. Si Alfonso no hubiera hecho otra cosa, éste ya era el máximo de los milagros* [39].

En 1759 dio misiones en Nola. El padre Tannoia escribió: *Perdura aún como recuerdo de sus predicaciones eucarísticas el rito de tocar la campana al atardecer del jueves y de encender en las ventanas un cirio, simbolizando la gratitud cristiana a Jesucristo, dador de la Eucaristía y compañero nuestro sobre los altares* [40].

En 1761 dio de nuevo misiones a los soldados de Nápoles. Se quitaron muchos escándalos, se moderaron las blasfemias y las riñas entre los soldados, se frecuentaron los sacramentos y algunos oficiales se consagraron a la vida religiosa [41].

Félix Verzella, declaró: *Cuando dio las misiones en 1762 en Santa Águeda, se vieron conversiones admirables, porque sus palabras tenían una unción celestial y penetraban los corazones. Se vieron hechos muy notables como restituciones, reconciliaciones, reuniones de familias divididas… Tanta era la gente que acudía a las misiones, incluso de los caseríos y lugares vecinos, que, a pesar de que la catedral es muy grande, no cabían todos en ella de modo que muchos quedaban fuera. Cuando llegó el día de la bendición, fue necesario situar el púlpito delante de la puerta de la iglesia para satisfacer a tanta gente que estaba reunida en el gran espacio delante de la iglesia* [42].

Y añade: *Había una joven prostituta, que por su mala vida y por los males que producía en la juventud, la hizo sacar de la diócesis, pero ella, aprovechando que estaba ausente por enfermedad en Pagani, regresó a Santa Águeda. Cuando lo supo, descuidando su salud, volvió y la hizo llamar y,*

---

[39] Tannoia II, p. 273.
[40] Tannoia II, p. 292
[41] Tannoia II, p. 303.
[42] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 10, p. 118.

hablándole con las puertas abiertas en mi presencia, la convirtió y la convenció para que fuera a la casa de retiro de San Rafael de Nápoles a sus expensas, donde llevó una vida de verdadera penitencia [43].

En algunos santuarios, con motivo de las fiestas, se cometían excesos de borracheras, bailes y comilonas. Alfonso ordenó que, después de la misa y de la procesión del mediodía, se cerraran las puertas para evitar profanaciones. Para moralizar las costumbres, organizó una campaña antiblasfemia. La blasfemia era un pecado reservado y a los blasfemos los hacía castigar por la autoridad civil de acuerdo a las leyes establecidas al respecto.

A los sacerdotes que llevaban una vida escandalosa con borracheras o vida disoluta los llamaba y les aconsejaba con bondad. Si aceptaban, los enviaba de retiro unos días. Pero, si se obstinaban en su mal camino, los encerraba en algún monasterio lejano o, de acuerdo a las leyes, hacía que los desterraran o encarcelaran. En cuanto a los malos religiosos, avisaba primero a sus Superiores para que pusieran remedio; de otro modo, los hacía expulsar de la diócesis.

En sus predicaciones decía: *"Si Jesucristo es la fuente de todas las gracias, María es su canal". Entre todos los medios de perseverancia, el que Alfonso llevaba más entrañado en el corazón, el medio de los medios, era la frecuencia de los sacramentos. La confesión y la comunión son la fuente de todos los bienes. Ellas abaten las pasiones, dan fuerza contra las tentaciones. Sin ellas, se cae y se va al precipicio. Por eso, impulsaba a la comunión cada domingo y exhortaba a los más fervorosos a hacerlo dos o tres veces por semana* [44].

OBISPO

El año 1762 fue un año especialmente importante para la vida de Alfonso. Fue elegido por el Papa Clemente XIII, obispo de Santa Águeda de los Godos. Inmediatamente pensó en renunciar, poniendo por excusa que tenía voto de no aceptar ninguna dignidad fuera de la Congregación; aparte de sus males de salud y su edad de 66 años; pero el Papa le respondió que lo dispensaba de su voto y que le daba precepto formal de aceptar. Cuando llegó el correo con la nueva de que el Papa no aceptaba su renuncia, a pesar de su repugnancia a aceptar tal cargo, pues debía abandonar en cierto modo la Congregación, aceptó la voluntad de Dios, manifestada por medio del Papa. Pero fue tan grande el golpe que enfermó gravemente, pensando algunos que moriría de la impresión. Solía decir:

[43] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 10, p. 120.
[44] Tannoia II, pp. 315 y 332.

Son justos juicios de Dios. El Señor me echa de la Congregación por mis pecados.

Cuando se recuperó, decidió ir cuanto antes a Roma para recibir la ordenación episcopal sin demora y comenzar su ministerio. En una joyería barata adquirió por poco dinero un anillo pastoral y una cruz pectoral, sin más engaste en ambos que piedras falsas.

Llegó a Roma el 25 de abril de 1762, pero el Papa Clemente XIII estaba unos días de vacaciones. Por ese motivo aprovechó para ir a Loreto a visitar el santuario de la Sagrada Familia de Nazaret, y que, según una tradición bien documentada, allí está la verdadera casa de Nazaret, donde vivieron Jesús, José y María, que fue trasladada milagrosamente por los ángeles, primero a un lugar de Yugoslavia, y después a Loreto. En Loreto celebró todos los días la misa en el altar de la Virgen. Se sintió feliz aquellos días pasados en lugares tan santos y que le hicieron mucho provecho espiritual.

El 8 de mayo estaba de regreso en Roma. Obtuvo una audiencia con el Papa y en ella le volvió a insistir en su renuncia. Sin embargo, el Papa le respondió que la obediencia obraba milagros.

Fue consagrado obispo en Roma el 20 de junio de 1762. Como obispo consagrante actuó el cardenal Fernando Rossi, prefecto de la Congregación del Concilio. Regresó a Pagani por pocos días, quedando como sucesor en la Congregación en calidad de Vicario general, el padre Villani. El Papa ratificó el acuerdo de que Alfonso quedaba como Rector de la Congregación, aunque fuera obispo. Al hermano Leonardo, que lo acompañaría, le pidió que no se olvidase de llevarle su jergón de paja para dormir. Y antes de despedirse de los que quedaban en Pagani les dijo: *No lo dudéis, hijos míos. Regresaré a morir entre vosotros. Quiero dejar mis restos mortales en esta iglesia de San Miguel.*

La diócesis de Santa Águeda de los Godos a la que iba destinado, tenía unos 30.000 habitantes, distribuidos en 12 arciprestazgos. La gente vivía sobre todo de la agricultura y el pastoreo. La capital, Santa Águeda, tenía 5.200 habitantes y 80 sacerdotes. Entre las ciudades más importantes estaba Arienzo y Airola. En la diócesis había once comunidades de religiosos: agustinos, dominicos, carmelitas, capuchinos, benedictinos y reformados descalzos de San Francisco entre otros. Las comunidades femeninas eran sólo dos monasterios y dos reclusorios de mujeres. También había a lo largo del territorio diocesano muchas ermitas y capillas cuidadas por santeros, no todos edificantes.

Al llegar a Santa Águeda, muchos caballeros le hicieron llegar obsequios de licores, pasteles, frutas de calidad, etc. Todo se lo devolvió a sus dueños con

agradecimiento. Después quitó todos los lujos que los canónigos habían puesto en su habitación y en otros lugares del palacio episcopal. Y comenzó su ministerio, dando misiones en la misma catedral. Los frutos fueron copiosos: familias unidas, blasfemos y borrachos que dejaron los vicios, y reconciliación de familias divididas por el odio.

Él vivía con sus principales colaboradores en el palacio episcopal. Todos formaban una familia, parecida a un monasterio. Estaba Félix Verzella, secretario particular; el padre Juan Nicolás Rubini, Vicario general; el padre José Jermieri, canciller. El hermano redentorista Francisco Antonio Romito fue su permanente compañero, enfermero y factótum (disponible para todo).

También estaba el cochero y algunos seglares a quienes impuso un mínimo reglamento de vida cristiana: misa diaria, rosario antes de la cena, frecuencia de sacramentos, huida de bailes, diversiones y, sobre todo, de la taberna. Con ellos era un padre, siempre preocupado por su bienestar.

En cuanto a los sacerdotes o religiosos que vivían con él, los hacía vivir como en comunidad, rezando en común el Oficio divino. También hacían meditación en común en la capilla privada y, al mediodía, la visita al Santísimo. Por la tarde, después de la comida del mediodía, había siesta para el que lo deseara. Después se tomaba un café y había media hora de lectura espiritual en común o en privado. A continuación, el rezo de Vísperas y Completas. No faltaba la visita común al Santísimo Sacramento. Y, al final del día, les daba a todos la bendición para ir a sus habitaciones a descansar.

Una de las primeras cosas que trató de reformar fue el Seminario. Era un edificio insano donde faltaba el espacio, la luz y el aire. Él lo amplió y acondicionó para que pudiera albergar a unos setenta alumnos internos. Por otra parte, seleccionó a los prefectos de disciplina y a los profesores, no sólo por su ciencia, sino también por su ejemplo. Y lo mismo hizo con los criados, porteros, etc. En el Seminario, un día al mes, tenían retiro espiritual; y todos los años tenían ocho días de ejercicios espirituales. Él mismo se preocupaba de darles algunas charlas sobre la Eucaristía y sobre la Virgen María para que vivieran en un ambiente eucarístico y mariano.

Semanalmente, dedicaban una hora a debatir un caso o tema moral. Los miércoles dedicaban otro tiempo a un tema de teología dogmática, y los viernes a estudiar algún tema de la Sagrada Escritura. Por otra parte, se preocupó de hacer la visita pastoral a todos los rincones de la diócesis. Se preocupó de la reparación de los templos en mal estado y de la limpieza de los objetos destinados al culto. Los libros parroquiales debían estar en orden y las vestiduras litúrgicas debían estar limpias. No podía soportar ver telarañas o que los santos óleos estuvieran en

un rincón poco decoroso. En verano de 1763 tuvo una grave enfermedad ocasionada por todos sus esfuerzos pastorales y el Vicario general continuó las visitas.

HAMBRE GENERAL

A fines de 1763 y hasta la primavera de 1764, en todo el reino de Nápoles debieron soportar hambre por falta de alimentos, debido a las malas cosechas. Él lo había predicho. Predicando en la iglesia de la Misericordiella de Nápoles contra el pecado les dijo: *"Vivid alerta, pues el Señor nos estrechará con el hambre". En Arienzo también profetizó: "Dios nos apretará a todos. Sobrevendrá tal escasez de víveres que, a falta de pan, rebuscaréis las hierbas entre las matas de esos cercados"* [45].

Pensando en la hambruna, compró varias fanegas de alubias y otras legumbres secas. Ya en otoño de 1763 apareció el fantasma del hambre, que pudo ser superado con algunas reservas, pero después empezaron a llegar de la sierra campesinos en busca de alimentos. Las autoridades civiles no habían previsto nada y los pobres, no solo de Santa Águeda, sino de otras partes del reino, se levantaron amenazadores. Los que acudían al obispado de Alfonso recibían algo. Él les había dicho a sus empleados, especialmente al hermano Romito: *Cuanto hay en el obispado pertenece a los pobres. Que ninguno se vaya con las manos vacías*. También se preocupó de las familias vergonzantes que pasaban hambre y no querían mezclarse con los pobres, que acudían en masa a pedir. Pronto se agotaron las reservas del obispado y hubo de acudir a prestamistas y a vender los objetos preciosos como dos anillos episcopales de valor, un pectoral de oro, los cubiertos de mesa de plata; hasta la carroza y las mulas. Y no pudo vender otros objetos de la catedral, porque los canónigos se lo impidieron.

El criado Alejo refiere en el Proceso de canonización: *Arrancaba lágrimas el verle derramar las suyas y decir a los menesterosos: "Hijos míos, no tengo hoy más que daros, he vendido cuanto tenía: La carroza, las mulas, cosas de valor y no hallo quien se digne prestarme unos ducados". Y se retiraba llorando a su habitación* [46].

Sin embargo, algunos no fueron pacientes. Un día, a las puertas del palacio, algunos le dijeron: *Más le valiera que no hubiera venido; con sus*

[45] Tellería II, p. 120.
[46] Proceso apostólico de Nocera II, fol 506.

sermones estropeó la cosecha y ahora nos alarga estos mendrugos. Cómaselos, si quiere [47].

Las Navidades fueron malas para todos. Los acaparadores de trigo procuraban venderlo a un buen precio. La Corte real se fue de Nápoles a Caserta para evitar posibles tumultos, pues en muchos lugares ya estaban levantándose en plan amenazador los pobres gritando: ¡Abajo los ricos, enemigos del pueblo! En Santa Águeda un domingo se reunieron unas mil personas y fueron a buscar al alcalde para darle un escarmiento. El alcalde buscó asilo en el palacio episcopal. Alfonso tuvo que salir al encuentro de los revoltosos para interceder. Pero la turba no lo respetó. Se dividió en dos partes: una entró al palacio y la otra lo rodeó para que no escapara. Hubo que esconder al alcalde en lo más recóndito del palacio y el santo obispo se ofreció a sí mismo como víctima de su furor, excusando al alcalde y tratando de calmar los ánimos. Les dio todo el pan y harina que había en el obispado y en el Seminario. Así se calmaron.

En este tiempo, redujo su alimentación a un poco de pan y menestra. No quiso comer carne y obligó a todos los de la casa a disminuir sus raciones. Una noche atestigua su secretario, el padre Félix Verzella: *Mientras todos estaban para irse a descansar, vi sobre una banca una persona acostada, que parecía dormir. Llamé al hermano Romito y al criado Alejo y lo sacudimos para despertarlo. Vimos que era un joven acabado, que no tenía casi movimiento y apenas daba signos de vida. Nos quedamos sorprendidos del hecho y avisamos al obispo, que acudió aprisa. Trató de reanimarlo con un poco de aceite y de algunos sorbos de licor, dándole un pedazo de chocolate. El joven reaccionó para consuelo del prelado, que lo hizo retener varios días en el obispado para su recuperación total y después lo despidió.*

Todos los días se veía en ese tiempo rodeado de una multitud de pobres que pedían pan. Él sufría por no poderles atender, pero todos los días buscaba ayuda de los ricos, de las autoridades y de los canónigos [48].

En este tiempo de carestía *habló con los Superiores de los conventos para que socorrieran a los pobres. Y, habiendo sabido que un Superior daba muy poco a los pobres, lo llamó y le dijo que fuera más generoso. El Superior le respondió que su obligación era mantener primero a sus religiosos. El santo obispo se levantó de su silla y le dijo en tono grave: "¿Sabe usted lo que significa mantener? Que deben comer tanto que no se mueran y el resto dárselo*

[47] Tellería II, p. 123.
[48] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 10, p. 124.

a los pobres. Cuando se hizo religioso, prometió una vida pobre y penitente, no querer llenar la panza y saciarse. ¿Cree en el Evangelio o es un turco?” [49].

El duque de Maddaloni tuvo que vender 200 cargas de trigo, que tenía guardado, pero pidió ayuda y enviaron un destacamento de soldados para salvaguardar el orden. Sin embargo, los soldados tenían orden de registrar las casas y detener a los cabecillas del motín. De nuevo Alfonso tuvo que interceder por ellos y que se fueran los soldados. Felizmente, para marzo llegaron a Nápoles, barcos cargados de trigo que el Gobierno había comprado en el exterior y se pudo calmar por entonces la situación.

En Santa Águeda la situación no llegó a extremos lamentables. En otros lugares la gente se murió de hambre por las calles y por los caminos, tratando de comer hierbas. El rey de España Carlos III, que había sido rey de Nápoles, envió desde Cádiz, Nantes y El Havre, varios barcos llenos de víveres hasta que llegó la nueva cosecha, y todo se tranquilizó. Pero era demasiado tarde. En los seis primeros meses de 1764 habían muerto 300.000 personas y 27.000 familias habían huido a los Estados pontificios en busca de pan.

Entonces vino otro mal: la peste. En Nápoles, en el tiempo de carestía, se habían concentrado unos 50.000 pordioseros y maleantes; y surgieron focos de infección que degeneraron en una peste contagiosa, pero, gracias a Dios, no se extendió la peste a otras regiones.

CARIDAD

Esta fue una de las virtudes más sobresalientes de su vida. A los enfermos los visitaba siempre que podía en sus casas y les daba lo que podía, incluso iba a confirmarlos a sus hogares. Precisamente, por su amor a los pobres y a los enfermos se ganó el calificativo de *padre de los pobres.*

En su ancianidad, a pesar de estar prácticamente inválido, se hacía llevar a visitar a los enfermos. El padre Cayetano Mancusi declaró: *Mirar a este anciano de cabeza inclinada, peor aún, con la barbilla hundida en el pecho y hallarle tembloroso y necesitado de mis brazos y de los del criado Alejo para subir al coche y bajar de él; y verle, no obstante, entrar en los tugurios y visitar a los enfermos, lo creí siempre un acto heroico. A su vista se me arrasaban de lágrimas los ojos. Tanto que cierto día le dije: “¿Cómo se toma Vuestra Excelencia esta molestia, cuando más que hacerlas le tocaría recibir las visitas?”. Me replicó al punto: “¿Qué especie de caridad sería la mía, si no me*

---

[49] Tannoia III, p. 97.

costara desazón alguna?. El buen pastor se desvela por las ovejas enfermas" [50].

Alfonso tenía una especial ternura con los niños. Cuando iba por la calle, las madres le presentaban a sus hijos enfermos para bendecirlos. Y él, imponiéndoles las manos sobre la cabeza y haciendo una oración, les recomendaba a las madres: "Encomendadlos a la Virgen", y les devolvía los niños sanos. Cuando ya no salía fuera, se los llevaban a casa y, subiéndolos el criado a su cuarto, les imponía las manos y se sanaban. Esto lo atestiguó el criado Alejo y el hermano Romito que dicen que le subieron casi mil [51].

También se preocupó de los presos y de sus condiciones. Nombró un capellán para sus necesidades espirituales y le pidió al duque de Maddaloni que tuvieran mejores condiciones de vida.

El hermano Romito declaró en el Proceso: *Al siervo de Dios se le podía llamar consolador de los afligidos, tanto antes de ser obispo como después de serlo, e incluso después de haber renunciado. Escuchaba con mucha caridad a quienes venían a buscarlo. Yo, con mis propios ojos, los veía irse contentos y consolados. Ninguno se fue de su presencia sin irse consolado* [52].

Algo también que no podemos dejar de anotar es que había hecho voto de no perder nunca el tiempo. Por eso, si no estaba en trabajos pastorales o escribiendo libros para fomentar la fe, estaba en oración o cosas referentes a la gloria de Dios.

Su secretario particular Félix Verzella, manifestó: *Es muy cierto que el siervo de Dios hizo voto de no perder nunca el tiempo para obligarse a estar continuamente ocupado en cosas útiles o necesarias, referentes al ministerio o asuntos de la diócesis o cosas doctrinales. A veces hacía comer con él a párrocos o canónigos u otras personas para conversar sobre asuntos pendientes. Cuando alguien venía a visitarlo le decía: Si viene por algún asunto: bien; porque no tengo tiempo que perder* [53].

---

[50] Tellería II, p. 395.
[51] Tannoia IV, p. 169.
[52] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 10, p. 133.
[53] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 11, pp. 156-157.

POBREZA

Esta virtud también brilló de modo sobresaliente en la vida de nuestro santo. Su pobreza llegaba el extremo. Según testimonio del padre Andrés Villani: *Cuando se hizo la fundación de la casa de Ciorani, no habiendo habitaciones suficientes cuando se daban los santos ejercicios, el siervo de Dios eligió para sí un lugar forrado de tablas, bajo una escalera de madera, por la cual subía al corredor de arriba. Era un lugar angosto e incómodo. Y en su celda no tenía más que dos o tres sillas viejas, una mesa vieja, algunos pocos libros y una cama pobrísima, que era un saco lleno de paja. Con esta pobreza vivió en la Congregación y lo mismo he oído que hizo siendo obispo* [54].

El señor Pascual Buonapane escribió sobre su visita a Alfonso en Arienzo: *En Monseñor Ligorio he visto personificada la imagen de la pobreza: Palacio desnudo de superfluidades, cuartos a la apostólica, unas sillas de chopo con asiento de paja, mesas sencillas, una cama pobrísima y un silloncete de ruedas sobre el cual le trasladaba de una habitación a otra su criado, tirando de un cordel. Ese ha sido el espectáculo del palacio de Arienzo y no he podido verlo sin llorar* [55].

El criado Alejo declaró: *Cuando renunció al obispado y regresó a la casa de Pagani, quiso comer con vajilla de hierro, como toda la comunidad, y no con la de plata que le colocaban en la mesa. Pero el padre Andrés Villani, su director y confesor, le ordenó que usara la de plata; y lo hizo por obediencia. La vajilla de hierro que usó, la tomé yo por devoción, pero me la pidió el padre Antonio María Tannoia y se la di* [56].

Su secretario Verzella manifestó: *Cuando recibía cartas, aprovechaba las hojas que tenían una parte en blanco para sus borradores y, cuando veía que yo, su secretario, hacía algún abuso de papel me llamaba dulcemente la atención* [57].

El hermano Romito por su parte nos dice: *Su alimentación era de cosas ordinarias. Normalmente comía menestras y legumbres que solía aderezar con ajenjo o drogas amargas. Para los otros comensales servían un poco de carne o pescado. Él raramente comía de esto, de modo que se le veía una gran mortificación. Cuando en su ancianidad se le quería hacer comer algo delicado, buscaba pretexto para evitarlo y, si se le decía que era orden del médico, comía un poquito* [58].

---

[54] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 14, p. 185.
[55] Proceso ordinario de Nocera III, fol 1549.
[56] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 14, p. 194.
[57] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 14, p. 189.
[58] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 18, p. 120.

Su humildad era grande y la demostraba *besando en el refectorio* (comedor) *los pies de los demás. No usaba para el corte de la barba sino unas tijeras, y no rehusaba llevar sotana remendada, ni cabalgar en un vil jumento* [59].

Cuando iba a Nápoles, no se avergonzaba de ir pobremente vestido, a pesar de ser de familia de caballeros y doctor en leyes. Antes que nada era sacerdote y, aunque pobre, era un santo sacerdote.

PUREZA

Esta virtud era como una joya preciosa en la vida de Alfonso. Ya desde jovencito se esmeró en guardar esta virtud. Odiaba que dijeran en su presencia palabras deshonestas y las corregía con fuerza. A las prostitutas de su diócesis las corregía paternalmente; pero, si no se corregían, acudía a la autoridad civil para que actuaran de acuerdo a las leyes establecidas. También se esforzaba en que los matrimonios de convivientes regularizaran su situación con el matrimonio religioso, luchando mucho en sus prédicas contra la infidelidad matrimonial.

En las actuaciones personales, no permitía que lo tocaran las mujeres ni siquiera las manos. Cuando debía hablar con ellas, la puerta debía estar abierta y una persona estar a distancia mirando, para evitar malas interpretaciones.

En esto tenía una sensibilidad especial. El padre Tannoia refiere: *Una noche en Arienzo evitó un acto de deshonestidad en su palacio. El cochero y el criado de la cocina habían introducido a una mujer en el establo y, cuando iban a pecar con ella, les entró un miedo tan grande que la mujer huyó al instante. Al día siguiente, Alfonso llamó a los dos servidores, les reprochó la acción y los exhortó a confesarse. Esto no se hubiera sabido, si el criado, después de muerto Alfonso, no me lo hubiese dicho a mí en Nápoles, y si el cochero no se lo hubiese confiado al párroco de Santa Águeda don Francisco Jadevaja* [60].

El padre Félix Verzella nos dice: *Por haberlo confesado puedo decir con certeza que lo he admirado como un ángel en carne. En toda su vida fue heroica su virtud de la pureza. Por amor a esta virtud renunció a unas bodas ventajosas. Nunca se le oía decir una palabra equívoca o poco honesta. Su hablar era grave y de edificación, aunque, a veces, en la recreación, contaba algún hecho curioso. Cuando tuvo la enfermedad de reumatismo, me dijo, en presencia del criado Alejo que, después de muerto, no abrieran su cuerpo. Nunca daba a besar sus*

[59] Proceso ordinario de Santa Águeda IV, fol 1634.
[60] Tannoia III, p. 305.

manos a las damas ni siquiera a su cuñada. A sus empleados no los hacía entrar en su habitación, si no estaba bien compuesto y, cuando estaba enfermo en cama, vestía de sotana negra. A las mujeres nunca las miraba al rostro o no las veía, porque era miope y no usaba las gafas. Normalmente tenía el rosario entre las manos, al que siempre llevaba suspendido en la cintura [61].

Tenía también suma pureza de conciencia hasta el punto que, en los últimos años de su vida, se acordó que, en los tiempos en que vivió en la casa de los padres chinos en Nápoles, fue curado por cierto médico de una enfermedad y, temiendo que no se le hubiera pagado, mandó a sus herederos, después de cincuenta años del hecho, 25 ducados [62].

VOLUNTAD DE DIOS

Siempre procuraba hacer la voluntad de Dios en todo momento. Escribió un folleto titulado *Conformidad con la voluntad de Dios*, en el que manifiesta que la mejor manera de santificarse es aceptar en todo momento la voluntad de Dios, manifestada a través de los Superiores o de la conciencia o de los acontecimientos tristes o agradables de la vida diaria. Escribe: *Si los serafines entendiesen ser la voluntad de Dios que empleasen toda su vida en contar las arenas de la playa o en arrancar la hierba de los jardines, lo harían presto y de muy buena gana. Más aún: Si Dios diese a conocer su deseo de que se arrojasen al fuego del infierno para arder en él, se lanzarían inmediatamente a aquel abismo para hacer su divina voluntad* [63].

Hemos de conformarnos en aquellas cosas de orden natural que acontecen fuera de nosotros, por ejemplo cuando hace mucho calor o mucho frío; cuando llueve, en tiempo de sequía, de peste, y en otras cosas parecidas. Guardémonos de decir: ¡Qué calor tan insoportable! ¡Qué frío tan horrible! ¡Qué desgracia! ¡Qué mala suerte! ¡Qué tiempo tan calamitoso! Hemos de querer las cosas como son y porque Dios así las dispone… Es menester que también nos conformemos en las cosas que ocurren dentro de nosotros como en el padecer hambre, sed, pobreza, desolaciones, deshonra. En todas estas cosas, siempre hemos de decir: "Haz, Señor, y deshaz según tu beneplácito. Sólo quiero lo que Tú quieres" [64].

De una manera especial debemos conformarnos y resignarnos en las enfermedades corporales; y es menester que las aceptemos gustosamente y de la

[61] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 15, p. 200.
[62] Andrés Villani. Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 12, p. 166.
[63] Conformidad con la voluntad de Dios, Lima, 2008, p. 7.
[64] Ib. p.20.

manera y por el tiempo que Dios quiera. Es obligación nuestra poner los remedios necesarios, porque así lo quiere también el Señor, pero si éstos no producen efecto, unámonos también en esto con la voluntad de Dios, la cual será más útil que la misma salud. "Señor, digamos entonces, no quiero curar ni estar enfermo: quiero tan sólo lo que tú quieres"...

Muchas veces nos faltarán los médicos y las medicinas o el médico no acertará a conocer nuestra enfermedad. También en esto es menester que nos conformemos con la divina voluntad, la cual todo lo dispone para nuestro bien[65].

Cuando en Arienzo le vino aquella grave enfermedad de fuerte reumatismo, teniendo fuertes dolores y con la cabeza doblada que ni podía acostarse en el lecho, decía: "Oh Señor, así lo quieres tú, así lo quiero yo" [66].

Lo mismo decía, cuando fue nombrado obispo contra su voluntad o cuando el Papa suprimió la Compañía de Jesús o cuando estaba enfermo con sus frecuentes catarros en invierno, con el asma, la malaria, la artrosis lumbar o cervical, etc.

LOS SANTOS Y ÁNGELES

Nuestro santo era devotísimo de san José, a quien le hacía siempre la novena para su fiesta con prédica y exposición del Santísimo. Además de san José, su santa preferida era santa Teresa de Ávila. A esta santa la consideraba como su patrona especial, su maestra y confidente. Por eso, al terminar o comenzar sus cartas solía poner: *Jesús, María, José y Teresa.*

A esta santa le hizo un voto. *Voto valedero sólo para cuando esté en nuestras casas: "Decir cada miércoles nueve padrenuestros, avemarías y gloria; y además no comer la fruta ni el segundo plato. Se entiende frutas crudas, no cocidas". Y se consagró a ella escribiendo: "Oh virgen seráfica, Teresa de Jesús... En presencia de la Santísima Trinidad, del ángel de mi guarda y de toda la corte celestial, te elijo hoy, después de María, por madre, maestra y abogada especial y tomo la firme resolución de servirte siempre y de procurar que los demás también te sirvan. Te suplico por tanto... que me recibas para siempre en el número de tus devotos servidores. Socórreme en mis necesidades y alcánzame la gracia de imitar tus virtudes, caminando por la verdadera senda de la perfección cristiana"* [67].

---

[65] Ib. pp. 22-23.
[66] Alejo. Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 17, p. 213.
[67] Tellería I, p. 143.

El padre Landi afirma: *San Alfonso admiraba mucho a santa Teresa de Jesús. Esta gran santa era su principal abogada. Lo que más tal vez le enamoró de la santa fue su inmensa confianza en Dios, que la trocó en la gran reformadora del Carmelo* [68].

A santa Teresa de Jesús le consagró su primera publicación en 1743, titulada *Consideraciones sobre las virtudes y cualidades de santa Teresa de Jesús.* Y después de la Sagrada Escritura, será a ella al santo que más citará.

También era devotísimo de todos los ángeles y santos del cielo, especialmente del arcángel san Miguel. Puso a la casa de Pagani y a su iglesia bajo el título y patrocinio de san Miguel arcángel. En 1732 hizo una visita para él muy importante. Fue al santuario de San Miguel del Monte Gárgano. No en vano Miguel era uno de sus nombres de pila. Dentro de ese santuario entró en la gruta santa, cuyas negras paredes goteaban agua día y noche, y en aquel ambiente sagrado celebró la misa pidiendo al santo arcángel que le diera fortaleza para afrontar tantas dificultades que tenía en su ministerio y en la Fundación del Instituto.

ALMAS DEL PURGATORIO

Su amor y caridad para con las almas del purgatorio era de todos los días. El padre Andrés Villani nos dice: *Me consta de vista y oído que nuestro fundador fue devotísimo de las almas del purgatorio, habiendo hecho incesantes oraciones, penitencias y sufragios por ellas; y estimulaba a los fieles, cuando predicaba y en sus libros y en sus conversaciones, a dar a las almas del purgatorio los sufragios como limosna, al igual que sacrificios, oraciones y penitencias y otros actos de virtud y prácticas devotas* [69].

El padre Gerardo Petrone añade: *Fue caritativo toda la vida, no sólo con los vivos, sino también con los difuntos, porque procuraba con penitencias, oraciones y sacrificios e indulgencias, ayudar a las almas del purgatorio. Soy testigo de haberme estimulado a dar siempre sufragios a las almas benditas, lo que hacía en las prédicas, las que yo tantas veces he oído. Y sobre esta piadosa costumbre escribió una novena, la que repartió por toda la ciudad y la diócesis de Santa Águeda, cuando la gobernaba* [70].

---

[68] Proceso ordinario de Nocera III, fol 1474.
[69] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 10, p. 113.
[70] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 10, p. 117.

Por su parte el padre Pedro Valpicelli manifiesta: *Cuando pasaba delante del cementerio o cuando oía que alguien había muerto, y todos los días a primera hora de la noche, rezaba el "De profundis" con la oración por las almas benditas. Fue tan constante en esto que, cuando estaba sordo y no oía la campana que sonaba a la primera hora de la noche, me ordenó a mí y a otros de la casa que le avisáramos para que pudiera dar sufragio a las almas del purgatorio* [71].

AMOR A JESÚS Y MARÍA

Su amor a Jesús Eucaristía se manifestaba en el fervor con que celebraba la santa misa, en la que muchas veces se quedaba en éxtasis y hasta se elevaba del suelo.

Su secretario particular Félix Verzella declaró: *No una vez, sino muchas veces lo he visto con el rostro todo inflamado y encendido, cuando celebraba misa. En sus oraciones me parecía un serafín, de lo que yo deducía la llama ardentísima de divino amor que ardía en su corazón* [72].

El padre Andrés Villani certificó: *Cuando ya estaba jubilado y muy anciano, viviendo en Pagani, la mayor parte del tiempo lo pasaba ante el Santísimo Sacramento con gran recogimiento y devoción... Y como era virtuoso de la música, se ponía a veces a tocar el címbalo o cantar alguna de las canciones que él había compuesto al Santísimo Sacramento. Y lo hacía con tal unción que los presentes no podían menos de conmoverse. Todas esas cosas han sido vistas, oídas y experimentadas por mí en tantos años que he vivido con él y lo he dirigido y aconsejado. Cuando estuvo tan mal que no podía ir a la iglesia o al coro, yo le decía que el Santísimo Sacramento se encontraba en la misma casa, pero él respondía: "Sí, pero no está aquí Jesucristo sacramentado"* [73].

Y el padre Verzella añade: *Ordenó que en cada lugar de la diócesis, cada sábado por la tarde, se hiciera Exposición del Santísimo y cada párroco hiciera una prédica sobre la Virgen María. Él lo inculcó con el ejemplo, porque tanto en la catedral de Santa Águeda como en Arienzo, hacía los sábados la Exposición del Santísimo, vestido de roquete, muceta y estola; y después en el púlpito predicaba sobre las virtudes y grandezas de la Virgen María, animando a la gente con alguna canción devota* [74].

---

[71] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 10, p. 129.
[72] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 9, p. 103.
[73] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 7, p. 53.
[74] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 7, p. 67.

Su última misa la celebró el 25 de noviembre de 1785, pero iba con frecuencia a visitar a Jesús sacramentado. Le decía al criado Alejo: *Aquí está el Santísimo Sacramento. Aquí se recibe la comunión. No en todas partes está el Santísimo Sacramento. ¡Oh, qué cosa tan bella, dos lámparas están ardiendo siempre ante el divino sacramento! ¡Aquí se expone el Santísimo! ¡Cuánto tiempo quisiera estar delante del Santísimo Sacramento! Y después, antes de retirarse, decía: "¿Cuándo volveremos a visitarlo otra vez?"* [75].

Sobre el amor a Jesús Eucaristía escribió en su libro *Visitas al Santísimo*: *¡Oh, qué dulce delicia es estar al pie del altar con fe y con un poco de tierna devoción y hablar familiarmente a Jesucristo, que expresamente mora allí para atender y escuchar al que le ruega! ¡Qué delicia pedirle perdón de los disgustos que le dimos, exponerle nuestras necesidades, como hace un amigo a otro amigo, en quien tiene la más entera confianza y pedirle sus gracias, su amor, su cielo y, sobre todo, hacer y repetir actos de amor a aquel divino Señor que sin cesar sobre el altar, ruega al Padre por nosotros y por nosotros se abrasa en llamas de amor! El amor es el que le hace llevadero, el quedar oculto y desconocido y hasta despreciado de los ingratos en este sacramento. Y no añadiré aquí más palabras: "Pruébenlo y verán".*

Sobre el amor a María bastaría leer su famoso libro *Las glorias de María*. Un día le dijo Alfonso a don Nicolás Sorrentino: *La Virgen me ha hecho dejar el mundo. Yo era seglar. La Virgen me dio luz para dejar el mundo y hacerme eclesiástico* [76].

En una de las notas escritas por Alfonso dice: *El demonio maldice la hora en que me entregué a Dios y detesta cuanto he realizado por el monasterio de Scala, pero Jesús lo bendice. En su Corazón divino distinguió* (sor Celeste) *mi nombre escrito y que le placía a Él grandemente mi devoción a María. Me reconoció entre los hijos de María y entendió que perduraría nuestra unión, basada en la amistad con Dios* [77].

Félix Verzella declaró: *Tenía siempre ante los ojos la imagen de María, llamada del Buen Consejo, y muchas veces lo vi hacer actos de amor y de confianza hacia la santa Señora; y ordinariamente a todos aquellos que venían a buscarlo para cualquier asunto de conciencia, tanto diocesanos como forasteros, les regalaba alguna imagen de María Santísima, inculcándoles su devoción. Solía decirles: "Ésta es nuestra mamá, la que nos ha de llevar al paraíso; ésta es*

[75] Mermet, p. 731.
[76] Tannoia I, p. 26.
[77] Tellería I, p. 160.

la que nos ha de ayudar en el momento de la muerte. ¡Pobres de nosotros, si no tuviéramos a esta gran Madre de Dios! [78].

El padre Juan Bautista de Constanzo anotará el 19 de octubre de 1787, cuando ya Alfonso había muerto. *El año que precedió a su muerte yo le pregunté, después de haberlo confesado, si experimentaba el deseo de ver a la Santísima Virgen en el momento de la muerte y de sentirse sostenido por ella. Me respondió: "¿Cómo podría venir la Santísima Virgen a un miserable pecador como yo?". Yo le repliqué: "Ella se ha dignado visitar a un gran número de sus devotos, ¿Por qué no se iba a aparecer a quien tanto ha predicado y trabajado por su gloria? Ella es todo amor para quienes la aman". Entonces el rostro del santo se iluminó: "Escúchame. Cuando yo era joven conversaba frecuentemente con la Madonna. Ella me aconsejaba en todos los asuntos de la Congregación".*

- *¿Y qué le decía?*
- *Tantas cosas y tan bellas…*
- *¿Qué cosas?*
- *"Tante belle cose", repetía. Y permaneció en silencio* [79].

UNA CONVERSIÓN POR MARÍA

Este caso lo cuenta san Alfonso en el libro *Las Glorias de María*, certificando que se lo oyó personalmente a un sacerdote compañero suyo. Y dice así: *Mientras este sacerdote estaba confesando en una iglesia —no se dice la ciudad por prudencia, aunque el penitente dio licencia para publicar su caso— se colocó al frente de él un joven que parecía titubear entre confesarse y no confesarse. Mirándolo el padre varias veces, al fin lo llamó y le preguntó si deseaba confesarse. Respondió que sí, pero como la confesión parecía que iba a ser larga, el confesor se fue con él a una habitación aislada.*

El penitente comenzó por decirle que era un noble forastero y que no comprendía cómo Dios le podía perdonar con la vida que había llevado. Además de los incontables pecados deshonestos, homicidios y demás, le dijo que, habiendo desesperado de su salvación, se había dedicado a pecar, no tanto por satisfacción cuanto por desprecio a Dios y por el odio que le tenía. Dijo que poco antes, esa misma mañana, había ido a comulgar; pero ¿para qué? Para pisotear la hostia consagrada. Y que, en efecto, habiendo comulgado, iba a ejecutar su horrendo pensamiento, pero no pudo hacerlo porque le veía la gente. Y en ese momento entregó al sacerdote la santa hostia envuelta en un papel. Le

---

[78] Summarium super virtutibus, p. 296.
[79] Summarium super virtutibus, pp. 287-288.

contó después que, pasando por delante de aquella iglesia, había sentido un impulso muy grande de entrar, y que, no pudiendo resistir, había entrado. Después le había acometido un gran remordimiento de conciencia con un deseo confuso de confesarse, que por eso se había puesto ante el confesionario; pero estando allí era tanta su confusión y desconfianza que quería marcharse, pero parecía como si alguien lo retuviera a la fuerza; hasta que usted, padre, me llamó. Ahora me encuentro aquí para confesarme, pero no sé cómo.

El padre le preguntó si había tenido alguna devoción a la Virgen María durante ese tiempo, porque tales golpes de conversión no suceden sino por las poderosas manos de María. "¿Qué devoción podía tener? Nada, padre; yo estaba condenado". Pero metiendo la mano en el pecho, notó que tenía el escapulario de la Virgen Dolorosa. "Hijo —continuó el confesor—, ¿no ves que la Virgen es la que te ha otorgado esta gracia? Y has de saber que esta iglesia está consagrada a la Virgen". Al oír esto el joven se enterneció, comenzó a compungirse y a llorar. Mientras manifestaba sus pecados creció a tal punto su compunción y llanto, que se desmayó. El padre lo reanimó y finalmente acabó la confesión, lo absolvió con gran consuelo y, del todo contrito y resuelto a cambiar de vida, se despidió para volver a su patria, dando licencia al confesor para anunciar públicamente la gran misericordia que con él había tenido María[80].

Este hecho lo contaba muchas veces en sus prédicas para manifestar el poder de intercesión de María.

MILAGROS DE LA VIRGEN

El martes 20 de marzo de 1731 un terremoto sacudió la región de Pulla. Era Martes Santo. El sismo se repitió el miércoles y el Sábado Santo. La catástrofe culminó su obra devastadora en Foggia, que quedó reducida a escombros y donde murieron enterradas unas 3.000 personas. Pero María, como una madre, vino consolar a sus hijos por medio de una imagen llamada de Santa María la Antigua (Icona Vetere). Dado que no había quedado ninguna iglesia disponible, pues todas estaban caídas o en peligro de caerse, se llevó la imagen a una barraca de madera, donde se celebraban las pocas misas posibles. Esta imagen de María era muy antigua y reproducía sobre una tabla de cedro el busto de María, pero con los rasgos tan consumidos por la acción del tiempo que hubieron de revestir con láminas de plata todo el cuadro, a excepción del óvalo facial y, aún éste, lo recubrieron con siete velos sobrepuestos. Por eso se llamaba la *Virgen de los siete velos.*

[80] *Las Glorias de María*, Ed. Covarrubias, Madrid, 1992, p. 316.

El día de Jueves Santo, después del primer terremoto, la Virgen dejó ver su rostro en el óvalo del cuadro sin que hubieran tocado los velos. Lo mismo ocurrió el Viernes Santo ante una gran multitud de fieles, como dando a todos esperanza ante la tragedia. Y también continuó el prodigio, cuando llevaron la imagen a la iglesia de San Juan Bautista, que era la mejor conservada de todas. El obispo, Monseñor Falccolli, realizó una investigación sobre los hechos y concluyó que los milagros habían sido reales e instituyó una fiesta especial para recordar el suceso. Así lo refiere el mismo obispo en la Relación del 29 de abril de 1733 a la Sagrada Congregación vaticana del Concilio.

Al año siguiente Alfonso fue de nuevo a predicar a Foggia una novena ante la imagen de la *Virgen de los siete velos* que todos consideraban como muy milagrosa por lo que había sucedido el año anterior. Asistió tal cantidad de gente a la novena que tuvieron que colocar el púlpito junto al vestíbulo, junto al cuadro milagroso. Nuestro santo se emocionó al hablar de la Virgen María. Lo hizo con tanto amor y cariño que, en un momento dado, quedó paralizado por la emoción, como extático, contemplando la imagen. En aquel momento, un rayo de luz partió del óvalo central de la imagen y envolvió su rostro. Los presentes prorrumpieron en gritos de milagro, milagro.

Al reponerse de la emoción, Alfonso hizo entonar a todos el *Ave maris stella* y fueron tan grandes los frutos que los confesores no podían dar abasto a tanta afluencia de penitentes. Sobre este hecho, Alfonso hizo una declaración 45 años más tarde. Escribió: *Alfonso María de Ligorio, obispo de Santa Águeda de los Godos y rector mayor, certifico y con juramento aseguro que el año 1732, predicando en la iglesia de San Juan vi varias veces y en diversos días que en el óvalo cubierto con velo negro se mostraba el rostro de la Virgen Santísima, llamada vulgarmente "Imagen Antigua" y que su aspecto era como el de una jovencita de trece o catorce años; y se movía a derecha e izquierda. Y añado que con honda devoción y suave deleite y con lágrimas de ternura la distinguí esculpida y de bulto, no pintada, y que al mismo tiempo que yo, la veía todo el pueblo reunido para el sermón y que se encomendaba a ella con ardientes plegarias y copioso llanto* [81].

Este mismo milagro de la *Virgen de los siete velos* que envolvió con un rayo de luz el rostro de Alfonso se repitió trece años más tarde al dar otra misión en Foggia en 1745. En esta misión de Foggia se encontró con sor María Celeste, que era la Priora del reclusorio de Foggia, donde tenían un internado de jovencitas de clase media. Esta visita entre ambos fortaleció su amistad y los

[81] Tellería I, p. 164.

unió para siempre en la empresa de la Congregación masculina y femenina del Santísimo Salvador, que después se llamaría del Santísimo Redentor.

En 1756 dio Alfonso con sus misioneros una misión en la catedral de Amalfi. Mientras hablaba de la Virgen María, *le embistió un rayo de luz que brotaba de la imagen y, dándole de lleno en el rostro, se lo encendió como el de un serafín. Así, transformado y radiante, quedó en éxtasis con los ojos alzados al cielo y le vimos los presentes elevado como dos palmos sobre el púlpito, durante aquel arrobo más de cinco minutos. Y advertimos que la faz de la imagen resplandecía jubilosa y sonriente. A tal vista, todo el pueblo y yo mismo, dice el canónigo Pedro De Luca, prorrumpimos en copioso llanto y exclamamos: "Milagro, milagro"; y lo hicimos en voz tan alta que, vuelto en sí de su rapto el siervo de Dios, nos alentó con estas palabras: "Alegraos, porque la Virgen os otorga la gracia que habéis pedido"* [82].

DONES SOBRENATURALES

a) PROFECÍA

Son muchísimas las profecías o anuncio de acontecimientos futuros que hizo nuestro santo a lo largo de su vida. Veamos algunos de ellos, que sólo podía saber por conocimiento sobrenatural.

En una de las misiones del año 1737, un religioso carmelita refirió: *Me contó mi difunta madre que, habiéndole pedido la mano un joven compaisano de Carifi, ella consultó con el siervo de Dios, pero éste la disuadió añadiéndole que se casaría en Nápoles y que le nacería el primer hijo, futuro carmelita… Como se verificó, casándose cuatro años después con don Onofrio Imparato, mi padre. Y a los quince años, aunque había intentado hacerlo en otras Órdenes yo ingresé en la del Carmen sin ayuda ni recomendación de nadie* [83].

El señor Biagio Troisi estaba desahuciado de los médicos. Se lo comunicaron a Alfonso. Por la mañana celebró la misa por el enfermo y le mandó una imagencita de María Santísima, diciéndole que se encomendara a la Virgen seguro de obtener la salud. Al recibir la imagen y besarla, el enfermo se sintió mejor y, a los pocos días, estaba sano [84].

[82] Proceso ordinario de Nocera IV, fol 1864.
[83] Proceso apostólico de Nocera III, fol 1018.
[84] Tannoia III, p. 361.

El padre Francisco di Stefano, canónigo, manifestó en el Proceso: *Cuando el siervo de Dios vino a dar misiones a Amalfi en 1756, yo tenía un hermano menor, de tres años, enfermo. Le daban convulsiones que lo tiraban a tierra. Mi madre lo llevó al siervo de Dios, quien le hizo la señal de la cruz en la frente y le dijo: "Ten buen ánimo, porque este hijo se sanará, será sacerdote y llevará muchas almas a Dios: Desde ese día no sufrió de tal mal, se sanó perfectamente y se hizo sacerdote; y ahora es párroco de la iglesia de San Pancracio de Conca, diócesis de Amalfi"* [85].

El mismo Francisco di Stefano certificó: *Había una señora, María Josefa Anastasio, mujer que fue de Pascual Torre, que estaba encinta en cama con una enfermedad muy grave. Ella pidió que fuese a verla el siervo de Dios para obtenerle de Dios la salud. Él fue a visitarla a su casa y le aseguró que daría a luz una hija que sería religiosa. También le dijo que no curaría de su enfermedad y que su único hijo varón, que estaba sano, moriría antes de tomar estado. Todo lo cual se cumplió puntualmente. Nació la hija y, con el tiempo, se hizo religiosa en el reclusorio de Santa Rosa de Conca, donde ahora está. El hijo se murió a la edad de siete u ocho años y ella murió después de mucho tiempo de la misma enfermedad que tenía. Todo esto me consta por ser yo confesor de ella, amigo y vecino de la casa* [86].

El criado Alejo declaró: *Sé de cierto que, estando el siervo de Dios de visita en la ciudad de Airola, mientras gobernaba su diócesis, había un niño de trece años, llamado Pascual Lombardi, que todavía no estaba confirmado y estaba enfermo. Acompañado por mí fue a la casa de Pascual y lo confirmó. Pero le dijo: "Pascual, debes estar alegre; de aquí a tres días estarás en el paraíso". Y, a pesar de que parecía que estaba mejorando, al tercer día se agravó y murió* [87].

Y añade: *Las religiosas de Santa Ana de esta ciudad de Nocera le rogaron que pidiera por la salud del Maestro Caputo, dominico, muy conocido del siervo de Dios por haber sido su director y Rector del Seminario de Santa Águeda y Prior de su convento. Pocos días después de esta petición de oración, hacia las diez de la noche de un domingo, me dijo el hermano Romito: "No sabes, Alejo, me ha dicho Monseñor que el padre Caputo ha muerto". Procuré enterarme de esta noticia, pues el padre Caputo estaba en el convento de San Pedro de Nápoles, y me aseguró el padre Salvador Tramontano, que vino aquí, que, cierto, el padre Caputo había muerto* [88].

[85] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 22, p. 270.
[86] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 21, pp. 260-261.
[87] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 21, p. 254.
[88] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 21, p. 255.

El padre Celestino Pepe refiere: *Una prima hermana mía, María Josefa de Palma, de 30 años, era dirigida espiritualmente por el siervo de Dios. Su padre quería que fuese religiosa en el monasterio de la Puridad de esta ciudad, donde hasta ahora están dos de sus hermanas religiosas. Se aconsejó con el siervo de Dios y él la animó a obedecer a su padre; pero, al mismo tiempo, le dijo que Dios no la quería religiosa, sino célibe en su casa. Cuanto predijo se cumplió, ya que por más que hizo todo lo posible por entrar en el convento, no lo consiguió* [89].

El padre Tannoia nos dice del arzobispo de Amalfi Monseñor Scorza: *Al pedirle Alfonso y el padre Mazzini la bendición antes de unos ejercicios, les invitó el Prelado a una representación teatral. Alfonso se mostraba reacio, aunque sabía el carácter religioso de la pieza. Donde se halla un pastor de la santa Iglesia —insistió el arzobispo— hay sitio para los misioneros. No es por eso —repuso Alfonso—, es que preveo que se van a venir abajo las tribunas. Sonrió el Prelado. Don Alfonso —dijo—, respeto en usted al padre espiritual no al profeta. Y mandó prevenir dos sillas para los misioneros. Alfonso mandó las colocaran cerca de la puerta, so pretexto de que debía ausentarse antes del final de la comedia. Pero apenas habían recitado el prólogo, derrumbóse con estrépito la tribuna que estaba encima del arzobispo. Quedó éste contuso y suspendieron la representación. Alfonso aprovechó el incidente para marcharse entre los primeros que se escabulleron de la sala* [90].

El mismo Tannoia refiere cómo siendo joven le habían augurado los médicos provincianos y los especialistas de la capital un fin próximo. Intervino Alfonso y le devolvió la paz y la esperanza diciéndole: "Tranquilícese, no morirá tan pronto; eso sí, le aguarda una vida de penas y dolores". En efecto, añade, ha sido y es una existencia de pruebas, puesto que hace cincuenta años me fatigan graves incomodidades y más de una vez me hallo al borde de la muerte; pero he ido tirando en la forma que me predijo [91].

A una señora encinta, que le pidió rezara por su hijo por nacer, le dijo: *Llegará a ser sacerdote y canónigo*. El canónigo Casanova refirió en el Proceso que llegó a ser canónigo de la catedral de Amalfi [92].

El 31 de octubre de 1762 se murió doña Raquel de Ligorio, esposa de su hermano Hércules. Murió sin hijos. Don Hércules pensó en segundas nupcias y el 10 de marzo se casó con doña Mariana Capano Orsini. El 20 de julio de 1764 nació la primera hija María Teresa. El 16 de abril de 1766 nacieron dos gemelos,

---

[89] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 21, p. 258.
[90] Proceso ordinario de Santa Águeda I, fol 586.
[91] Ib. fol 402.
[92] Tellería I, p. 600.

Carlitos y Pepito, y el 5 de agosto de 1767 nació otro tercer varón que se llamó Alfonso María y a quien el mismo Alfonso bautizó.

Su hermano Hércules estaba feliz con sus tres hijos varones y se los llevó a Arienzo para que los viera. Alfonso, mirando a los dos niños gemelos, le dijo: *"Si perdieses uno de éstos, ¿te desalentarías mucho?". "Oh, qué dices", respondió su hermano. El 4 de febrero murió el pequeño Carlos de cuatro años. Pero, queriendo consolar a su hermano, le dijo: "No temas, estos dos que tienes los verás grandes"* [93].

En 1779 en el pueblo de Nocera de Pagani donde residía, hubo una pertinaz sequía. Alfonso se conmovió y el 16 de mayo se puso los hábitos episcopales y se hizo llevar a la parroquia mayor para predicar oración y penitencia. Era conmovedor ver al anciano obispo, inválido, predicando. Les prometió que, si se convertían, el domingo Dios los consolaría con la lluvia. Y en la tarde del domingo, dos horas antes del *Angelus*, sopló un huracán de tormenta y, antes del anochecer, por toda la vega de Pagani estaba lloviendo. Y cosa curiosa, la ansiada lluvia sólo cayó en el distrito de Pagani, cuyos habitantes se habían unido a Alfonso en la oración y penitencia [94].

b) BILOCACIÓN

Es el don de poder estar en dos lugares al mismo tiempo, aunque algunos teólogos dicen que eso es imposible y en uno de los lugares un ángel hace sus veces. Sea como fuera, veamos algunos casos. *En Amalfi, durante la gran misión de dicha ciudad se prodigó Alfonso oyendo en la catedral y en su alojamiento las confesiones de los hombres. Una tarde, cierto caballero, luego de confesarse con él en la casa donde se hospedaban los padres, se fue a la iglesia, dejándole rodeado de un grupo que esperaba turno para confesarse. Al entrar en el templo no tuvo límites su pasmo. ¡Alfonso estaba en el púlpito! "¿Cómo es esto —exclamó el caballero—, si acabo de recibir en su casa la absolución y de verle asediado de penitentes y no ha podido adelantárseme por atajo alguno?"* [95].

En Pagani, el año 1756, había una dama a quien Alfonso había sacado del pecado y a quien socorría con limosnas, porque era muy pobre. Una mañana fue a pedir la limosna y el portero le dijo que no estaba Alfonso, porque había viajado a Nápoles. Afligida, entró en la iglesia, encomendándose al Señor y, mientras oraba, vio a Alfonso que la llamaba desde la puerta de la sacristía. Le

[93] Tannoia III, p. 245.
[94] Proceso ordinario de Nocera III, fol 846.
[95] Proceso ordinario de Nocera IV, fol 1871.

dio la acostumbrada limosna y le aconsejó que siempre fuese fiel a Dios. Saliendo de la iglesia, la señora, viendo al portero, le dijo: "¿Cómo dice mentiras? Me ha dicho que don Alfonso está en Nápoles, cuando está aquí y me ha dado la limosna en la iglesia". Y le mostró el dinero. El portero quedó asombrado. Así pudo comprobarse que Alfonso estaba con el espíritu en Pagani y todos daban gracias a Dios [96].

Otro caso. Después de la supresión de la Compañía de Jesús por el Papa Clemente XIV, el Papa se vio envuelto en muchas angustias y tentaciones interiores. Alfonso escribió a los suyos el 27 de junio de 1774: *El Papa está muy afligido.* No pasó ni un mes de la supresión y el Papa murió.

El día 21 de septiembre de 1774, Alfonso, terminada la misa, fue a sentarse a un sillón como acostumbraba, abatido y taciturno. No se movía ni hablaba. Así estuvo toda la noche siguiente sin tomar alimento ni por la mañana ni en la tarde. Todos los empleados de la casa no sabían qué hacer. La mañana del 22, viéndole todavía taciturno, no se sabía qué pensar. Parecía estar en un verdadero éxtasis. De pronto, más tarde, se despertó y tocó la campanilla para celebrar la misa. Todos lo rodearon y le preguntaron qué había pasado, pues hacía dos días que no hablaba, ni comía ni daba señales de vida. El respondió: "He estado asistiendo al Papa que ya ha muerto". Cuando llegó la noticia a Santa Águeda, se supo que el 22 de septiembre Clemente XIV había muerto [97].

c) ÉXTASIS Y LEVITACIONES

El padre Volpicelli refiere: *Lo paseaban un día en su sillón de ruedas y lo bajaron a la biblioteca. Gemía Alfonso con el alma sumida en su habitual sequedad. Monseñor —le dijo el padre—: "Haga un acto de amor a Jesucristo; será suficiente para recobrar el fervor". "Enséñeme a hacerlo", le contestó Alfonso. Entonces el padre acercó la cabeza y le gritó al oído: "Diga conmigo: Jesús mío, te amo con todo mi corazón". Alfonso reaccionó a estas palabras y, como sacudido por un resorte, se enderezó dando con la cabeza en la barbilla de su interlocutor. Días después se repitió la escena en la celda de Alfonso. Por tercera vez, encontrándole en el corredor, le suplicó el santo le formulara el acto de amor; pero el padre, ya escarmentado, se quedó algo distante, porque, efectivamente, mientras repetía el anciano las palabras: "Jesús mío, te amo con todo mi corazón", le vi elevarse —concluye el padre— un palmo del sillón en que estaba* [98].

---

[96] Tannoia II, p. 277.
[97] Tannoia III, p. 283.
[98] Tellería II, p. 745.

Luca Michele de Michelis declaró: *Un día de septiembre de 1759, durante la oración después del mediodía, como yo estaba alojado al lado de nuestro padre, abrí la puerta del cuarto, creyendo entrar en el mío. Estaba de rodillas con su rostro resplandeciente, los ojos fijos en actitud de un santo en éxtasis. Al ruido que hice se sobresaltó, pero no cambió de actitud. Yo sentí qué me moría y me fui lleno de confusión* [99].

El padre Antonio Tannoia certificó: *Me consta por haberlo observado personalmente... que bastaba verlo haciendo oración o visitando al Santísimo Sacramento o celebrando misa para verlo hecho todo fuego con el rostro encendido. A nuestro padre Angelo Gandino le atestiguaron las religiosas benedictinas de Madugno que, celebrando la misa en su iglesia, cuatro de ellas lo vieron varios palmos alzado sobre la tierra. Nuestro padre Angiolo Falconi, en Arienzo, espiándolo después de haber celebrado la misa, lo vio tan concentrado en Dios y con el rostro tan encendido que parecía un ángel. El padre Angelo Verdesca lo encontró un día de rodillas delante de las imágenes de Jesucristo y de María Santísima, pero alzado sobre la tierra dos o tres palmos. Estaba con los brazos abiertos, los ojos mirando al cielo y con el rostro todo encendido y luminoso. Se colocó detrás de su sillón y así, extático, estuvo por otro cuarto de hora. Y después de haber dado un fuerte suspiro dijo: "Dios mío". Y tomó la pluma para escribir. Entonces se dio cuenta de que el padre Verdesca estaba detrás de él y, lleno de rubor, le dijo: "¿Qué haces tú? No digas nada a nadie"...*

Un día de octubre de 1784, estando en Pagani, lo vi, dice el padre Tannoia, saltar en el aire y brincar en la silla, no una sino varias veces, a pesar de que en ese tiempo no podía ir a ninguna parte, si no era ayudado por el criado o por el hermano Romito. Y varios días lo observé de esta manera, saltando sobre la silla como si fuese una pluma. Pocos días después, paseando el padre Volpicelli por el corredor vino a decir que había oído un grito de Monseñor y, habiendo ido a verlo a su celda, lo encontró con los brazos abiertos y alzado en el aire, pero inmóvil y fuera de los sentidos; y que el rostro estaba como un fuego [100].

El padre Cesar Mechela declaró: *Asistiendo un viernes de marzo a la misa que el santo prelado celebraba por la mañana lo vi como atónito y fuera de lo común. Comenzó la misa, con gran devoción hasta el Canon y me di cuenta de que no llegaba a la consagración. Alzo mis ojos y lo veo inclinado y apoyado en el altar en acto de consagrar, pero tardaba mucho en decir las palabras de la*

---

[99] Mermet, p. 528.
[100] Proceso ordinario de Santa Águeda, Sum N° 9, p. 110.

consagración. Entonces vi que tenía la hostia entre los dedos con los ojos abiertos fijos en el crucifijo. Y me di cuenta de que tenía solamente la punta de los pies apoyada sobre el piso y en estado de éxtasis. Yo no sabía qué hacer y traté de llamar al hermano Francisco o al criado Alejo y no lo vi.

Vuelvo al altar y encontrándolo del mismo modo, lo sacudo tirándole de la sotana y así, como despertando y después de dar un suspiro, comenzó a decir las palabras de la consagración y continuó la misa y la terminó de modo extraordinario. Después de la misa se encerró unas dos horas antes de ponerse a trabajar [101].

El padre Domingo Corsano manifestó en el Proceso: *Varias veces cuando celebraba la misa observé que la celebraba con un recogimiento extático y perfecta unión con Dios y a veces se le veía su rostro tan encendido que parecía luminoso y como si no fuese hombre sino ángel. Así se le vio fuera de los sentidos en el momento de la oración y con el cuerpo en el aire varios palmos sobre la tierra como he oído decir a testigos dignos de fe* [102].

d) MILAGROS EN VIDA

Muchos milagros hizo Dios por su medio. El padre Domingo Corsano certifica: *Después de haber renunciado al obispado y estando en la casa de Pagani, ocurrió que el Vesubio vomitaba mucha lava y fuego, arruinando la tierra de Ottajano. Una tarde especialmente, las llamas se habían elevado unos 2.000 metros y amenazaban con hacer gran ruina. Viendo esto le rogué al siervo de Dios que lo viera. Vino a verlo a la ventana y se horrorizó, diciendo: "Jesús, Jesús, Jesús". Y al mismo tiempo, en mi presencia, hizo una cruz hacia el volcán e inmediatamente se desplomó hacia la boca del volcán una gran llama y fuego*[103].

Fray Leonardo Cicchetti nos dice: *Algunos años antes de ser obispo se incendió un pajar cercano a esta casa* (de Pagani), *corriendo el peligro de que otras casas se incendiaran. Yo, con toda la comunidad, estaba con el siervo de Dios en el coro por la noche haciendo el examen de la tarde y oímos los gritos de la gente. El siervo de Dios se asomó a una de las ventanas y, viendo la gran llamarada de fuego, me llamó y, dándome una imagen de María Santísima, me dijo que la echara dentro del fuego. Lo hice así y, cosa admirable, en el mismo momento se apagó la llama y sólo quedó el humo que pronto se evaporó* [104].

---

[101] Proceso ordinario de Santa Águeda, Sum N° 7, p. 81.
[102] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 9, p. 102.
[103] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 22, p. 267.
[104] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 22, p. 268.

En 1753 fue invitado a Saragnano para hacer la novena de la Virgen del Carmen en el mes de julio. El médico Francisco Mari, que lo había invitado no tenía carne para invitar a los misioneros. Alfonso le dijo que no se preocupara y que diera lo que había y nada más. En total se juntaron doce misioneros y dieciocho de su casa. En total eran 32, juntando a Alfonso y al padre Gallo. El doctor Mari declaró que la comida se había multiplicado por lo menos siete veces para alcanzar para todos. Alfonso, al ver asombrado al médico, le dijo: "Francisco, en nuestras angustias recurrimos a Dios y no somos defraudados por su providencia" [105].

A veces acudía Alfonso a estampas de la Virgen o de los santos *para disimular su propia acción. El día de santa Teresa, en 1770, volviendo de una excursión del monte "Sant´Angelo" el pío operario padre José Morgillo se vio sorprendido por un temporal. Envuelto en sus torbellinos resbaló por aquellos senderos de cabra y se rompió una pierna; trasladado a casa y, mientras se afanaban los curanderos en calmarle los dolores y en entablillarle la rotura, llegó de parte de Alfonso el criado Alejo, para informarse del accidente. Después le mandó de nuevo junto al herido, esta vez con una estampa de la Virgen para ponerla sobre el vendaje. "Virgen mía —rezó el paciente—; por los merecimientos de Monseñor Ligorio libradme de este tormento". "En el mismo punto, cuenta su hermano canónigo, desaparecieron los dolores y entró el mal en vías de curación. Mi hermano conservó la estampa con especial veneración durante el resto de sus días"* [106].

En el primer año de su ministerio episcopal se cuenta un hecho prodigioso. *Un día vino a visitarlo el canónigo Carlos Bruni con un sobrinito de cuatro o cinco años, que traía una cesta con pájaros. Alfonso le preguntó al niño: "¿Cómo te llamas?". El tío respondió que se llamaba Tomás y que no podía hablar. Alfonso tomó una estampa de la Virgen María del Gran Poder* (della Potenza) *y trazó sobre la frente del pequeño una cruz, dándole a besar la estampa. Después le preguntó: "Dime, ¿quién es ella?". El niño respondió: "La Madonna" (la Virgen). Y Alfonso, como si no hubiera pasado nada, dijo: "No era mudo. Tiene una lengua como un lorito". Desde ese preciso momento el niño se expresó muy bien, diciendo los nombres de sus padres y de todos los objetos a su alcance. Lo cual fue considerado por su tío como un milagro. Este hecho se divulgó en la ciudad y acrecentó la fama de Alfonso como santo Prelado* [107].

---

[105] Tannoia II, p. 249.
[106] Proceso ordinario de Santa Águeda I, fol 460.
[107] Tellería II, p. 84.

Misionando en Raito halló una enferma que, por causa de un tumor en la cavidad bucal, no podía tragar sin dolor un sorbo de agua. Alfonso le presentó un frasco lleno. "Bébala: es el agua bendita de San Luis Gonzaga". Obedeció la paciente y al punto se sintió del todo curada. "La he conocido y tratado —agrega el testigo— y la he admirado como un alma de Dios" [108].

Un día de noviembre de 1743 fue a dar misiones a Angri y fue recibido como un apóstol. Teresa, la hija de don Lorenzo Rossi, donde se alojaba, le pidió al hermano que le acompañaba un par de calcetines, teñidos de sangre de Alfonso. Uno de los misioneros la reprendió diciendo que no estaba bien que guardase eso como si Alfonso fuese un santo, mientras estaba vivo. Ella se lo dio como regalo a un hidrópico, que tenía hacía mucho tiempo las piernas hinchadas. A los pocos días estaba ya curado; y todos lo vieron sano. Vale decir, añade el padre Tannoia, que hasta la sombra de Alfonso era saludable [109].

En 1761 estaba dando Alfonso con sus misioneros ejercicios espirituales al pueblo en la catedral de Amalfi. Dios fue glorificado por sus milagros. Había en la ciudad una epidemia general y no había medicina que curara la fiebre. Un canónigo pidió a uno de los misioneros que le consiguiera una camisa de Alfonso, después de cambiársela al terminar la prédica y él le daría una nueva. Al preguntarle después el por qué, respondió: *En esta epidemia de fiebres malignas y mortales a cuantos enfermos he colocado encima la camisa de Alfonso a todos se les ha pasado la fiebre* [110].

Un día estaba Alfonso en el seminario de Nola y había un señor llamado Michele Menichino-Brancia que se había quedado ciego, a pesar de los tratamientos médicos recibidos en Nápoles. Se hizo llevar al Seminario de Nola y, llorando a sus pies, le pidió a Alfonso que le hiciera una cruz en sus ojos. Alfonso se conmovió, le hizo la señal de la cruz e inmediatamente recibió la vista[111].

[108] Proceso apostólico de Nocera II, fol 818.
[109] Tannoia II, p. 143.
[110] Tannoia II, p. 301.
[111] Tannoia IV, p. 3.

SUS OBRAS

Veamos algunos de los 111 libros y folletos que escribió para fomentar la fe católica y defenderla de sus detractores. Las ediciones de sus libros superan las 20.000 en más de 70 idiomas.

Teología moral (escrita entre 1750 y 1758).
Práctica del amor a Jesucristo.
Modo de conversar con Dios.
Reglas para vivir bien.
Las virtudes y merecimientos de santa Teresa de Jesús.
Visitas al Santísimo sacramento.
Práctica de la perfección.
Reglamento de vida de un cristiano.
Reflexiones útiles a los obispos para regir bien sus iglesias (1745).
Las Glorias de María (1750).
Reflexiones y afectos sobre la pasión de Jesucristo (1761).
Compendio de la doctrina cristiana.
Disertación para defender la autoridad del Papa.
Conformidad con la voluntad de Dios.
Reglamento para los seminarios.
Breve tratado sobre la necesidad, eficacia y condiciones de la plegaria.
Consideraciones para aquéllos que son llamados al estado religioso.
Preparación y acción de gracias para los sacerdotes al celebrar la misa (1758).
Estímulos a los religiosos para adelantar en la perfección de su estado.
Preparación para la muerte (1758).
La verdadera esposa de Jesucristo.
Práctica del confesor.
Selva (colección) de materias predicables y de instrucciones para dar ejercicios a los sacerdotes y también para lectura de los mismos.
Avisos a los jóvenes que estudian y siguen la carrera eclesiástica.
Fidelidad de los súbditos (1777).
El sacrificio de Jesucristo (1775).
La misa y el Oficio divino atropellados (1760).
Respuesta apologética contra los jansenistas.
Obra dogmática contra los herejes protestantes.
Historia de las herejías con sus refutaciones correspondientes.
Victoria de los mártires.
Práctica sobre la predicación a la manera de los apóstoles (1761).
Sermones compendiados para todos los domingos del año.
Camino de salvación (1766).
Camino de la divina providencia en la salvación del hombre por Jesucristo.
Instrucción al pueblo sobre los mandamientos y sacramentos (1767).

La supremacía del Pontífice romano, reivindicada de los ataques de Justino Febronio.

Además compuso más de 50 canciones religiosas, incluso algunos villancicos. No hay Navidad sin que resuene en las iglesias y por los aires el villancico italiano *Tu scendi dalle stelle, o Re del cielo*, que él compuso una tarde en Nola. El famoso músico italiano Giuseppe Verdi diría de este canto: "*Sin este villancico de san Alfonso, Navidad no sería Navidad*" [112].

GRAN MORALISTA

En el siglo XVIII hubo grandes retos para la Iglesia. Además del racionalismo de los ilustrados o enciclopedistas, estaba el regalismo. Los reyes creían que tenían en sus dominios más poderes que el Papa en cuestiones espirituales y recortaban la autoridad papal hasta el punto de negar la publicación de sus documentos en sus Estados, al igual que no permitían la existencia de Congregaciones religiosas o erección de conventos sin permiso expreso de la autoridad real.

Otro gran peligro era el jansenismo, propagado por Jansenio, teólogo holandés, que escribió la obra *Augustinus*, en la que, basándose supuestamente en los escritos de san Agustín, daba mucha importancia a la gracia divina en desmedro de la libertad humana. Para él sólo se salvan los predestinados por Dios a quienes Él da su gracia. Falseando la doctrina de san Agustín eran rigoristas en moral, hablando de la predestinación eterna y criticando la piedad mariana y la devoción al Corazón de Jesús.

Alfonso escribió contra ellos la *Respuesta apologética contra los jansenistas*. También escribió un tratado llamado *Disertación para defender la autoridad del Papa y la infalibilidad pontificia*. En su libro *Glorias de María* reivindica para María los títulos de Corredentora e Inmaculada. No olvidemos que desde los dieciséis años era caballero consagrado para defender el dogma de la Inmaculada Concepción, en el momento en que se recibió de doctor en Derecho. Este dogma fue proclamado por el Papa Pío IX en 1854.

En cuestiones morales san Alfonso escribió *Anotaciones* al libro de Bussenbaum, que, después de transformarlas, se convirtieron en el libro *Teología moral*. En tiempos de Alfonso había tres sistemas morales principales. La cuestión estaba en cómo realizar un buen juicio de conciencia para obrar conforme a la voluntad de Dios en momentos de dudas teóricas y prácticas sobre

---

[112] Mermet, p. 705.

la mejor manera de obrar según la conciencia. Unos hablaban del *probabilismo* y decían que, en caso de duda, se podía seguir la opinión probable, aunque existiera otra más probable. Esto llevaba en la práctica a ser de conciencia ancha, pues bastaría seguir en conciencia una opinión, aunque fuera menos probable que lo que marcaba la ley o norma establecida. Recalcaban el hecho de la libertad humana o libertad de conciencia. Los que seguían el *tuciorismo* eran rigoristas y decían que siempre se debía seguir la opinión más segura en caso de duda, y que siempre debía prevalecer la ley o norma establecida.

Por otra parte el *probabiliorismo* proponía que se podía seguir la opinión favorable a la libertad de conciencia con tal que fuera más probable que la contraria.

San Alfonso determinó que debía seguirse el equiprobabilismo, es decir, seguir la opinión favorable a la libertad con tal que fuera igualmente probable que la contraria. Las dos posturas extremas: probabilismo (laxismo) y tuciorismo (rigorismo) fueron condenados por la Iglesia. La opinión que triunfó y de la que fue abanderado san Alfonso en su *Teología Moral* fue la del equiprobabilismo.

CAMPAÑA ANTIJESUÍTICA

La campaña contra los jesuitas se extendió en distintos países de Europa. En Portugal, el marqués de Pombal los expulsó el año 1759; en Francia fueron expulsados en 1762 de París; y el rey Luis XIV los expulsó de todo el reino en 1764. El Papa Clemente XIII con la Constitución *Apostolicum pascendi munus* del 12 de enero de 1765 defendió a la Compañía de Jesús. En la noche del 2 al 3 de abril de 1767 fueron expulsados de España y sus dominios por el rey Carlos III los 5.000 jesuitas españoles, apropiándose de todos sus bienes. Del reino de Nápoles también fueron expulsados en 1767.

A los pocos días, el 28 de noviembre, el Vesubio amenazaba con sus rugidos y la lava que descendía del volcán. La gente lo asoció a la expulsión de los jesuitas como un castigo de Dios.

Pero no quedaron ahí los ataques de los reyes Borbones de Madrid, París y Nápoles. Querían la destrucción total de la Compañía y presionaron con todas sus fuerzas para que fuera disuelta. Y lo pudieron conseguir. El valiente Papa Clemente XIII murió el 2 de febrero de 1769 y fue elegido Papa Clemente XIV.

El 21 de julio de 1773, por el Breve *Dominus ac Redemptor*, el Papa Clemente declaró disuelta la Compañía de Jesús. Cuando Alfonso recibió la noticia, se quedó entristecido. Dice el padre Tannoia: *Quedó helado ante aquel*

golpe; con la nueva del rayo que había estallado el 21 de julio en Roma, permaneció un rato como sin vida y sin aliento, aunque bien se le leía en el semblante la amargura del corazón. Luego de haber adorado silenciosamente los juicios de Dios en las disposiciones del Papa, desplegó los labios diciendo: "Voluntad del Papa, voluntad de Dios" [113].

Y aseguró que, aunque no sobreviviera más que un solo jesuita, él sería capaz de resucitar a la Compañía [114]. En el momento de la disolución, eran unos 22.000 en el mundo entero.

No había pasado más que un mes de la infausta noticia dada en agosto, cuando murió el Papa Clemente XIV. Pero Alfonso fue a acompañarlo en sus últimos momentos en bilocación. Estuvo casi dos días sin comer ni dar señales de vida. *Y él les dijo: "Era verdad, pero no dormía, he asistido al feliz tránsito del Papa que acaba de morir".*

La Compañía de Jesús pudo subsistir en Rusia al amparo de los zares y fue restablecida por el Papa Pío VII en 1814.

[113] Tannoia III, p. 282.
[114] Ibídem.

SEGUNDA PARTE
FUNDACIÓN DE LA CONGREGACIÓN

FUNDACIÓN FEMENINA

En 1730, Alfonso se sentía agotado de tanto trabajar, se sentía mal de los bronquios y estaba en una noche oscura del alma. Le aconsejaron ir a la costa de Amalfi para respirar allí las brisas puras del mar y de la serranía, lejos del bullicio de la ciudad. Al visitar aquellas aldeas remotas sin atención espiritual, se dio cuenta de la necesidad espiritual en que se encontraban aquellas gentes.

En este viaje tuvo la oportunidad de dar ejercicios espirituales a las religiosas del monasterio de la Concepción, dicho también de la Visitación, de la ciudad de Scala, donde tuvo oportunidad de comunicarse con Monseñor Falcoia, obispo de Castellamare, director espiritual de la comunidad. A los tres años de la inauguración de este convento bajo la Regla de san Francisco de Sales (visitandinas), es decir, en 1724, entraron en él tres hermanas napolitanas de buena familia: sor Mª Evangelista, sor Mª Iluminada y sor Mª Celeste. Esta última recibió revelaciones del Señor para fundar un convento con una nueva Regla, que el mismo Señor le reveló junto con el hábito que debían vestir y algunas otras costumbres. También le reveló que debía ser fundada una comunidad de varones, siguiendo la misma Regla. Aquí comienza la historia de la fundación de las hermanas y hermanos redentoristas con todos sus altibajos. Según la misma sor Celeste, Dios le anunció que el padre Alfonso de Ligorio debía ser el hombre que dirigiera la nueva Congregación de hombres.

El 25 de abril de 1725 sor Celeste recibió la revelación del nuevo Instituto del Santísimo Salvador y de sus Reglas. La obra encontró mucha oposición y sólo pudo realizarse al morir en 1730 su principal opositor, el padre Mauricio Filangiere. El 13 de mayo de 1731 el monasterio visitandino de Scala aceptó la nueva Regla y es considerado el día de la fundación de la Congregación femenina.

Sor María Celeste y sus hermanas, por no ser comprendidas por Monseñor Falcoia, salieron del convento de Scala en mayo de 1733 y fueron acogidas en un monasterio de dominicas en Pareti (Nocera). El obispo obligó a sor Celeste a aceptar el cargo de Superiora y ella reformó el monasterio. Dos años más tarde, en 1735, pasó a Roccapiemonte e intentó formar una comunidad de acuerdo a la Regla revelada. Finalmente, en marzo de 1738 se trasladó a Foggia, logrando establecer allí un monasterio de hermanas redentoristas de acuerdo a la Regla revelada. Murió el 14 de septiembre de 1755 con fama de santidad, siendo recordada por la gente de Foggia como la *santa Priora.*

Es de notar que el Papa Benedicto XIV, al aprobar el Instituto y las Reglas para los misioneros redentoristas en 1749 y luego para las religiosas en 1750, les cambió el nombre de Congregación del Santísimo Salvador por el de Santísimo Redentor para no ser confundidos con los canónigos lateranenses del Santísimo Salvador. De ahí viene el nombre de redentoristas.

Así pues, sor María Celeste Crostarosa es considerada la fundadora de las Madres redentoristas y la inspiradora de la Congregación de padres Redentoristas, fundada en 1732 por san Alfonso María de Ligorio; y también de la Congregación del Santísimo Sacramento, fundada en 1733 por el padre Vicente Mandarini.

Veamos ahora lo que dice sor María Celeste sobre las vicisitudes de los comienzos en el Proceso de Cava.

Hasta los 21 años de edad estuve en casa de mi padre y de mi madre, en la ciudad de Nápoles, mi patria. Después, a los 21 años, y hace justamente 19, tomé estado de religiosa y entré en el conservatorio de Santa María de los Dolores, en la tierra de Marigliano, en el cual estuve cinco años y medio, hasta que el conservatorio fue suprimido por algunas diferencias que surgieron entre la señora duquesa de Marigliano y los superiores eclesiásticos.

Y poco tiempo después, mi director, que era entonces misionero de los Píos Operarios y al presente es obispo de la ciudad de Castellamare, me dijo que no pensara en otro monasterio porque él me transferiría al conservatorio de la Santísima Concepción de la ciudad de Scala, como de hecho, habiéndose convenido los intereses de la dote, en el mes de noviembre de 1723 ó 24, no me acuerdo bien, ingresé en dicho conservatorio de la Santísima Concepción, donde estuve nueve años y medio, durante los cuales llevé el hábito del que se servían todas las demás vírgenes de dicho conservatorio de la Concepción, que era del Instituto de san Francisco de Sales.

De este conservatorio de la Santísima Concepción, donde, como he dicho, estuve por el citado espacio de tiempo, salí por causa de que, cuando entré, observé durante dos años la Regla de san Francisco de Sales, observada por todas las demás religiosas. Después de estos dos años se hizo Regla nueva, que consistía en nueve capítulos de la imitación de Nuestro Señor Jesucristo sobre los consejos evangélicos, que me fue revelada en una visión después de la santísima comunión que hice en la mañana del miércoles de las Rogativas, cerca de año y medio después de haber entrado en el conservatorio.

En aquella visión, que consiste en lo que cuento y digo como verdad, fui arrebatada fuera de mis sentidos, tanto que, llamada no oí, como me contaron mis hermanas religiosas; me fue mostrado en un momento, y vi que era la voluntad de Dios, formar esta nueva Regla, esto es, los nueve capítulos del Evangelio que son la unión y caridad mutua del prójimo, la pobreza, la pureza, la obediencia, la humildad y mansedumbre, mortificación, recogimiento, silencio, oración, abnegación de sí mismo y amor a la cruz.

Y en la misma visión y enajenación de sentidos, vi también la humanidad santísima de Cristo, brillante y resplandeciente, vestida con el hábito que quería que vistiéramos; y era una túnica con cuello, y la túnica de color rojo oscuro tirando a negro, y manto azul.

Esta visión fue vista también por las siguientes religiosas que estaban en el conservatorio y según ellas me dijeron, esto es, sor María Paloma y sor María Serafina. Y fue comunicada al director que gobernaba entonces el conservatorio, llamado don Tomás Falcoia, pues entonces todavía no era obispo. Hechos nuestros ejercicios, y examinada por él y después por otros hombres doctos, de los cuales no sé ni nombres ni apellidos, y como no fue encontrada cosa contraria a la santa fe católica romana, y el llevarse a cabo y ponerse en práctica dicha revelación era cosa de mucha perfección, por esto la Regla fue aprobada por el obispo de Scala y Ravello, hoy difunto, Monseñor Nicolás Guerriero, y después confirmada por el actual obispo de dicha ciudad Monseñor Santoro. Y por la nueva Regla se cambió el título del conservatorio de la Santísima Concepción en el que antes he explicado. Después de dos años que ya se observaba esta nueva Regla, Monseñor Falcoia cogió esta Regla y en ella añadió y quitó a su modo, especialmente añadiendo el escapulario. Y querían que yo la firmara y suscribiera, como fue suscrita por casi todas las demás religiosas del conservatorio; cosa que no quise hacer; ni lo quise aceptar como mi director espiritual, que lo había dejado hacía un año.

Por esto fui llamada a Capítulo por las religiosas; y me quería obligar a aceptarlo todo, es decir, el dicho cambio de Regla y la dirección ya dicha, o que de otro modo saliera del conservatorio. No habiendo podido aceptar tal cambio por escrúpulo de mi conciencia, me vi obligada a salir del conservatorio.

Y pasé al conservatorio de la Anunciación en la aldea llamada Pareti de la ciudad Nocera de Pagani. En ese conservatorio estuve dos años y medio, obligada por el obispo de dicha ciudad a reformar a aquellas religiosas.

Y después del conservatorio de Pareti, a instancias de señor duque de esta tierra de Roccapiemonte, vine a hacer un lugar de conservatorio, como en efecto vine en el mes de noviembre de 1735 donde al presente me encuentro.

En el conservatorio de Marigliano, donde llevé el hábito del Instituto de la Madre Serafina de Capri, que es como el teresiano, tuve el oficio de tornera, maestra de novicias, sacristana y maestra de educandas, uno después del otro; cuando salí del conservatorio era como ya dije: maestra de educandas. En el conservatorio de la ciudad de Scala ejercí el oficio de la sastrería, es decir, tener cuidado de los hábitos, porque allí se vive en perfecta comunidad; también fui sacristana y una de las cuatro consejeras de la Superiora; y fui maestra de educandas; y admonitora de la misma Superiora. Y mientras me encontraba en este oficio salí como he dicho.

En el conservatorio de Pareti ejercí el oficio de Superiora, nombrada por el obispo, habiéndome obligado él a aceptarlo con precepto de obediencia. Y por último, al venir a este conservatorio, he ejercido y ejerzo el mismo cargo de Superiora, porque mis hermanas compañeras no quisieron complacerme en aceptar tal cargo, por lo que me obligaron a continuar con el oficio.

En cuanto a mi nombre que me fue puesto en el bautismo, declaro que en el siglo era llamada Julia y mi apellido es Crostarosa. En el conservatorio de Marigliano me fue puesto por la Superiora el nombre de sor Cándida del Cielo, y fui llamada con tal nombre. En el conservatorio (reclusorio de mujeres) *de Scala fui llamada Celeste del Desierto, nombre que tomé al mismo tiempo del cambio de hábito salesiano* (visitandino); *cambiando después con el nombre de la nueva Regla, me hice llamar sor María Celeste del Santísimo Salvador, que es el nombre que todavía tengo actualmente* [115].

FUNDACIÓN MASCULINA

A mediados de noviembre de 1731 Alfonso fue a Scala para informarse directamente de sor María Celeste de la visión que ésta había tenido los días 3 y 4 de octubre sobre la rama masculina del Instituto del Santísimo Salvador.

En el Proceso de canonización de san Alfonso, el padre Juan Mazzini declaró en el Proceso Ordinario de Nocera el día 13 de abril de 1788: *Vi un día que estaba él (Alfonso) confesando en la iglesia; y me di cuenta de una discusión espiritual que sostenía con una monja de aquel monasterio en el confesionario. Y, después que hubo terminado de confesar, se fue a casa y se retiró a su habitación donde lo oímos llorar abundantemente.*

---

[115] Autobiografía de la venerable María Celeste Crostarosa, PS Editorial, Madrid, 1998, pp. 255-258.

Era ya la hora de la mesa, por lo cual me animé a entrar para saber qué cosa era su aflicción, si acaso la causa era la citada discusión, diciéndole que si no era cosa de confesión la manifestara sencillamente, para ver si era cosa que nosotros pudiéramos remediar. Oyendo esto el siervo de Dios me dijo: "Sor María Celeste me ha dicho que deje Nápoles y que funde aquí un Instituto dedicado sólo a hacer misiones por los pueblos y aldeas que tienen necesidad de ayudas espirituales, que allí les faltan como no les faltan tanto en las ciudades y lugares cultos, por ser ésta la voluntad de Dios. Pero yo ¿cómo voy a hacer? No es cosa posible de ninguna manera. Usted sabe mis ocupaciones en Nápoles, mi tarea de las misiones y otros cuidados por el bien del prójimo". Y muchas otras cosas me dijo sobre el particular; y exageraba la imposibilidad del éxito; y al mismo tiempo decía que no siguiendo la insinuación de aquella sierva de Dios se oponía a la voluntad divina; y por eso entre estas dudas se sentía desfallecido y desalentado.

Entonces yo procuré consolarlo con muchas razones, y especialmente le dije: "No te desanimes, don Alfonso mío, ¿quién sabe lo que Dios quiere? Hace falta reflexionar". A lo que él replicó diciendo: "Pero y los compañeros ¿dónde están?". Yo añadí: "Aquí estoy yo, yo soy el primero, pero vayamos a comer algo y dejémosle a Dios el cuidado". Se tranquilizó y fue a comer. Poco después regresamos él y nosotros a Nápoles [116].

Alfonso, después de hablar con María Celeste y recibir en Nápoles el visto bueno del padre Pagano, del padre Manulio, del padre Cuttica y, sobre todo, del padre Fiorillo, tomó la decisión de fundar la Congregación en la primavera de 1732.

Cuando en Nápoles se enteraron de las nuevas ideas de Alfonso que quería fundar una Congregación para evangelizar a los pueblos más alejados, lo consideraron como un loco, especialmente un tío suyo canónigo. Todos creían que era un iluso, que daba crédito a las falsas revelaciones de una monja, que se hacía pasar por santa. La oposición llegaba, incluso de sus más allegados del Colegio de los chinos y de las misiones apostólicas. Pero él siguió impertérrito con su misión.

Salió de Nápoles montado en un burro de carga a principios de noviembre de 1732. Dejó Nápoles y cuanto el mundo podía prometerle y, despojado de todo, llegó a la ciudad de Scala.... Y el nueve de noviembre de ese año 1732 se cantó la misa en la mañana y el "Te Deum" en acción de gracias en una capillita con el permiso del obispo Monseñor Santoro. Y se alojaron los

[116] Summarium super dubio, pp. 26-27, en Positio super introductiones causae, Roma, 1806; Autobiografía, pp. 239-240.

primeros fundadores en una estancia de la casa del obispo. El siervo de Dios tenía 36 años [117].

SCALA

Alfonso llegó a Scala con sus primeros compañeros en noviembre de 1732. En ese tiempo Scala sólo tenía unos 4.500 habitantes. La inauguración oficial de la nueva casa alquilada fue precedida por un triduo eucarístico comenzado el 6 de noviembre en la iglesia de las religiosas. En esos días sucedió algo milagroso. Lo refiere así el mismo Alfonso: *Don Alfonso de Ligorio, sacerdote misionero, caballero napolitano, depone que, hallándose presente a la Exposición del Santísimo hecha los días 7 y 8 de noviembre y, especialmente, el sábado, observó en la sagrada hostia una cruz de color oscuro y le pareció ver luego una nubecita a manera de estrella, más blanca que las especies sacramentales, la cual estaba al lado de la referida cruz de color oscuro* [118].

Las declaraciones de este milagro corresponden a 19 religiosas del convento y a otros cinco presentes. Todos tuvieron el milagro como señal de buen augurio para la nueva Congregación. Por ello, pondrían como emblema heráldico de la nueva familia religiosa *Copiosa apud Eum Redemptio* (En él hay abundante redención).

La nueva Congregación nació el 9 noviembre de 1732 y se llamó Congregación del Santísimo Salvador. Alfonso se ató con voto privado de obediencia a su director Monseñor Falcoia e hizo voto también de no abandonar el Instituto a no ser que Monseñor Falcoia, o quien le sucediere en su dirección espiritual, se lo exigieran.

---

[117] Tannoia. Sum N° 5, p. 35.
[118] Tellería I, p. 197.

VILLA LIBERI

Pronto surgieron diferencias en los primeros compañeros de Alfonso. Mannarini y De Donato con algunos otros se retiraron, porque no estaban de acuerdo que en la nueva Congregación no se diera enseñanza en las escuelas como hacían los jesuitas. También había discrepancias en el rezo del breviario en común, sobre el color del hábito y algunas otras cosas, que marcaron la separación. Los separados formaron la Congregación del Santísimo Sacramento.

Alfonso, con el padre Sarnelli y otros dos sacerdotes, el 3l de enero de 1734 dieron una misión en la catedral de Caiezzo. Terminada la misión el 28 de febrero, Alfonso tomó posesión de Villa Liberi como nueva casa para la Congregación. En Scala quedaba Pedro Romano, el padre Sarnelli y César Sportelli con el hermano Vito Curzio; y en Villa Liberi estaba Alfonso con el padre Rossi y el hermano Andrés.

Mirando al futuro, Alfonso deseó que esta casa de Villa Liberi fuera también casa de reclutamiento de postulantes y noviciado. Por ello tuvo que pensar en ampliarla. Él mismo hizo de albañil, cantero y arquitecto, ayudado por algunas personas del lugar. Para los gastos pidieron limosna en lugares vecinos. El dinero escaseaba pero las obras seguían adelante, confiando en la providencia. Dios no los defraudó y así pudieron tener una casa de dos pisos, que podía albergar unas cincuenta personas y donde podían dar ejercicios espirituales.

Alfonso, con su ímpetu apostólico, comenzó a organizar en la iglesia de la Annuziata jueves eucarísticos. También organizó los domingos catequesis para niños, jóvenes y adultos. Y como la iglesia era un santuario mariano presidido por un lienzo de la Anunciación, daba frecuentes prédicas sobre el amor a María.

En la primavera de 1735 organizó en Villa Liberi un noviciado regular. El ambiente del noviciado bajo la mirada de Alfonso era extraordinario. Un testigo presencial, don Crescencio Rotondi escribió: *Reinaba en toda la casa un silencio perfecto. Sólo un cuarto de hora antes del Avemaría descansaba Alfonso un rato con sus compañeros. Después de la cena contaba uno de nosotros en la recreación las lecturas edificantes hechas durante el día. Además de las tres meditaciones diarias, pasaba Alfonso largos ratos en oración. Comía casi a diario de rodillas y sazonaba su escaso alimento con centaura y otras hierbas amargas* [119].

---

[119] Proceso ordinario de Nocera, fol 621.

CIORANI

El 17 de octubre de 1735 se abrió una nueva casa en Ciorani (diócesis de Salerno) con la aprobación del arzobispo. En marzo de 1736 fue Alfonso a tomar posesión de la casa de Ciorani a cien kilómetros de Villa Liberi. Además de la remodelación y equipamiento de la casa, Alfonso seguía con sus misiones por los pueblos de alrededor. No descansaba más que lo estrictamente necesario y hacía trabajar también a sus misioneros.

Muy pronto Ciorani ya no era Ciorani. Parecía una dichosa porción de los fieles de los primeros tiempos que tanto edificaban a la Iglesia. Se acabaron los rencores y las divisiones; desaparecieron las palabras procaces en los jóvenes y las canciones profanas en las mujeres. Las canciones de Alfonso se oían resonar en las casas y en las colinas. El saludo normal al encontrarse era: "Alabado sea Jesús y María". Las tabernas quedaron despobladas y se acabaron los juegos ilícitos. Constantemente se acudía a la iglesia y con edificación de todos se frecuentaban los sacramentos y las visitas al Señor y a Nuestra Señora [120].

Ese mismo año de 1736, Alfonso deseó la aprobación de la Congregación por el infante don Carlos y sus ministros, pero todo fue en vano. Sin la aprobación regia no podía subsistir ninguna Congregación en el reino de Nápoles, aunque fuera aprobada por la Santa Sede.

El año 1737, el príncipe de Colubrano instigó a algunas personas para que echaran de la jurisdicción de Villa Liberi a los padres, que se habían granjeado el aprecio del pueblo. Un día se presentaron en la casa unos desalmados, enviados por el príncipe y les intimaron al desalojo inmediato. Para evitar disgustos, entregaron la llave y se retiraron con la pena subsiguiente del obispo de la diócesis.

El año 1738 surgieron problemas con la casa de Scala, debido a los problemas que hubo entre las religiosas del monasterio, divididas en dos bandos. Por estos motivos y con el consejo de Monseñor Falcoia, se retiraron de Scala, lo que hicieron el 27 de agosto de ese año con pena, pero dejando un buen recuerdo en la población.

Mientras ejercieron allí su ministerio desaparecieron de la localidad y de los poblados costeros los escándalos y la blasfemia; y se frecuentaron los sacramentos: de modo que hasta los mozos bajaban a la playa de Amalfi con sus

[120] Tannoia I, pp. 105-106.

fardos cantando las tonadas que Alfonso les había enseñado y rezando el rosario [121].

Ahora toda la Congregación estaba centrada en la casa de Ciorani donde estaban cuatro padres y cuatro hermanos. Y desde este centro salía Alfonso con los suyos a dar misiones, con el acostumbrado provecho espiritual para todos.

El 21 de julio de 1740, los cuatro padres y cuatro hermanos de Ciorani decidieron hacer el voto de perseverancia en la Congregación hasta la muerte, ratificando su voluntad de consagrarse de por vida al bien de las almas y a la imitación de Jesucristo. La fórmula original usada para esta ocasión decía así: *Eterno, omnipotente y amantísimo Señor y Dios mío. Contándome yo N., aunque sin merecerlo, en el número de los hermanos de esta Congregación del Santísimo Salvador, a fin de serviros con todo mi ser, imitando de cerca la adorable vida de vuestro divino Hijo y Salvador mío Jesucristo, confiando por lo mismo en vuestra bondad infinita e impulsado del deseo de consagrarme todo entero a vuestro amor y de serviros con todas mis fuerzas..., postrado en vuestra divina presencia y ante mi tierna Madre María, san Miguel, san José, santos apóstoles, santa María Magdalena, santa Teresa de Jesús, santo ángel de mi guarda y ángel custodio de la Congregación, y finalmente ante toda la corte celestial, me obligo y hago voto en manos de Monseñor Falcoia de perseverar en ella hasta la muerte con el auxilio de la divina gracia y de la sangre de Jesucristo. Este voto entiendo hacerlo con pacto y condición expresa de que solamente pueda ser dispensado por el Superior mayor que fuere o por el Sumo Pontífice, y no por otros* [122].

En esta casa empezó Alfonso a recibir novicios, que eran la pupila de sus ojos. El padre Domingo Corsano declaró: *Con frecuencia él acudía al noviciado y en el tiempo de recreo común, en la tarde, se entretenía en conversaciones con ellos, haciendo chistes o cosas jocosas, pero con gravedad; y después les hablaba de la mejor manera de servir a Dios, de estudios y de aprender las buenas costumbres. Nunca fue áspero en el corregir o castigar. Se hacía respetar y obedecer con maneras suaves y eficaces* [123].

---

[121] Tannoia II, p. 119.
[122] Tellería I, p. 294.
[123] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 11, p. 155.

RÉGIMEN DE VIDA EN CIORANI

Al romper el día Alfonso y los suyos estaban de pie. Dichas en la celda algunas preces y pedida una especial bendición a María, acudían al coro, donde tras la bendición del Superior y el rezo del "Ángelus" consagraban media hora a la meditación, terminándola con una oración a san Miguel y a los santos apóstoles. Seguía el rezo de prima, tercia y sexta y cerraban los ejercicios corales y el silencio mayor con su jaculatoria preferida: "Sea hoy y siempre alabado y agradecido el Santísimo Sacramento y sea bendecida la Santa, Purísima e Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María".

Entretanto habían principiado las misas, en la primera de las cuales los clérigos y hermanos legos comulgaban —por estatuto— los domingos, miércoles, viernes y fiestas, empleando los sacerdotes el resto de la mañana en las ocupaciones del ministerio, en el estudio y en la oración privada. Un cuarto de hora antes de comer, rezo de nona y examen particular basado en una virtud —la fijada para cada mes— y en relación con el defecto dominante. Al mediodía y en la cena revivían en el refectorio las tradiciones monásticas de silencio, templanza, lectura y preces litúrgicas. Alfonso, especialmente durante la comida, daba la tónica de austeridad que de su epistolario hemos recogido. La lectura durante parte del tiempo de la cena versaba sobre las excelencias y virtudes de María Santísima. Se dispensaba de la lectura los martes, las fiestas principales de Nuestro Señor y de la Virgen, y media docena más. Del refectorio con el "Te Deum" o el "Miserere" en los labios, según los tiempos, regresaban al coro, donde, luego de adorar brevemente al Santísimo Sacramento, entonaban las letanías de la Virgen por los vivos y el "De profundis" por los bienhechores difuntos.

Tras una hora de recreación, reanudaban la vida de soledad y recogimiento. Alfonso, identificado con los ideales redentores, había adoptado con cariño de las Reglas de sor María Celeste Crostarosa una práctica peculiar: la del silencio de tres horas, en recuerdo de la agonía del divino Salvador en el Calvario. A la colina del Gólgota subían espiritualmente; para ello, tras un rato de siesta, dedicaban en sus propios aposentos media hora a la lectura espiritual y otra media a la meditación, seguidas del rezo de Vísperas en el coro. Al caer la tarde volvían a él para rezar completas, consagrar otra media hora a la meditación —sobre la pasión de Jesucristo— y terminar con maitines y laudes, precedidos de la disciplina en común cuatro días a la semana. Seguían la cena y la hora de recreación, santificada esta última —preceptivamente— por conversaciones piadosas, y tornaban al coro durante un cuarto de hora: examen general de conciencia, letanías de la Virgen, bendición del Superior [124].

[124] Tellería I, pp. 332-333.

PAGANI

En 1742, después de dar misiones en Pagani (Nocera de los paganos o de Pagani) el obispo deseaba tenerlos permanentemente en su diócesis, y escribió: *Habiendo venido hace pocos meses a evangelizar esta diócesis los sacerdotes de don Alfonso de Ligorio, don César Sportelli y otros compañeros, han proporcionado bienes espirituales tan copiosos a todos los lugares, que estas almas, a mis cuidados confiadas, arden en deseos de tenerlos frecuentemente junto a sí... He dado infinitas gracias al Señor porque en mi ancianidad los han enviado en mi socorro y he hecho cuanto he sabido y podido para retenerlos en mi diócesis* [125].

Consiguieron el permiso real para construir la nueva casa, hicieron las escrituras correspondientes y comenzaron los trabajos según los planos trazados por el arquitecto napolitano Pedro Cimafonte. La colocación de la primera piedra fue el día de santa María Magdalena, patrona del Instituto, 22 de julio de 1742. No faltaron problemas con algunos del lugar que se oponían a la fundación, pero pudieron ser superados y el 24 de septiembre de 1747 se trasladaron los diez novicios de Ciorani a la nueva casa de Pagani. Esta casa sería muy importante para el futuro de la Congregación. Allí se daban ejercicios y misiones. Al principio sólo se construyó una pequeña capilla, pero con el tiempo sería construida una magnífica basílica, que actualmente guarda el relicario con los restos del santo y es meta de peregrinación para sus devotos.

DELICETO

Mientras se construía la casa de Pagani, se pudo abrir otra nueva casa en Deliceto después de las misiones dadas en el lugar. El rey dio su visto bueno el 9 de enero de 1745. El obispo diocesano Antonio Ducci se sintió complacido y les concedió la ermita dedicada a la Virgen con capacidad para trescientos peregrinos, pues era centro de peregrinación de la comarca. Alfonso y los misioneros tomaron posesión del lugar el 28 de marzo de 1745.

En la Casa de Deliceto pasaban muchas necesidades. Eran tiempos de hambre. El padre Landi en sus *Memorias* escribió: *Cuando llegué a Deliceto, si bien había mejorado la situación, todavía saboreamos las dulzuras de la pobreza. Recuerdo que casi todos andábamos con los pies descalzos por no tener con qué remendar los zapatos. Más duras se nos hicieron en el invierno las*

[125] Tellería I, p. 345.

punzadas del frío, ya que la temperatura era muy baja y las nevadas nos incomunicaron durante quince días. Por la mañana encontrábamos helada en los cuartos el agua para lavarnos. Hasta el agua que bebíamos en la comida hizo nuestro padre don Alfonso que la templaran. Ocupábase él entonces en redactar su obra de Moral y, por eso, tenía junto a la mesa de trabajo un hierro caliente para que entraran en reacción las manos y pudieran sostener la pluma, pues decía que la estufa le hacía daño; aunque más bien no se acercaba a ella por mortificación. Figúrense cuánto penaría nuestro padre que, como Superior, tenía entrañas de caridad y, si bien anhelaba que padeciéramos algo por Jesucristo, no le placía llegaran los sufrimientos a tal extremo [126].

Por este tiempo Alfonso fue reconocido por la Santa Sede con la dignidad de misionero pontificio, como mérito a sus esfuerzos misioneros.

CAPOSELE

Otra nueva casa con capacidad para 13 religiosos fue abierta en agosto de 1747 en Caposele con el visto bueno del obispo del lugar. El padre Sportelli tomó posesión de ella después de haber sido aprobada la fundación por la Cámara real y por la Santa Sede. La nueva casa formaba parte del santuario diocesano de Caposele, llamado Materdomini, en honor de la Virgen María. El arzobispo aprobó las Reglas y Constituciones del Instituto el 24 febrero de 1748. Sobre esta casa dice el padre Sportelli: *El día 12 de febrero de 1748 vino el Vicario general a darnos posesión del santuario y entregarnos el decreto que aprueba nuestras Reglas. El día 13, el mismo Vicario nos reservó por primera vez el Santísimo en el tabernáculo y el 16 hemos celebrado la primera exposición eucarística* [127].

El 3 de mayo de 1751 entró de candidato en Caposele un sacerdote de 63 años, don Ángel Latessa. A los tres meses de noviciado enfermó gravísimamente. Recibió los últimos sacramentos y la profesión *in articulo mortis*. Estaba desahuciado y todos creyeron que iba a morir, pero Alfonso dijo con luz profética: *Don Ángel no morirá ahora, nos lo conservará el Señor para mayor gloria suya.* Y tomando un papel, le envió unas líneas con la orden de despedir la fiebre. Él solamente le dijo al médico: *Es preciso obedecer al Rector mayor.* Y Dios le concedió la salud, siendo el tesoro de Caposele, pues aunque no podía misionar por su edad, se dedicaba a ayudar a todos en el confesonario.

[126] Landi Historia I, p. 223.
[127] Tellería I, p. 418.

CAPÍTULO GENERAL Y APROBACIÓN PONTIFICIA

Retrocedamos un poco en el tiempo. Monseñor Falcoia había muerto en 1743 y Alfonso había convocado a un Capítulo general para aclarar algunos puntos de la Regla y otras cuestiones pendientes. Había sido convocado para el seis de mayo de 1743 y se habían iniciado las tareas del día nueve. En total sólo eran 7 sacerdotes. En el primer escrutinio eligieron a Alfonso como Rector mayor de la Congregación y, después, todos los padres y también los hermanos se ligaron con los cuatro votos de pobreza, castidad, obediencia y perseverancia en la Congregación, incluyendo en el de pobreza, el voto de renunciar a cualquier dignidad eclesiástica fuera del Instituto.

También se había decidido la vida común. Se prohibía la dirección espiritual de religiosas, aunque sí se les podía dar ejercicios espirituales; y se habían especificado algunos puntos sobre la alimentación, ayunos, recreos y misiones, habiendo decidido que el Rector mayor tuviera el cargo de por vida.

Cuatro años más tarde, en 1747, Alfonso había conseguido tener una entrevista con el rey para que se aprobaran las Reglas y Constituciones de la Congregación y así poder operar en el reino con toda legalidad. Fue recibido con toda cordialidad y el rey pasó su solicitud al Consejo de Estado, que el 23 de agosto de 1747 emitió un informe negativo, dejando las cosas como estaban. Ante el desaire de la Corte, a comienzos de 1748 intentó conseguir la aprobación de la Santa Sede de las Reglas y Constituciones, a la vez que supervisaba la nueva publicación sobre teología moral. En la Santa Sede sugirieron que debía cambiarse el título de la Congregación de Santísimo Salvador por el del Santísimo Redentor para no confundirse con los canónigos regulares lateranenses, llamados del Santísimo Salvador. También hubo que hacer algún pequeño reajuste en el orden de la Regla. Y fue aprobada la Congregación por la Santa Sede. El 25 de febrero de 1749, a la sombra de la basílica Santa María la Mayor, se promulgó el Breve *Ad Pastoralis dignitatis fastigium*, aprobando oficialmente el Instituto Redentorista.

En 1750 el Papa Benedicto XIV, aprobaba las Reglas y Constituciones del convento de religiosas de Scala, basadas en las revelaciones de sor Celeste Crostarosa y tal como las seguían los hermanos de Alfonso. De esa manera se unieron ambas ramas y se consagró para la historia la obra de sor María Celeste Crostarosa, cuyas fórmulas primitivas sobrevivían en el texto aprobado. Por su parte, sor María Celeste estaba como Superiora de un monasterio de Foggia, donde también seguían estas Reglas, pero haría falta un siglo antes de que entre Scala y Foggia se establecieran lazos de unión, fundados en la memoria de la misma fundadora.

Con motivo de la aprobación pontificia Alfonso convocó a un Capítulo general en Ciorani, en otoño de 1749. El padre Múscari expuso a los capitulares sus escrúpulos, proponiendo que el cargo vitalicio de Alfonso, como Rector del Instituto, debía ser ahora confirmado y debían hacerse nuevas elecciones. Así se aceptó y el 1 de octubre, de los 25 capitulares profesos, Alfonso tuvo 23 votos, quedando así confirmado de por vida. Otro gesto importante fue nombrar a María Santísima en su misterio de la Inmaculada Concepción como patrona principal de la Congregación. Por este mismo tiempo Dios bendijo al Instituto con una vocación extraordinaria, la del hermano Gerardo Maiella, que con el tiempo sería un gran santo: san Gerardo Maiella.

NUEVOS PROBLEMAS

El padre Múscari, ex abad de un monasterio de monjes basilios de Roma, que había ingresado en la Congregación y vivía en Pagani, estaba en desacuerdo con algunas cosas y se ganó el ánimo de cuatro de los jóvenes y quiso fundar con ellos un nuevo Instituto. Los cuatro jóvenes que se unieron a él, se fueron sin ser dispensados de los votos. Cuando el padre Múscari llegó a Roma, se olvidó de los jóvenes, buscó la manera de regularizar su situación y consiguió que el 10 de diciembre de 1751 la Santa Sede lo reincorporara de nuevo a su antigua Orden de San Basilio. Vuelto a Nápoles, consiguió el *exequatur* o visto bueno regio para conseguir un rescripto pontificio, consiguiendo que lo reincorporaran de nuevo como abad.

Ese mismo año de 1751 estaba un día el rey de caza y vio en un altozano el santuario de santa María de la Consolación de Deliceto de los misioneros del padre Alfonso. Alguien le dijo que acababan de heredar más de 60.000 ducados. Bastó decir esto para que el rey mandara inmediatamente hacer una investigación para ver qué había de cierto, pensando en requisarles la herencia. Alfonso tuvo que presentar a los enviados del monarca un memorial con la cifra exacta de las rentas de Deliceto, que eran de 300 ducados al año, manifestando así que todo había sido una calumnia.

Aprovechando estas circunstancias intentó Alfonso conseguir una vez más el *exequatur* real, es decir, la aprobación de la Congregación en el reino. En el documento de petición escribía: *Hace 19 años que recorremos los campos, trepamos por las montañas, entramos en las chozas de los vasallos más necesitados. Nueve meses al año estamos en campaña* (misional), *cuarenta pueblos al año son misionados. Cuatro diócesis reforzadas con nuestras casas. En Pulla especialmente, adoctrinamos las gentes sujetas al real patrimonio y velamos por la fe y costumbres de 40.000 personas, dedicadas al pastoreo. Nuestro Instituto ha alcanzado del Sumo Pontífice la aprobación canónica.*

Dígnese V. Majestad coronar la gracia, ordenando se otorgue al Breve pontificio el exequatur regio [128].

Pero no se consiguió el exequátur regio y Alfonso dijo que, en todo caso, la aprobación se conseguiría después de su muerte, como así sucedió.

SAN ÁNGEL DE CÚPOLO

En 1755 el arzobispo de Benevento autorizaba a los redentoristas la erección de una casa e iglesia bajo el título de la Asunción de San Ángel de Cúpolo (diócesis de Benevento), en el territorio de los Estados Pontificios. Los padres dieron la misión en este lugar en mayo de 1755. El padre Villani escribía: *Las gentes son pobres, pero muy afectuosas y no pueden ustedes imaginarse la estima y adhesión que nos muestran. Rueguen al Señor para que mis imperfecciones no estorben tanto bien… Aunque no tenemos camisas para cambiarnos, ni platos para la mesa, vivimos contentos. La quinta es un convento en miniatura... Nos han hecho estas buenas gentes dos regalos: uno de cuatro cabezas de ajos, otro de unos puñados de setas; mas por el afecto con que los han traído, los recibimos como un tesoro* [129].

En el mes de octubre se reunió el Capítulo general en Pagani. El mismo día de la apertura moría en Caposele el hermano Gerardo Maiela, que en solo seis años de vida religiosa, se había elevado a los más altos grados de santidad. En el mes de noviembre Alfonso fue a visitar a su madre, gravemente enferma, por tres días y se fue a dar misiones, dejándola al cuidado de su hermano sacerdote don Cayetano y de su hermano Hércules. Murió el 28 de noviembre a los 85 años de edad, como una santa, aunque él no estuvo presente, pero rezó mucho por ella desde Benevento donde daba misiones.

Dice el padre Buonapane: *Vino el correo, cuando nos sentábamos a la mesa. Leída para sí la carta, impuso silencio y nos dijo: "Sea Dios por siempre bendito. Mi madre ha ido al paraíso. Que cada casa aplique una misa por el descanso de su alma"* [130].

La casa de san Ángel de Cúpolo estaba ya habitable y el 1 de septiembre de 1760 tomaron posesión del nuevo edificio nueve misioneros, seis hermanos, cuatro postulantes y dos criados. Todavía continuó la construcción hasta terminar cien celdas para los ejercitantes y tener una hermosa iglesia. El padre Landi dirá:

---

[128] Tellería I, p. 523.
[129] Tellería I, p. 588.
[130] Proceso ordinario de Nocera III, fol 1525.

Puede decirse que la casa de San Ángel de Cúpolo ha sido la Casa Madre de la Congregación y, especialmente, la raíz y punto de partida para su expansión en los Estados de la Iglesia, y esperamos que en otros reinos, ya que de no haber salido de Nápoles, la Congregación estaría aún en mantillas [131].

En 1757 había cuatro casas en el reino de Nápoles y la de Cúpolo en los Estados pontificios. Eran 150 religiosos, de los cuales setenta eran coristas, otros cuarenta eran hermanos coadjutores, unos dieciocho novicios y el resto sacerdotes. La Congregación estaba ya bien afirmada.

En 1758 llegó de la Congregación vaticana de *Propaganda Fide* un llamado para ir a evangelizar a Medio Oriente, donde había cristianos nestorianos, que eran perseguidos. Esta idea ya estaba en el aire de la Congregación desde hacía mucho tiempo. A partir del Capítulo de 1743, se habían ligado con un voto particular para ir a misiones, aun de herejes e infieles. En 1752 cuatro novicios pidieron ser destinados a las misiones del Japón. La idea estaba en el ambiente, cuando este llamado de *Propaganda Fide* hizo saltar la chispa. Todo parecía estar preparado, pero vinieron las dificultades donde menos se esperaban. Para ir a esas misiones exigían de *Propaganda Fide* renunciar al Instituto redentorista y secularizarse a las órdenes de Propaganda Fide. Esto, por supuesto, Alfonso no podía aceptarlo y se dejó la idea para mejores tiempos.

En 1761 se presentó la oportunidad de fundar en Agrigento (Sicilia). Después de varios inconvenientes, que retrasaron el viaje, primero por un naufragio y luego debido a una peste, llegaron a Agrigento el 11 de diciembre. Allí dieron misiones y, con el beneplácito del obispo, se establecieron permanentemente en el lugar, aunque sin el permiso del rey.

RENUNCIAS AL OBISPADO

A los tres años de obispo, en 1765, presentó Alfonso por motivos de edad y de salud la renuncia al Papa clemente XIII. En invierno se agudizaban sus males de pecho y no podía respirar bien, ni podía hacer visitas pastorales. Pero el Papa respondió que no aceptaba y que *bastaba la sombra de Monseñor Ligorio para santificar la diócesis.* De todos modos, los médicos le recomendaron que no residiera en Santa Águeda por el clima húmedo e insano y que pusiera su residencia habitual en Arienzo, lo que tuvo que hacer a pesar de sus deseos de permanecer en la capital. Allí estuvo de modo habitual hasta el final de su gobierno episcopal, aunque en primavera y verano hacía sus visitas a Santa Águeda y a algunos otros lugares de la diócesis.

[131] Landi, *Istoria*, p. 79.

En su Relación al Papa, después de los tres años de obispo, refiere: *Se ha introducido en toda la diócesis como uso general, que todas las tardes, al toque de la campana, se invite al pueblo a la iglesia madre, donde abierta la puerta del sagrario y prevenido el alumbrado necesario, adoran los presentes y honran al Señor sacramentado con devotas preces y piadosas meditaciones. Casi nunca he dejado yo mismo de asistir cada tarde a esta adoración en la catedral con el fin de que el clero y el pueblo se animen con mi ejemplo y se mantengan constantes en esta práctica tan digna de elogio y de la cual se palpan ya y se esperan ubérrimos frutos* [132].

En mayo de 1768 Alfonso enfermó gravemente. Le escribió al padre Villani: *Los dolores me han cogido medio cuerpo y parece que se van localizando en el hueso ciático. ¡Loado sea siempre el Señor que me lo envía! Difícilmente podré salir este año con la visita acostumbrada. Dígame qué remedios empleó para su ciática el padre Lorenzo de Antonio. Aquí hablan de vejigatorios y de botones de fuego* [133].

Una semana después le escribía: *Continúo sin decir misa y acribillado de vejigatorios, pero me siento contento, porque así lo dispone el Señor. Pídale a Jesucristo que me otorgue perfecta conformidad y rece usted por la Iglesia, pues me apesadumbra el ver multiplicarse de día en día los atropellos sin que aparezca esperanza humana de remedio* [134].

La enfermedad se fue agravando y recibió la extremaunción, disponiendo su testamento. Tenía artritis deformante, difosis de la espina dorsal y aflojamiento de las vértebras y músculos del cuello, que provocaron desde entonces un doblamiento de manera que la cabeza se le inclinó y la barbilla se le empotró en el pecho. Mirándolo desde atrás parecía un hombre decapitado. La presión de la barbilla sobre el pecho le ocasionó una llaga profunda purulenta, que fue curada con el tiempo justo, cuando estaba para declararse en gangrena. Esto era en 1768. Era admirable su conformidad con la voluntad de Dios.

Gracias a Dios, pudo recuperarse, aunque las consecuencias le quedaron para toda la vida. Lo que más le preocupaba era no poder celebrar misa, dado que no podía beber del cáliz por sí mismo. Estuvo un año sin celebrar misa por el reumatismo que le encorvaba el cuello. Por fin, pudo celebrar misa sentado, tal como el Papa había permitido a los sacerdotes impedidos; y con una cánula podía beber del cáliz.

---

[132] Tellería II, p. 147.
[133] Tellería II, p. 349.
[134] Tellería II, p. 350.

A comienzos de 1770 de nuevo presentó su renuncia de obispo al Papa Clemente XIV, que tampoco aceptó. En 1775, el 15 de febrero, fue elegido nuevo Papa, Pío VI. En abril escribió Alfonso al nuevo Papa, pidiendo la renuncia por tener ya 79 años y estar inhabilitado físicamente. Escribía: *Adolezco del pecho con congestiones que varias veces me han puesto en el último trance, sufro ahogos cardíacos por los cuales me he visto reiteradamente en las últimas y, además, me fatiga actualmente tal debilidad de cabeza que, a menudo, me dejan como atontado. Sin contar lo dicho, me asaltan indisposiciones peligrosas que debo combatir con sangrías, vejigatorios y otros remedios; así que durante el tiempo del obispado me han administrado* (en trece años) *cuatro veces el Viático y dos la extremaunción... La merma del oído es tan notable que perjudica mucho a mis súbditos, los cuales, si quieren hablarme en secreto, no pueden hacerlo sino levantando mucho la voz. Avanza mi parálisis de forma que no puedo escribir una línea y apenas si logro firmar con garrapato ininteligible. Estoy de tal suerte tullido que no puedo dar un paso y ha de haber dos personas que me sostengan para moverme un poco. Así que paso los días o en el lecho o recostado en un sillón. No puedo dar órdenes sagradas ni predicar y no puedo visitar la diócesis.*

El Papa le aceptó la renuncia y él se despidió de las comunidades religiosas, de los párrocos, seminaristas y canónigos de Arienzo. Algunos aprovecharon para llevarse cosas personales del santo obispo como reliquias, considerándolo un verdadero santo.

EL REGLAMENTO

En 1769 Alfonso había encomendado a los padres Maione, consultor general, y al padre Fabricio Cimino que presentaran el Reglamento original para que fuera aprobado por el Consejo real y de esta manera poderlo cumplir sin cortapisas legales. Pero antes de aprobarlo el Consejo real, de acuerdo con el padre Maione, hicieron algunas modificaciones y así fue aprobado a principios de 1780. Cuando Alfonso se enteró de que había sido aprobado, pero con modificaciones, se quedó sin aliento, pues en el Decreto real se decía: *El presente Reglamento debe en lo futuro y para siempre estar en vigor y guardarse sin alteración ni derogación alguna*[135].

Alfonso consideró que el no haber comunicado nada de cómo iban las conversaciones y el texto que se iba a aprobar, era una traición, pues habían actuado ambos padres sin la autorización correspondiente para hacer los cambios.

[135] Tellería II, p. 618.

Inmediatamente, destituyó al padre Maione por su poca transparencia y porque quería imponer el nuevo Reglamento aprobado por el Estado. Buscó la manera de que se pudiera cambiar el Reglamento de acuerdo al original, pero la respuesta del capellán mayor del reino fue que *tendría escrúpulo en cambiar una tilde del Reglamento aprobado por el rey; así que pensáramos únicamente en acatarlo y de ningún modo en corregirlo y atenuarlo* [136].

Tuvieron que resignarse a aceptar de momento este Reglamento hasta que las circunstancias fueran favorables ante el rey y la Santa Sede. Pero el padre De Paola no estaba de acuerdo y declaró un cisma en el Instituto, ya que las casas de los Estados Pontificios, no sometidas al poder real de Nápoles, sí vivirían de acuerdo a las Reglas y Constituciones aprobadas en su momento por el Papa Benedicto XIV, de acuerdo a las originales.

Por este motivo el Papa Pío VI quitó a las casas de Nápoles los privilegios y facultades e indulgencias que les había concedido en 1777 de acuerdo a una instancia que se había elevado a la Santa Sede para concederles los mismos privilegios que les había concedido a los pasionistas. El mismo Papa nombró al padre De Paolo como presidente de las casas de la diócesis de Benevento como si los del reino de Nápoles hubieran desertado de las antiguas Reglas por su culpa. Este Reglamento original fue seguido por las nuevas casas de Scifelli, Frosinone, Veroli y san Ángel de Cúpolo. Esta escisión, aprobada por el Papa, fue un duro golpe para Alfonso, que sólo atinó a decir: *Sólo a Dios quiero, basta que su gracia no me desampare.* Tenía tentaciones. El demonio lo atacaba fuerte y pedía oraciones a sus hermanos. Todos temían que pudiera morir de un infarto o algo parecido; pero, poco a poco, se restableció y pasó la tentación. Sin embargo, el dolor era muy fuerte, porque algunos sacerdotes y religiosos jóvenes prefirieron irse a las casas de los Estados Pontificios para vivir la Regla antigua, ya que a las casas de Nápoles no se las reconocía como parte de la Congregación.

En 1781 Alfonso y los suyos trataron de aclarar las cosas en Roma, pero el 24 de agosto recibieron la respuesta de que no se admitían más instancias sobre este asunto. De esta manera quedaba consumada la separación de las dos ramas de Instituto.

Las casas de los Estados Pontificios sin las restricciones reales de Nápoles, pudieron crecer. El padre De Paola, el 22 de marzo de 1783, compró la iglesia de San Julián ai Monti en Roma. A fines de 1783, se había concedido que la casa de Agrigento (Sicilia) no quedara fuera de la Congregación con tal de que observara la Regla original aprobada por Benedicto XIV.

---

[136] Tellería II, p. 635.

En 1784 el Papa Pío VI aprobaba la residencia de San Julián ai Monti de Roma como centro y cabeza de toda la Congregación. Un acontecimiento importante fue que el padre De Paola en 1784, recibía en el noviciado al que sería un gran santo de la Congregación: san Clemente Hofbauer, quien implantaría la Congregación en Austria. El mismo padre De Paola convocó a Capítulo general el 15 de octubre de 1785. En este Capítulo fue proclamado él Superior general.

Los avances del Instituto más allá del reino de Nápoles fueron providenciales, pues las casas de Nápoles, además de no haber obtenido el visto bueno regio, podían ser suprimidas al igual que las de los jesuitas. Por su parte, Alfonso le decía a los suyos del reino de Nápoles que tuvieran fe, que la situación se arreglaría después de su muerte, restableciéndose la unión; lo que así sucedió como lo había profetizado.

ESCRÚPULOS Y ANSIEDADES

Alfonso, después de la renuncia al obispado, se había reintegrado a la casa de Pagani. El fiel criado Alejo lo seguía y ayudaba en todo. Uno de sus servicios era pasar al vestíbulo a los niños enfermos llevados por sus padres y subirlos al cuarto de Alfonso. Él bendecía a un gran número de ellos, poniendo literalmente su mano sobre su cabeza y curando a muchos de ellos. Otra tarea era la de ponerlo en su sillón de ruedas y llevarlo de una estación a otra del viacrucis todos los días a lo largo del corredor. Los primeros años lo hacía a pie; después sentado. Hasta su muerte tenía unas ocho horas diarias de oración. En vez del Oficio divino, el Papa le permitió rezar las tres partes del rosario. A cada cuarto de hora, cuando sonaba el reloj, rezaba tres avemarías. Y, cuando por estar sordo no oía el reloj, pedía que le avisaran. Sus achaques se iban acentuando.

En los dos últimos años de su vida, Alfonso tuvo muchas tentaciones contra la fe como si estuviera viviendo la noche del espíritu. Parecía que el diablo le decía por dentro: *Tú has dejado a Dios y Dios te ha dejado a ti.* Él respondía: *Jesús te amo*; y por dentro escuchaba una voz cavernosa que le replicaba: *No es cierto que me amas.* Y decía con lágrimas: *Señor mío, castigadme, pero no os apartéis de mi presencia.*

En las angustias y escrúpulos su único consuelo, no pudiendo celebrar misa, era la comunión. Asistiendo a la misa se le veía contemplar el gran misterio y, después de comulgar, pasaba horas en acción de gracias. Un día celebró en el oratorio el padre Garzilli, ya nonagenario. Alfonso comulgó y después estuvo un rato en acción de gracias, pero en la tarde le dijo al padre Garzilli: *Esta mañana*

no ha consagrado. Quedó asombrado Garzilli y examinando las cosas con el criado Alejo que le había ayudado en la misa, se dio cuenta de que se pasó del memento de los vivos al memento de los muertos sin haber consagrado. Alfonso se había dado cuenta por no sentir en su corazón los acostumbrados efectos de la comunión [137].

Una mañana dejó pasar el momento de la comunión y después le entró un gran deseo de recibirla; y dijo: *Denme a Jesucristo, denme a Jesucristo*. También le venían tentaciones contra todos los misterios de nuestra fe y él decía: *Dios mío, creo cuanto habéis revelado y quiero vivir y morir como hijo fiel de la santa Iglesia.* También tenía tentaciones contra la castidad. Explicaba: *Tengo 88 años y no se ha extinguido en mis sentimientos el brío de la juventud*. Decía: *Madre mía, Madre mía, ayúdame. Jesús mío, antes morir que ofenderte.*

Un día el diablo se le presentó en traje de sacerdote napolitano y lo halagó por sus hazañas apostólicas realizadas, pero él se recogió y se humilló dentro de sí mismo y al punto desapareció el enemigo [138].

Otro día se le presentó bajo la figura de un sacerdote amigo, quien comenzó a hablarle de sus debilidades y cómo era mejor plegarse a los estímulos de la carne y consentir libremente. Ante esas palabras Alfonso se horrorizó y gritó: *Jesús, María*. Antes estos dos nombres el enemigo desapareció.

En otra ocasión, el diablo bajo la figura de una mujer. El hermano Alejo lo declaró en el Proceso: *Me llamó a la hora de la siesta y me dijo con voz temblorosa: "Aquí ha estado una muchacha". "Imposible, en este momento todas las puertas tienen la llave echada y la de la portería la guarda el hermano Leonardo". Me mandó buscar al hermano Leonardo y éste, al verse en su presencia, le mostró las llaves y le reafirmó la imposibilidad de que mujer alguna hubiera franqueado la clausura* [139].

Por fin, llegó la paz y escribió: *Resolución mía postrera acerca de la fe. En los últimos tiempos siempre o casi siempre me han fatigado las dudas y angustias. Finalmente ahora, 21 de octubre de 1785, poniéndome en las manos de Jesucristo muero tranquilo, creyendo llegar a salvarme por los méritos de Jesucristo y de María, esperando ir pronto a agradecérselo en el paraíso. Alfonso de Ligorio del Santísimo Redentor* [140].

---

[137] Tannoia IV, p. 166.
[138] Proceso ordinario de Nocera I, fol 321-327.
[139] Proceso ordinario de Nocera III, fol 1227.
[140] Tellería II, p. 750.

SU MUERTE

Alfonso estaba ya gravemente enfermo en 1787. En las dos últimas semanas de su vida, algunos religiosos, incluso de las casas de Benevento, venían a visitarlo porque veían que se iba apagando poco a poco. Todos los días recibía fortaleza espiritual de la misa y comunión, y, a pesar de la fiebre, tenía ansias de recibir la comunión.

El padre Tannoia certifica: *Sé por haberme encontrado presente que, en la última enfermedad, la noche del 18 de julio* (de 1787) *le vino un grave flujo de vientre* (disentería). *En la mañana del 19 le vino la fiebre. La mañana del 20 todavía se levantó de la cama para asistir a misa, pero la mañana del 21 no pudo levantarse. La mañana del 22 de julio se encontró algo mejorado y preguntándole Alejo, si quería oír misa y comulgar, dijo que sí. Después de comulgar hizo actos de amor y agradecimiento a Jesús Sacramentado* [141].

La noche del domingo al lunes 22-23 de julio su estado empeoró notablemente, pero en un momento de lucidez dijo: *¿No me van a dar la comunión? Quiero el cuerpo del Señor, dadme a Jesucristo.*

El padre Mansione refiere que él mismo, como Rector de la casa, le dio la extremaunción. Las gentes del pueblo de Pagani, sabiendo que estaba ya al final de sus días, traían a la portería objetos de piedad como rosarios, estampas y medallas para que las aplicaran al cuerpo del moribundo y guardarlas como reliquias. Otros pedían objetos de su uso.

En un momento de lucidez bendijo a los presentes, a las casas de los Estados Pontificios, a su antigua diócesis de Santa Águeda y a las religiosas de Scala. El jueves 26 lo visitó el padre capuchino Samuel, que estaba aquejado de dolor de oídos. El devoto capuchino le tomó el brazo, lo acercó a su oído y quedó curado.

El padre Buonapane estaba con una grave laringitis y aplicándose al cuello una de las vendas que había usado el enfermo, al día siguiente se levantó sano. El canónigo Domingo Villani tenía desde hacía tres años una inflamación que le hacía caminar con muletas. Al visitar a Alfonso, tomó de su cabecera un escapulario que allí había, se lo colocó en su rodilla y se curó de inmediato. Y decía: *He venido cojeando y me voy con paso firme.*

---

[141] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 24, p. 298.

El sábado 28 recibió la comunión, que sería la última de su vida, mientras él invocaba a Jesús y María. El domingo 29 lo pasó en situación estacionaria y, como otros días anteriores, celebraron misa en su habitación. El lunes 30 de julio quiso comulgar, pero fue imposible, porque no podía pasar ni unas gotas de líquido. Un padre carmelita le aplicó las indulgencias del escapulario del Carmen para el momento de la muerte y Alfonso se mostró agradecido.

El martes 31 lo visitó el padre Nicolás Contaldo, quien declaró: *Lo visité hacia las diez de la noche. No podía apartar mis ojos del placidísimo rostro del siervo de Dios y, hacia las once y media, advertí que, teniendo sobre la cama un cuadrito de la Virgen con la inscripción "Esperanza nuestra", abrió de improviso los ojos, fijándolos en la imagen, se iluminó su rostro con una sonrisa y se le aceleró la respiración, a la vez que de sus entreabiertos labios parecía escaparse una plegaria, aunque no pronunció palabra alguna... Creí que iba a expirar y así lo dije a un padre, mas no fue así..., y juzgué como sobrenatural y prodigiosa aquella señal; y, de vuelta a casa, por tal la di a los de mi familia aquel día y a mis amigos al siguiente* [142].

Al ponerle delante la imagen de la Virgen María le dio tal sentimiento de amor y devoción y sonrió con tal emoción que todos los presentes se conmovieron y, como si se le hubiera aparecido la Madre de Dios para recompensarle tanto amor que le había manifestado a lo largo de su vida, se vio su rostro encendido con gran alegría y júbilo, como si le salieran rayos de luz. Después de una hora ocurrió el mismo maravilloso y sorprendente signo sobrenatural [143].

El padre Lorenzo Nigro atestiguó: *Tuvo una agonía placidísima. Yo tuve la suerte de asistirlo buena parte de su agonía y soy testigo de vista. Tuve el placer de ver verificada una oración, de muchos años hecha a Dios, de encontrarme presente a la muerte de este siervo de Dios. Murió como un santo, teniendo el crucifijo en una mano y en la otra una imagen de María Santísima*[144].

Por fin amaneció el 1 de agosto, último día de su vida. A la hora del *Angelus* le colocaron la estola en el cuello y una vela bendita en sus manos. Estaban presentes los padres, hermanos y estudiantes de la casa y los que habían venido de otros lugares. Todos rezaron las letanías de la Virgen y las oraciones de los agonizantes hasta que se apagó tranquilamente. Murió a las cuatro y media de la tarde.

---

[142] Proceso ordinario de Nocera II, fol 652.
[143] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 24, p. 289.
[144] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 24, p. 296.

Murió sin estremecimiento alguno, sin un suspiro de dolor y rodeado de sus hijos, teniendo en las manos la imagen de la Virgen [145]. Tenía 90 años. Al morir, sus hijos redentoristas eran 98 en las Dos Sicilias y 85 (casi todos napolitanos) en los Estados pontificios.

El padre Corsano recuerda: *Se procuró ocultar su preciosa muerte hasta las ocho y media de la noche, cuando después de vestirlo con las vestiduras episcopales lo bajaron a la capilla y tocaron la campana a muerto. A los pocos momentos, vinieron miles y miles de personas de la ciudad y lugares vecinos, especialmente canónigos, párrocos, religiosos de todas las Órdenes, sacerdotes y otros eclesiásticos, y otros caballeros y habitantes de Pagani, de modo que hizo falta que vinieran soldados* (a cuidar el orden). *Todos lo aclamaban por santo* [146].

El padre Tannoia manifestó que pasarían unas diez mil personas. El día dos de agosto tuvieron lugar las honras fúnebres presididas por el obispo diocesano. Y ese mismo día Dios quiso manifestar su poder con algunos milagros. Un niño de dos años, llamado Pepito María Fusco, estaba para morir tras doce días de fiebre y disentería. Una tía lo llevó al túmulo y pidió al hermano Romito que le hiciera tocar el cadáver. El prodigio fue inmediato. Así lo atestiguó su tío canónigo don Cayetano Fusco. La gente gritaba: *Milagro, milagro* y exclamaba: *Era un santo.*

El padre Tannoia declaró: *En los funerales, fue a la iglesia una mujer ciega, no sé si de meses o de años; y gritando a vista de todo el pueblo, dijo: "Padre Alfonso, yo no te tengo por santo y que estás en el cielo, si no me sanas". Y en presencia de todos fue consolada, recibiendo en ese mismo instante la vista deseada* [147].

Al mediodía pudieron sacar a la gente de la iglesia y así un pintor pudo recoger los perfiles del rostro y sacarle en cera la mascarilla. Al retirarla, le hizo un rasguño junto a la nariz y salió sangre fresca en tal abundancia que empapó varios pañuelos [148].

Al anochecer, en presencia de las autoridades civiles y eclesiásticas, encerraron el cadáver en una caja de castaño, que fue metida en otra más grande de plomo y, después, fue sepultado en la iglesia de San Miguel, al lado de la Epístola. Allí colocaron una lámina de mármol con la inscripción: "Aquí yace

[145] Esta imagen de la Virgen con la que murió, se conserva en la casa de los redentoristas de París.
[146] Proceso ordinario de Nocera, Sum N° 25, p. 301.
[147] Proceso ordinario de Santa Águeda, Sum N° 26, p. 320.
[148] Proceso ordinario de Nocera IV, fol 1560.

el cuerpo del Ilmo. Sr. D. Alfonso de Ligorio, obispo de Santa Águeda y fundador de la Congregación del Santísimo Redentor [149].

En Nápoles, Ángela Olivieri, hermana del convertido y amigo de Alfonso, Juan Olivieri, fue maravillosamente consolada por la visión de Alfonso revestido de gloria celeste [150]. Una religiosa del monasterio de San José de Ripacandida también lo vio glorioso, como atestiguó el padre Buonapane: *En un globo de luz, más esplendoroso que los rayos del sol, sobrepujando la blancura del marfil y derramando con su presencia gozo y aliento, le dijo: "Hija conserva el corazón en toda su pureza y como propiedad única de Dios y entrégate a Él dispuesta a padecer conforme a su beneplácito y cuida de vivir en este mundo como si ya estuvieras fuera de él"* [151].

REUNIFICACIÓN

Después de la muerte de Alfonso seguía pendiente la idea de la unificación de la Congregación entre las casas del reino de Nápoles y las de los Estados pontificios. En 1790 empezaron los primeros sondeos para la unión. El primer paso era la renuncia del padre De Paola a sus funciones de Rector Mayor y convocar a un Capítulo general para ambos sectores del Instituto. El Papa Pío VI aprobó la idea el 5 de agosto de 1791 y también dio el consentimiento el rey de Nápoles. Ambas partes se reunieron el 21 y 22 de enero de 1792 en Frosinone y redactaron un acta de concordia con vistas al Capítulo general. El padre De Paola ofreció su renuncia con tal de conservar el título de ex-general con sus derechos y prerrogativas, escogiendo la casa adonde ir y teniendo a su servicio un padre y un hermano. Todo ello sería refrendado por la Sagrada Congregación con un rescripto y un Breve de Su Santidad. El Capítulo general fue convocado para marzo de 1793 en Pagani. El día 12 de marzo se cantó la misa del Espíritu Santo y procedieron a la elección del Rector mayor. Al tercer escrutinio, recayó en el padre Blasucci con 30 votos de los 46 asistentes. Al padre De Paola se concedieron algunos privilegios como escoger la casa, el título de ex-general, un hermano lego para su servicio, pero le rehusaron la precedencia sobre el Rector de la casa y el servicio de un padre y un subsidio económico especial. Todos los capitulares y miembros de la comunidad de Pagani, renovaron la profesión religiosa conforme a la Regla aprobada por Benedicto XIV.

El nuevo general, padre Blasucci, comenzó su obra de unificación, pero de improviso llegaron las hordas de la Revolución francesa. Los franceses invadían

[149] Proceso ordinario de Nocera I, fol 450.
[150] Tannoia IV, p. 207.
[151] Proceso ordinario de Nocera III, fol 1513.

Italia. En 1798 varios religiosos de Gubbio y Spello se refugiaron en Roma y después en Frosinone y Scifelli. Los franceses profanaban y saqueaban a su paso. El rey de Nápoles tuvo que huir en una fragata inglesa, pero antes de huir, encarceló al padre Blasucci y lo destituyó. Al regresar el rey del exilio, le devolvió la libertad en la primavera de 1799. Después de los acontecimientos de la invasión francesa, hubo algunos que desearon la separación y no la unión. Por ello se reunió otro Capítulo general en Pagani el 1 de junio de 1802 con 24 capitulares, entre ellos el padre De Paola. Allí se plasmaron algunos estatutos que junto con la Regla y Constituciones tuvieron fuerza obligatoria hasta 1869 y se realizó la unión definitiva.

BEATIFICACIÓN

Los tres milagros seleccionados habían acaecido antes de cumplirse el trienio de la muerte de Alfonso. Sucedió el primero en la diócesis de Benevento, durante el mes de abril de1790. A Magdalena de Nunzio, de 39 años de edad, esposa de Francisco Tozzi, a los quince días del último parto se le había formado en el pecho izquierdo un tumor tan enorme, que no bastaban a cubrirlo los vestidos ordinarios. Intervinieron médicos y cirujanos, mas roto y vaciado el absceso hallaron que la gangrena había carcomido los tejidos en extensión y profundidad. El bisturí se impuso; con tajos sucesivos amputaron a la enferma la mayor parte del seno hasta llegar a la carne viva. De tal volumen era la ablación, que los restos los llevaron al cementerio a donde creíase los seguiría la paciente, que, desahuciada del médico, recibió los últimos sacramentos. Minutos después la visitó su amiga Magdalena Mari y le sugirió que recurriera a Monseñor Alfonso de Ligorio, cuya estampa le entregó para ponerla entre las vendas. Al mismo tiempo tragó la enferma, con unos sorbos de agua, un trocito del vestido de Alfonso.

Ella refiere: "Mi marido y yo y los demás de la familia, nos encomendamos confiadamente al siervo de Dios en el estado desesperado en que yo me hallaba, cuando, viniendo el cirujano por tercera vez en aquel día y hallando la llaga más exacerbada y la gangrena más avanzada, no osó dar un nuevo corte por temor de que me quedase entre sus manos, ni se atrevió a echar mano del cauterio, sino que me recetó que me encomendase a Dios, pues al médico no le quedaba nada que hacer". En tal situación y contra lo sucedido durante la enfermedad, Magdalena se durmió profundamente. "A la media noche, dice ella misma, me desperté y me hallé libre de todo dolor y llamé al punto a mi marido y lloramos ambos y los demás de la familia de emoción". Amanecido el día y quitadas las vendas apareció la llaga del todo cicatrizada y con la carne nueva, de tal suerte que se esparció la noticia por el lugar y todos, incluso el cirujano, lo atribuyeron a milagro obrado por la intercesión del siervo

de Dios. Y tan señalado, que el seno reapareció lleno de leche fresca y abundante y pudo desde aquel punto la madre amamantar a su hijito [152].

El segundo milagro se verificó el 29 de agosto de 1787, a las pocas semanas de la muerte de Alfonso, y tuvo como protagonista al padre Francisco de Ottaiano, franciscano reformado. Desde noviembre de 1786 adolecía de una tisis pulmonar. La calentura alta y continua, los vómitos de sangre, los sudores nocturnos unidos a ataques reumáticos, no dejaban lugar a duda sobre la naturaleza del mal. "Las expectoraciones, cuenta él, de sangre viva y los esputos densos y abundantes me quemaban la garganta como si se tratara de fuego. Había días que arrojaba hasta cuatro litros de materia. Me sentía tan agotado que pasaba ratos sin poder articular palabra". Comenzó entonces su calvario en Nápoles variando los especialistas. Perdida al fin toda esperanza y viéndose aislado por temor al contagio, se retiró el 27 de mayo de 1787 a casa de su tía Isabel Giordano, no lejos del convento de San Jenaro. La dolencia había llegado a su tercero y último período. La inapetencia, la disentería y el insomnio redujeron al enfermo a un estado esquelético; sólo las piernas se le habían hinchado desmesuradamente. Era el "marasmo" que, en opinión de los médicos, debía conducirle al sepulcro.

Él comenta: Me confesé el 29 de agosto, y como ya era tarde quedaron en administrarme al día siguiente el viático y la extremaunción. Cuando me dejaron solo me incorporé un poco en la cama ayudado por mi tía y tomé en las manos un pedacito de una camisa del siervo de Dios. Lleno de confianza y con lágrimas en los ojos mientras me aplicaba la reliquia a la garganta, al pecho, al vientre y a las piernas, le dirigí esta plegaria, que aún no he olvidado: "Mi querido don Alfonso: Quiero comprobar ahora si de veras eres grato a Dios y gozas de su presencia en el paraíso. No quiero morir con esta muerte tan repugnante para todos. Dame otra enfermedad cualquiera, de la cual estoy dispuesto a morir, y concédemelo no por amor mío, pues soy un pobre pecador, sino por el amor que habéis tenido al Santísimo Sacramento y a María Santísima, y te prometo que luego de curar pregonaré por doquier tu santidad y procuraré con las limosnas de los devotos llevarte un presente de cera en acción de gracias y visitar anualmente tu sepulcro". Se durmió. Al visitarlo en la mañana siguiente el doctor Vicente de Aquela, lo halló perfectamente curado. Ni fiebre, ni tos, ni expectoración, ni inapetencia. Mostraba color natural y pulmones sanos y fuertes. "Esto es un milagro", sentenció el médico. Desde entonces el enfermo ya curado añade: "No he advertido síntoma alguno del mal y me siento perfectamente curado" [153].

---

[152] Proceso apostólico de Nocera I, fol 321.
[153] Proceso apostólico de Nocera III, fol 1057.

No nos detendremos en el tercer milagro: el del novicio de Pagani, Carlos del Vecchio, deshecho igualmente por la tuberculosis y curado instantáneamente al invocar el nombre de Alfonso, aplicándose un retrato suyo[154].

Fue beatificado por el Papa Pío VII el 15 de septiembre de 1815.

CANONIZACIÓN

Los promotores de la causa seleccionaron dos milagros, acaecidos uno el 23 de octubre de 1816, al mes de la beatificación; el otro, el 2 de agosto de 1817, día en que por vez primera se celebraba la fiesta del beato. Relatemos someramente ambas curaciones.

Ocurrió la primera en el monasterio camaldulense de Avellana, sito en las Marcas, diócesis de Cagli. En diciembre de 1815 el hermano lego Pedro Canali, de sesenta y cinco años, rodó por una escalera de caracol con tan mala fortuna que, chocando con una columna de piedra, se lastimó gravemente el esternón y varias costillas del lado izquierdo, donde tenía el crucifijo. Descuidaron la cura hasta que, al cabo de un mes, se le formó un tumor entre la tercera y cuarta costilla. Emplastos y drogas y una primera intervención quirúrgica revelaron la gravedad del mal y dejaron abierta una fístula de donde manaba en abundancia la podre. Opinaron algunos especialistas que la caries atacaba ya al esternón y a las costillas y que mediante una operación radical había que sajar el absceso hasta la profundidad de cuatro dedos. Transcurrió la primera mitad del año 1816 empeorando notablemente el enfermo. El tumor se había corrido hacia el brazo y amenazaba nuevas complicaciones. Sin embargo, como otros especialistas llamados a consulta discreparan en el dictamen, nadie se resolvía a emplear a fondo el bisturí. Hasta principios de octubre de 1816 el pobre hermano, apoyándose en un bastón, se había arrastrado a los ejercicios de comunidad, pero a partir de entonces le desampararon cada vez más las fuerzas y aparecieron síntomas de envenenamiento progresivo de toda la sangre.

Corrían los días de la beatificación de Alfonso, su nombre circulaba en todos los labios. El abad Ambrosio Bianchi desde Roma envió al de Avellana un paquete de estampas del nuevo beato. "Al recibirlas, cuenta el abad Venancio Carmasi, pensé en sugerir al enfermo que, en vista de su estado lastimoso, de la inutilidad de los remedios y de la ninguna esperanza de curación que abrigaban los médicos, recurriera al beato Alfonso de Ligorio". Aceptó la sugerencia y el domingo 13 de octubre principió un octavario encomendándose al beato mañana

[154] Proceso ordinario de Nocera I, fol 524.

y tarde y aplicándose una estampa suya a la parte enferma. Lejos de mejorar, empeoró en los primeros días, mas prosiguió sin desmayo sus súplicas y aun las reforzó, prometiendo enviar a Roma con las debidas licencias, un ex-voto de plata en caso de curación.

De improviso, el viernes 18 del mes alcanzó la salud completa. Mientras esa mañana, haciendo un esfuerzo de voluntad, ayudaba a misa, al llegar a la elevación le desapareció el tumor, cicatrizósele la llaga, cayeron por sí solas las vendas y no le quedó huella alguna del mal. "Me hallé de repente bien, narra en el Proceso, y en estado de reanudar mis antiguas ocupaciones y de tomar los alimentos de la comunidad. Desaparecieron mis ahogos de pecho y la dificultad de respirar y pude acostarme sobre el lado izquierdo, cosa que antes no podía, y mover los brazos con libertad y doblarme hacia atrás y hacia adelante". Acabada la misa, su primera visita fue a la cocina para advertir al cocinero que le sirviera aquel día los manjares comunes de vigilia. Al rumor de lo sucedido acudió al monasterio el obispo de Cagli, y por su iniciativa realizaron los dos especialistas que habían asistido al paciente una comprobación clínica rigurosa. En adelante vivió el hermano sin molestia alguna, y todavía doce años más tarde un examen pericial en Roma comprobó la supervivencia de una cicatriz en el lugar de la herida [155]*.*

El segundo prodigio se verificó en Catanzaro, capital entonces de Calabria Ulterior. A fines de julio de 1817, una campesina de veintidós años de edad, Antonia Tarzia, casada con Manuel Fazzari, sana de cuerpo y excelente cristiana, se cargó un costal de trigo de unos sesenta y dos kilos y por orden de su marido lo subía por una escalera de mano al granero. Al llegar a los últimos peldaños le falló el pie y la pobre mujer, cayendo al suelo de espaldas, recibió en pleno el peso del saco. Con el pecho magullado, aplastado el vientre y dislocado el fémur derecho, la transportaron al lecho. "Me mato, me mato", había exclamado, al perder el equilibrio, y ya no pudo articular una palabra. Pronto aparecieron los efectos de graves lesiones internas: hinchazón y negrura del vientre, imposibilidad de retener líquidos ni alimentos. La desgraciada pasó dos días entre la vida y la muerte, al tercero la desahució el médico y aconsejó le administrasen los últimos sacramentos. Después de la extremaunción y ya anochecido sobrevino a la enferma un síncope: le temblaban los miembros contraídos, nubláronsele los ojos y tomó aspecto cadavérico. El párroco le dio la bendición "in articulo mortis" y dejó a su coadjutor para que la asistiera en los últimos instantes.

No estaba sola. Una amiga suya, Catalina Billotta, vino a visitarla trayendo consigo un trozo de algodón en rama empapado en el aceite de la

[155] Tellería II, pp. 843-844.

lamparilla que ardía en la iglesia redentorista de Santa Catalina ante el altar del beato Alfonso, cuya fiesta se iba a celebrar solemnemente al día siguiente, dos de agosto. El nombre del beato se había repetido en el cuarto de la moribunda por su acongojada madre. La amiga completó las invocaciones y mientras le practicaba con el aceite bendito unas unciones logró hacerse entender de la enferma y animarla a poner en Alfonso toda su confianza. "Invoqué al beato, cuenta la madre, pidiéndole conservara a mi hija la vida, aunque tuviese que vivir imposibilitada, e hice voto de encargar una misa cantada". Otra amiga, Serafina Rizzo, añade: "Procurando alentarla le dije: Confía en el beato Alfonso: este nuevo santo te curará".

En efecto, saliendo la enferma de su estado comatoso y deslumbrada por la visión de un obispo venerable que con la mitra y báculo descendía hasta su lecho, exclamó: "El santo, el santo viene a curarme, dadme una vela para ofrecérsela". ¿Delirio? Lo creyeron así los presentes y en vez de la vela le alargaron un bastón. La enferma, cada vez más transfigurada, lo rechazó. "No, dijo; quiero la vela. ¡Oh, qué luz del cielo! Resplandece toda la casa, al lado del santo hay un niño con un papel en la mano, ahora me bendice el santo". Al recibir la bendición sintióse repentinamente sana y se incorporó en el lecho. Ella misma lo refiere en el Proceso.

"Me bendijo por tres veces como hacen los obispos, y miraba hacia el lado donde yo sentía el mal, y vuelta al sacerdote que decía las preces de los agonizantes, le detuve repitiéndole: Usted me encomienda el alma, pero estoy curada por merced del beato Alfonso, que ha venido a sanarme. No me creían, mas pedí los vestidos para levantarme y como acababan de darme la extremaunción, tendieron, por respeto a los santos óleos, una manta en el suelo".

Se levantó sin sentir rastro del mal ni de luxación en la pierna, comió dos chuletas y pidió le trajeran al niño para darle de mamar. La estupefacción de la familia se cambió en lágrimas de alegría y de agradecimiento. La nueva se difundió como un relámpago por la ciudad. "El beato a quien hoy festejamos ha obrado un prodigio" [156].

Fue canonizado el 26 de mayo de 1839 por el Papa Gregorio XVI. Su fiesta es el 1 de agosto. Es patrono de los enfermos de artrosis, patrono de Pagani y copatrono de Nápoles.

El 7 de julio de 1871 fue nombrado doctor de la Iglesia por el Papa Pío IX. Se le llama doctor *zelantissimus* (celosísimo). El 26 de abril de 1950 el Papa Pío

[156] Ib. pp. 844-845.

XII lo nombró patrono de los confesores y moralistas con estas palabras: *A ciencia cierta y tras madura liberación, por la plenitud de Nuestra potestad apostólica y a perpetuidad, elegimos y nombramos a san Alfonso María de Ligorio patrono ante Dios de todos los confesores y moralistas, con todos los honores y privilegios litúrgicos que van anejos a los patronos de las corporaciones* [157].

MENSAJE FINAL

Una de las cosas que san Alfonso María de Ligorio nos deja como mensaje y testamento a todos los cristianos en general y a sus hijos en particular, es la necesidad de la oración. Él insistía siempre: *El que reza ciertamente se salva y el que no reza ciertamente se condena. Todos los que se han salvado, se han salvado con la oración; y todos los condenados, se han condenado por no haber orado* [158].

Otro punto importante de su espiritualidad fue su inmenso amor a Jesús Eucaristía y a María nuestra Madre. Inculcando sin cesar que para hacernos santos debemos aceptar y cumplir en todo momento la voluntad de Dios. Por ello podemos escuchar como un mensaje personal las palabras que escribió el 1 de enero de 1762 en una carta, que podía dirigirnos a cada uno de nosotros: *Los bendigo ahora de parte de la Santísima Trinidad y especialmente de parte de Jesucristo. Los bendigo también de parte de la Virgen María a fin de que les obtenga la santa perseverancia.*

Les ruego que amen mucho a la Madonna (Virgen María) *y que la llamen siempre en su ayuda, si quieren hacerse santos.*

¡Ánimo, estén alegres. Háganse santos y amen mucho a Jesucristo, quien por amor a cada uno de ustedes ha dado la sangre y vida!

Háganse santos y rueguen a Dios por mí, que ya estoy próximo a la muerte y veo que nada he hecho por Dios. Quédense al menos ustedes para amarlo por mí. Los abrazo en el Corazón de Jesucristo y de nuevo los bendigo: ¡Viva Jesús, María, José y Teresa! [159].

---

[157] Tellería II, p. 992.
[158] Tannoia I, p. 42.
[159] Mermet, p. 545.

Podemos ser hijos espirituales de san Alfonso, considerándolo como padre espiritual e invocándolo con frecuencia para pedirle su ayuda e intercesión en los problemas y dificultades de la vida.

Podemos leer sus libros para empaparnos más de su espíritu. Podemos acudir a sus hijos, los sacerdotes y religiosos redentoristas, para conocer más de su vida.

Él había profetizado: *No lo dudéis, la Congregación permanecerá hasta el día del juicio, porque no es mi obra, sino obra de Dios. Mientras yo viva, subsistirá en la oscuridad y la humillación, pero después de mi muerte desplegará sus alas y se extenderá sobre todo hacia el Norte* [160].

Actualmente son en el mundo 5.300 redentoristas en 78 países. Su lema es *Copiosa Apud Eum Redemptio* (En Él hay abundante Redención). Sus siglas son CSSR: *Congregatio Sanctissimi Redemptoris,* es decir, Congregación del Santísimo Redentor.

Hoy evangelizan en Europa, América, Oceanía, siete países de África y en el sur de Asia, desde Bagdad hasta Tokio.

Las religiosas redentoristas son también numerosas. Sus siglas son OSSR: Ordo Sanctissimi Redemptoris: Orden del Santísimo Redentor.

CONCLUSIÓN

Después de haber escrito la vida de san Alfonso María de Ligorio, he podido disfrutar de la alegría de conocer y amar más a un santo tan mariano y

[160] Mermet, pp. 736-737.

eucarístico, a quien conozco desde mis doce años, cuando en el Seminario menor de Logroño (La Rioja - España) leía el libro *Las Glorias de María* y me emocionaba con su lectura y me encendía en un amor más grande a nuestra Madre María.

Desde entonces, nunca lo olvidé, porque nunca pude olvidar el bien inmenso que este libro hizo a mi alma. Ojalá que la vida de san Alfonso también los pueda motivar a todos a amar más a Jesús sacramentado como él tanto recomendaba.

Otro punto fundamental de sus escritos es la conformidad total a la voluntad de Dios. Todo lo que le sucedía lo aceptaba con amor por considerarlo la voluntad de Dios, que quiere o al menos permite todo, aun las cosas más desagradables para nuestro bien, como dice el Apóstol en Romanos 8, 28.

Él fue una gran moralista, obispo celoso de la salvación de sus ovejas, fundador de la Congregación del Santísimo Redentor (padres Redentoristas). Pero, sobre todo ello, fue un gran santo y con su vida y sus milagros, realizados en vida y después de su muerte, Dios ha querido ensalzar a su siervo como un ejemplo para todos. Por algo se ha dicho siempre que la vida de los santos es un Evangelio viviente; ya que nadie mejor que ellos han vivido las enseñanzas evangélicas.

Que Dios te bendiga también a ti, querido lector, y que la lectura de esta biografía te estimule en el camino a la santidad.

Que seas santo. Es mi mejor deseo para ti.

Tu hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.
Parroquia La Caridad
Pueblo Libre - Lima - Perú
Teléfono 00(511)461-5894

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

Berthe A.: *Saint Alphonse de Liguori*, Paris, l900, dos volúmenes.

Berruti Celestino, *Lo spirito di S. Alfonso M. de Ligouri*, tercera edición, Prato, 1896.
Blasucci P.: *Orazione recitata nella chiesa cattedrale di Girgenti nel sollenni funerali di Mons. Alfonso de Liguori.*
Capecelatro Alfonso, *La vita de Sant´Alfonso Maria de Ligouri*, dos volúmenes, Roma, 1889.
Crostarosa María Celeste, *Autobiografía*, Ed. Covarrubias, Madrid, 1998.
Lettere di Sant´Alfonso M. de Liguori, Roma, 1887, tres volúmenes.
Novissima Positio super miraculis, Roma, Camera apostólica, 1829.
Rey-Mermet Theodule, *El santo del siglo de las luces*, BAC, Madrid, 1985.
Ruiz Goñi Dionisio, *San Alfonso María de Ligorio*, BAC popular, Madrid, 1987.
Summarium super dubio, *beatificationis et canonizationis servi Dei Alphonsi Marie de Ligorio*, (1788-1789).
Summarium super virtutibus, Roma, 1806.
Tannoia Antonio Maria, *Della vita ed Istituto del Ven. Servo di Dio Alfonso M. de Ligouri*, 3 volúmenes, Napoli, 1798.
Tellería Raimundo, *San Alfonso María de Ligorio*, dos volúmenes, Madrid, 1950.
Tellería Raimundo, *Un instituto misionero*, Madrid, 1933.
Villecourt Clement, *Vie et Institut de S. A. M. de Liguori*, cuatro tomos, Tournai, 1863.
Zuccala L. M.: *Le sante missioni del clero napoletano secondo il metodo di S. Alfonso M. de Liguori*, Napoli, 1938.
www.santalfonsoedintorni.it (donde están sus obras en italiano).

&&&&&&&&&&&